

# LEO

LUIS CERZO



Lectulandia

«Entonces lo descubrió: le estaba mirando. Olvidó gritar, escapar o cerrar la boca, abierta por la sorpresa. No pudo apartar los ojos de su visión...».

Así comienza la aventura más extraordinaria que un niño y un animal han vivido nunca. Una historia de valentía y amistad en la que Pedro, un niño que vive en un entorno dramático y solitario, se encuentra a un elefante en la ribera del río. Tratando de huir de la realidad de los adultos que tanta infelicidad le causa, Pedro decide ocultar su descubrimiento para conservarlo como amigo. Pero un elefante es un secreto difícil de esconder...

Luis Cerezo escribe un vertiginoso relato en el que un niño afronta una huida del dominio de los adultos y su universo controlado. Una fábula contemporánea que, desde el contraste entre la mezquindad y la ternura, entre la sinrazón y la amistad, entre la cruda realidad y la magia, cambia la forma de ver el mundo.

# Lectulandia

Luis Cerezo

## Eo

ePub r1.0  
Titivillus 16.11.15

Título original: *Eo*  
Luis Cerezo, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Kei, Yan y Tai.  
Para que allá donde os lleve el camino,  
jamás temáis perseguir un sueño

«Los elefantes son los únicos animales de la creación que no pueden saltar».

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA

## PRELUDIO

Los dos payasos crecieron entre trapevistas, domadores, vividores, magos y prodigios cuyo recuerdo aún les asombraba cuando perdían la vista en descampados como aquel. Sin maquillaje, parecían dos viejos corrientes. Tal vez con demasiadas arrugas, como si hubiesen vivido más de la cuenta.

Bonaparte, de nombre real Adolfo Gutiérrez, estaba un poco sordo, pero aún tenía buena vista. Sentado en una caja de refrescos vacía, pensó, sin que viniera a cuento, que ahora nadie sabía quién era José Villa del Río, el gran Tonetti.

Los agentes judiciales hicieron un repaso visual del desorden de lona, cuerdas y pintura vieja que reinaba sobre el descampado que tendrían que desalojar esa misma tarde.

—¿Dónde guardan los papeles de la contabilidad?

Manuel, en silencio hostil, señaló un viejo camión que había pasado sus mejores momentos hacía cuarenta años y se disolvía con la dignidad de una mariposa muerta o una esfinge bajo su capa de salitre.

—Gracias.

Los agentes judiciales desaparecieron tras el dibujo de un tigre. En realidad no era un tigre, sino un gigantesco híbrido de madre tigresa y padre león que se había llamado Aquiles y que murió de viejo antes de la llegada de la ley que impedía a los domadores de fieras salvajes hacer su trabajo. Como si fuera un chiste comparativo, un gato callejero se deslizó bajo el letrero de las oficinas que servían de vivienda, donde la pintura se había rehecho con los años formando una gruesa capa: CIRCO CREC, LOS MEJORES PAYASOS DEL MUNDO, rezaba bajo dos sonrisas socarronas que parecían garantizar la catástrofe.

—¿Voy yo? —preguntó Manuel, de nombre artístico Don Pepino.

—Ve tú.

—¿Y qué les digo?

Don Pepino arqueó una ceja en homenaje a los viejos tiempos. Ahora había gente que tenía fobia a los payasos y pensó que habría de ser al revés: son los payasos los que deberían temer a la gente.

De regreso a casa, Pedro bordeó el río que dividía la ciudad, hizo un alto en uno de los bancos pintados con grafitis, sacó de su mochila la tarjeta marcada con un «MC», que significaba «mal comportamiento», y escribió con letras redondas el nombre de su madre bajo el apartado «Firma de los padres».

No tendría que imitar la firma de su padre, porque este se había marchado. En casa faltaban un montón de cosas, entre otras su chaqueta, sus zapatos, fotografías y el molinillo de café. Desde entonces se había vuelto más retraído, se despertaba a medianoche o en el colegio le llamaban despistado, idiota y cosas peores. Especialmente Gonzalo, un niño grandote que la había tomado con él.

Esa mañana, sin ir más lejos, cuando estaban explicando los decilitros, al abrir su bolsa descubrió un plátano aplastado que había formado una masa de olor dulzón junto a sus útiles de escritura. Al intentar quitarse la mugre de los dedos, arrojó algo sin querer al pelo de una niña. Gonzalo, a dos pupitres de distancia, emitió una risita ahogada acompañada de las burlas silenciosas del Cuca y el Bola, y Pedro supo que había sido él, pero no dijo nada porque prefería hacer esa pequeña trampa a enfrentarse al niño más grande de la clase.

No era precisamente un valiente, pensó Pedro, y cruzó el viejo puente de piedra, a cuyos pies corría el Guadiana desde hacía casi dos mil años. Mérida, capital del mundo antiguo, se había convertido en una sencilla ciudad de provincias, casi un pueblo grande del que solo se reconocían, además del puente, algunas huellas monumentales que la lluvia y los siglos habían redondeado hasta hacerlas casi irreconocibles, como su extinta época de esplendor.

Bordeó una rotonda que contenía un macizo de flores de aspecto artificial y se entretuvo mirando un gato que estaba subido a una tapia. Luego se detuvo frente a una agencia de viajes que anunciaba un «sueño exótico» en Estambul, una cafetería que exhibía la foto de veinte tipos de helados y los peces de colores de una tienda de animales que nadaban en la profundidad miope de una sima con algas de plástico y un cofre vacío. Le faltaban al menos tres meses de ahorro o esperar a su cumpleaños para conseguir un pez naranja.

Cuando tenía siete años, le compraron uno, pero un día lo encontró flotando en la diminuta pecera redonda y su padre se lo llevó al baño. Luego, escuchó el sonido de la cisterna del retrete y el pez ya no estaba.

Su padre le explicó que, por haberle dado demasiada comida, estaba a punto de



convertirse en un cachalote y tendría que crecer en el río al igual que ocurría con serpientes y tortugas, y que había cocodrilos gigantes en el subsuelo de París. Pedro pensó que su madre tenía razón cuando decía que su padre era un mentiroso.

Camino de su casa, ubicada en un barrio deprimido de su ciudad, rozó con sus dedos cuatro bloques de ladrillo visto, algunas paredes rugosas y encaladas y la reja metálica de un parque infantil del que solo quedaba el esqueleto de dos columpios. Pedro abrió la puerta con la llave oculta bajo una maceta vacía y encendió la televisión. En la nevera había una *pizza* congelada y un pósit con un beso estampado con carmín. Puso un bote de zumo de naranja sobre la mesa junto a los cubiertos y un plato mientras la *pizza* se calentaba en el microondas. Su madre se pasaba el día y parte de la noche trabajando como camarera al otro lado del río, en la parte nueva de la ciudad, lo que hacía imposible que llegara a tiempo para comer y regresar al trabajo. Antes, Pedro comía en el colegio, pero prefería hacerlo en casa porque allí no estaba Gonzalo y también porque la comida del colegio costaba muy cara y su madre le había hablado sobre la situación en una de sus «reuniones de personas mayores».

Esas reuniones eran temibles: te hablaban de cosas extrañas, o proponían cambiar la vida para siempre. En una de ellas le comunicaron que papá se marchaba. La última Navidad, cuando ocurrió todo, le dieron una bicicleta de montaña. Lo que no sabía era que jamás, jamás, irían al campo juntos.

Sonó el teléfono. Su madre llamaba siempre a las tres y cuarto.

—Hola, cari. ¿Te has hecho la comida? —preguntó Susana entre el ruido de platos y las voces del local.

—Sí, mamá.

—¿Seguro?

—Sí.

—Luego haces los deberes, ¿eh?

—¿Qué? ¡Hay mucho ruido! —dijo Pedro.

—¡Que hagas los deberes!

—Sí.

—No salgas sin hacerlos, y nada de irte al río.

—Vale.

—Dilo: «Nada de ir al río». Ya sabes lo que hemos hablado de las mentiras.

—Sí, mamá.

—¿Me has oído?

—Sí.

—Oye, esta noche tengo trabajo, ¿vale? No me esperes despierto.

Pedro comió la *pizza* mientras veía *Bob Esponja*, que no le hacía demasiada gracia, acabó la comida, tiró el envoltorio a la basura y con dos guantes amarillos de goma que no eran de su talla limpió los platos. Luego se puso en el bolsillo un hilo para domar libélulas, sacó su bicicleta de montaña y bajó con ella en el ascensor. Todavía era un poco grande para él y le costaba horrores levantar la rueda para que

cupiese, pero era la única forma de hacerlo porque la vecina del primero podía chivarse si bajaba frente a su puerta. Hacía poco habían venido a la ciudad atracciones con motivo de la fiesta mayor y el suelo aún estaba lleno de basura sin recoger.

Buscando el mejor sitio para encontrar una libélula tigre, cruzó el puente hacia una gran extensión de asfalto junto al río Guadiana que casi siempre estaba vacía, excepto en los días de mercado. Podía verse entre la vegetación, discurriendo enorme y lento, tras una llanura de alquitrán que se extendía unos cuatrocientos metros y que acababa en una fresneda que bebía directamente de sus perezosas aguas marrones.

—¡Eh!

Un grupo de niños estaba jugando allí. Distinguió a Gonzalo entre ellos y decidió marcharse antes de que repararan en él. Volvió a cruzar el puente y deambuló por la orilla sur. A esa altura podía verse su amplitud y cómo lamía los bloques de cemento que sostenían el puente del ferrocarril. Una gran sombra, tal vez un grupo de pájaros, llamó su atención, pero antes de que pudiera reparar en ella se ocultó entre los densos cañaverales.

A esa zona, corriente arriba, antes solían ir pescadores, y por eso se habían instalado hacía veinte años papeleras, bancos y bloques de cemento que se adentraban dos o tres metros en la corriente, pero llevaban mucho tiempo descuidados porque ya no quedaban peces. Algunos lo achacaban a los vertidos ilegales en provincias lejanas, pero otros decían que las pequeñas industrias del complejo situado en la orilla izquierda, ahora abandonadas, habían volcado residuos químicos. De una forma o de otra, el resultado era que casi nadie paseaba por allí, y que nadie se bañaba en esa agua que, a su paso por ese punto, se estancaba formando una superficie espumosa de aspecto insalubre.

De vez en cuando, venía algún nostálgico a pescar, como el abuelo al que solía ver en el mismo rincón del zarzal junto a una acacia que se elevaba entre las espadañas, juncos y totoras en la otra ribera y que, provisto de una radio y un anticuado sombrero, cargaba una caña cinco veces más alta que él, como si estuviera empeñado en pescar un cachalote.

Pedro se adentró en el sendero que bordeaba la corriente. Ocho pilares de cemento se sumergían en el río como si fueran los zapatos de un gigante, y tras estos se extendía un pequeño llano, marcado por huellas de camión, salpicado de una serie regular de colinas de color verdoso que solían estar llenas de libélulas, caballitos del diablo y una densa nube de mosquitos. Todas las semanas aparecía un camión para depositar allí los restos de plantas invasoras que desde hacía años competían con la polución para acabar con las especies de ese rincón de naturaleza sitiada.

Su abuelo le había contado que en una ocasión, al construirse la vía del tren, en la primera prueba se rompieron los cables y las juntas, y cayó una locomotora de vapor

al agua, y que si se aguzaba el oído en las noches de luna llena, aún podía escucharse su pitido. También había oído hablar de una carpa grande como un buey, que estaba en boca de los pescadores desde hacía más de diez generaciones; peces gato que venían del Amazonas con botellas que contenían mensajes en su estómago y otras maravillas que databan de la época en la que el río estaba limpio, que fue antes de que naciera. Antes, decía su abuelo, en el río se bañaba la gente. Incluso lo cruzaban a nado, y era peligroso debido a las corrientes y a que a veces, si encontrabas un remolino, podía arrastrarte hasta el fondo. Pero, a pesar de ello, nadie se resistía a bañarse con el agua limpia y fresca bajo el sol y a escuchar cómo cantaban las ranas. Ahora la margen izquierda cercana al puente ferroviario estaba llena papeles, latas de refresco y objetos de plástico. Los cantos de las ranas, al igual que las luciérnagas, habían desaparecido.

A unos cien metros del puente, Pedro se apeó de la bicicleta para buscar una libélula grande. Si tenía suerte, podría hacer de ella su mascota y pensó que no desmerecería frente a un pez de colores. Se acercó con cuidado gatuno a una camarilla de juncos. Agitó la mano para apartar de su rostro una nube de insectos diminutos que jamás habían sido estudiados por la ciencia y escuchó un trino lejano y metálico. Hacia el norte, cerca del camino, Gonzalo y sus amigos marchaban en bicicleta. Por sus gestos, supo que le habían visto, por lo que decidió alejarse de allí. Pedaleó con todas sus fuerzas hacia los pilares de cemento pensando que en un minuto los tendría encima. A su izquierda, el camino se perdía en un carrizal que se espesaba a la altura del puente y que acababa en una pendiente que conducía a la valla metálica del parque industrial. Dejó la bicicleta en un costado y se escondió en un recodo arrepintiéndose de ser un mentiroso y de ir en secreto al río a pesar de lo que dijera su madre.

—Estaba aquí —dijo una voz al cabo de un rato.

Era el Cuca. Pedro se ocultó un poco más tras los carrizos, a dos metros escasos del camino, y rogó para que Gonzalo y sus amigos se cansaran y pasaran de largo.

—Eh, mirad.

—Es su bici.

Pedro sintió un escalofrío. Para que su madre no descubriera que la usaba, ponía especial cuidado en dejarla colocada exactamente como si no la hubiera tocado. Escuchó pasos, luego risas y el timbre de su bicicleta. Luego más risas y un chapoteo.

—¡Eh! ¡Idiota! ¡Ahí tienes tu bici limpia!

Pedro no se atrevió a salir. Tenía miedo de que, en lugar de la bicicleta, esos energúmenos le tirasen al río, y no sabía nadar muy bien aún. A Pedro le hubiese gustado dejar de ser el niño con peor suerte del mundo, no tener miedo a hundirse en el agua y ser tan audaz como el cazador de piratas Zoro, que soñaba con convertirse en el mejor y más poderoso espadachín del mundo, pero, avergonzado, se quedó en su rincón hasta que Gonzalo y los suyos se cansaron de merodear por allí.

Salió entonces de su escondite y, desolado, observó como su bicicleta descansaba

hundida en el fango. Comprobó que no había nadie alrededor, se quitó las zapatillas y, arremangándose los pantalones, trató de agarrar el manillar.

—Eh.

Sintió un escalofrío. En la orilla, tras él, se encontraban Gonzalo y sus amigos. El Cuca era un chico pecoso y rubio que tenía los ojos verdes y la risa contagiosa. El Bola, el más fuerte de los tres, era muy obeso y, al igual que él, solía morderse las uñas. Le habían esperado en el recodo del sendero para volver sobre sus pasos y atraparle. Solían hacerlo en el patio del colegio.

—¿Qué haces?

—¿Por qué habéis tirado mi bici? —respondió Pedro, tragándose el miedo.

Uno de los amigos de Gonzalo arrojó una piedra al agua, cerca de él. Los otros le imitaron. Las piedras no llegaron a tocarle, pero le dejaron empapado. Entonces sonó una voz: a lo lejos, en la otra orilla, el viejo pescador del sombrero gritaba en su dirección.

Gonzalo y los suyos se alejaron de la zona a la carrera y Pedro se quedó solo. Levantó la mano para dar las gracias al viejo pescador, y este, ignorándole, lanzó su caña como si no hubiera ocurrido nada.

Pedro salió del río y caminó junto a su bicicleta. Tomó asiento en una piedra y, aunque había aguantado mientras le humillaban, no pudo contener más tiempo el llanto. Tenía que llegar a casa antes de que regresara su madre o llamara por teléfono para decirle que se fuera a la cama solo o se quedaría sin ella hasta el sábado. Un tren silbó sobre los pilares que sobresalían del cañaveral y cruzó el puente. En realidad, había olvidado el motivo de su llegada a ese lugar y estaba dispuesto a volver a su casa cuando miró su bicicleta: le habían arrancado la bocina. Era antigua, de goma auténtica, y se la habían comprado por su octavo cumpleaños. Angustiado, la buscó metódicamente. Perdido el ánimo y el aliento, dio la espalda al sol, que ya alargaba las sombras, y, al mirar hacia el cañaveral que se elevaba bajo el puente, captó un movimiento extraño entre los bloques de cemento. Por un momento, creyó ver entre las cañas algo parecido a una piedra enorme, que se movió entre el segundo y tercer pilar, agitándolas.

El tren ya se había marchado hacía rato y quizá se tratara de la sombra formada por la copa de un árbol grande, pero no había árboles en esa parte de la ribera. Se aproximó un poco y percibió de nuevo el movimiento y un sonido grave que parecía brotar de la tierra. Se quedó muy quieto y, sin apartar la mirada de las cañas altas, retrocedió lentamente. «Los monstruos no existen», se dijo.

Estaba empapado y no tenía más ganas de aventuras. Entonces volvió a escuchar el sonido, y vio algo inmenso, como una casa que se movía entre las cañas. Sin atreverse a gritar, huyó a toda velocidad.

Sintió un vacío sordo en la boca del estómago, como cuando uno se harta de comer o llora mucho, y también vergüenza. ¿Acaso el Cuca y el Bola no se lo decían? «¡Cobardica! ¡Cagón!».

Pedro abrió la nevera, que estaba llena de botellas desechables y de sobres de comida rápida o precocinada, e hizo una bola con el pósito: ATENCIÓN, CACHARRITO, CÓMETE TODO EL MAÍZ O TE LAS TENDRÁS QUE VER CONMIGO A LA VUELTA. Normalmente solo comía las croquetas, porque el maíz no le gustaba y se le quedaba entre los dientes, pero lo puso obedientemente junto a las croquetas y un vaso de leche con cacao.

Su madre volvería oliendo a humo y, como llegaría de madrugada, Pedro recibiría las buenas noches con otro pósito que encontraría en la almohada y que guardaría en una caja de galletas. Todos los días trataba de mantener los ojos abiertos hasta que ella llegaba, para cerrarlos al escuchar sus pasos en el umbral de la puerta.

Suspiró y, compadeciéndose de sí mismo, Pedro apartó el maíz y acabó las croquetas recalentadas mientras miraba las aventuras de Conan el Bárbaro en el televisor, tumbado en el sofá, moteado de antiguas marcas de cigarro. Los dragones no existían y Conan era un actor que probablemente huiría si se encontrara con uno de verdad. Se preguntó por qué los mayores se esforzaban tanto en mentir, como él.

Cuando acabó la película, repartió el maíz por el suelo del balcón para que se lo comieran las palomas, se lavó los dientes y se puso el pijama. Su madre siempre le decía que le quedaba pequeño y que había que tirarlo, pero era su favorito. Era de algodón azul, muy gastado, y tenía dibujos de duendes que apenas se distinguían ya. No había cumplido aún los ocho cuando lo usaba. Su padre estaba en casa entonces y pasaban los fines de semana juntos. Iban al zoo, y al cine, y otras veces salían al campo y caminaban con una mochila llena de patatas fritas, bocadillos, fruta y refrescos. Pensar en el último verano juntos y en todas las cosas que ya no hacía le puso triste y trató de no hacerlo. Cogió la Gameboy y un tebeo de Tintín en el que salían indios americanos y se tumbó en la cama para leer, pero le asaltó el recuerdo de la sombra que le había asustado —con toda probabilidad, un gato— y el pensamiento, más tenebroso, de que Gonzalo explotara su debilidad para divertirse.

Finalmente, trató de entretenerse con uno de los dos juegos de la consola, que se sabía de memoria, pues era casi tan vieja como él, y se preguntó por qué los Reyes Magos traían juguetes nuevos a unos niños y usados a otros. El Bola había susurrado a su oído algo al respecto que no entendió o no quiso entender, pues era más malo que una araña y su madre le había dicho que cuando los niños crecían, algunos juguetes no querían ser abandonados. Pulsó el botón de encendido y entonces le vino

un pensamiento a la cabeza: había olvidado su bocina en la orilla. Aún no se había puesto el sol. Faltaban unas tres horas para que llegara su madre, así que, quitándose de la cabeza el miedo que tenía a Gonzalo y los suyos, recogió su ropa del cubo de la lavadora y se vistió de nuevo.

Al cabo de un rato estaba caminando por la avenida que flanqueaba el río al otro lado de la explanada, donde los árboles alargaban su sombra a la luz dorada del atardecer. La zona suroeste del río era la más pobre de la ciudad. Por eso se habían levantado allí naves industriales y las casas eran más tristes e impersonales. Aún había un grupo de niños jugando al fútbol en la zona más alejada del puente, pero no eran de su edad. Escuchó los ladridos de un perro pastor que estaba encerrado en uno de los jardines diminutos de las casas adosadas que bordeaban el camino. Abajo, tras un terraplén, se deslizaba el río con laxa suntuosidad. Pedro cruzó la avenida para avanzar junto a la corriente. El sol se ocultaba tras los edificios de la ciudad y se detuvo para mirarlo. Parecía la gigantesca pupila de un ojo gigantesco. Las sombras, alargadas y rojizas, parecían emitir leves lenguas de fuego, como si un mago, varita en mano, jugara a hacer sombras chinescas con bengalas de colores. Cuando el sol desapareció tras los edificios, aún había luz, pero las sombras habían desaparecido.

Pedro se apresuró en dirección al puente del ferrocarril, desviándose por el sendero. Allí estaban los bloques de cemento para los pescadores y los bancos rotos llenos de pintadas roídas por el tiempo. Se aseguró de que no hubiera nadie. Solo podía verse, a mucha distancia, a un señor mayor paseando a su perrito, después de la amplia curva del río que desembocaba en el puente viejo.

Buscó a la vera de la corriente cercana al puente, donde el camino desaparecía y la margen del río estaba invadida por la maleza y la basura, pero no encontró signos de su bocina. Teóricamente, pensó, tendría que flotar si la habían tirado al agua y podía haberse deslizado río abajo. Imaginó que acababa en el mar, impulsada por la corriente, y visualizó a una ballena, a miles de kilómetros, observando con curiosidad ese extraño objeto. Las farolas de la ciudad, a lo lejos, se encendieron automáticamente y Pedro descubrió alarmado que ya era de noche.

A Pedro no le gustaba la idea de quedarse a oscuras, pero avanzó un poco más para indagar entre el reflejo de las luces en el agua. Apenas llegaba el ruido de la ciudad y una brisa suave y fresca agitó las cañas y juncos que se elevaban sobre el blando suelo de la orilla entre detritus, papeles y algunas bolsas de plástico que traía la corriente del río.

Ya estaba decidido a abandonar la búsqueda cuando escuchó el ruido que le había asustado esa tarde. Dio un brinco, cayó sobre sus nalgas y retrocedió para escapar del origen del sonido, un espeso grupo de cañas en la zona más umbría del puente. Sentado en el suelo y sin atreverse a hacer ningún movimiento, contuvo la respiración, atento al frágil silbido de la brisa entre los juncos. Entonces volvió a escuchar algo que le puso los pelos de punta. Era como si un gigante soplara por la nariz, seguido de un borborismo. No podía ser un perro o una vaca, y tampoco un

pez. Era, inconfundiblemente, el sonido bronco, profundo que solo podría nacer de la garganta llena de dientes de un monstruo.

La hierba se agitó levemente. La oscuridad ya apenas permitía distinguir nada. Sin atreverse a pedir socorro y gateando boca arriba como un cangrejo, Pedro retrocedió con precaución. Cuando se sintió seguro, se incorporó y corrió con todas sus fuerzas hasta llegar al terraplén y el asfalto del paseo iluminado que llevaba al puente viejo, donde el hombre del perrito seguía paseando tranquilamente sin percatarse de su presencia. Solo entonces se atrevió a mirar atrás. No advirtió nada anormal. La luz blanca de un tren desde más allá de la suave colina que apenas era visible a esa hora atravesó la zona industrial en su trayecto hacia la suave curva que llevaba hasta el puente. Distinguió sus ventanas iluminadas e incluso la presencia diminuta de los viajeros. Al atravesarlo, difuminó una suave luz azulada, apenas perceptible sobre el agua y el cañal; entonces, pudo percibir como algo grande y oscuro agitaba la espesura bajo el puente. El tren se perdió en la lejanía y desapareció como otro espejismo y Pedro ya no distinguió nada.

—Vamos, Roque. Vamos —dijo el hombre del perrito. Y se alejó por la calle iluminada y desierta.

Pedro regresó lleno de polvo y abrojos que se le habían agarrado a su camiseta. Eran más de las doce y oyó a su madre abrir la puerta al regresar. Corrió a oscuras hacia su cama, tropezó con la mesa en la que tenía apilados los libros del colegio, contuvo un grito de dolor y se metió en ella de un salto sin quitarse los pantalones ni los zapatos para que no le descubrieran. Siguió atento los pasos de su madre y esperó con los ojos cerrados a que le besara antes de desvestirse para tratar de dormir, aunque no pudo dejar de pensar en lo que había visto: era un animal, no una cosa, y parecía que se hubiera movido una casa o un trozo de roca enorme, y recordó ese ruido grave que se asemejaba a un rugido. Pedro deseó tener algún amigo a quien contárselo, porque, desde luego, no podía confesarle a su madre que había ido al río, y menos de noche. ¿Cómo le explicaría lo de la bocina?

Antes, cuando era más pequeño, tenía miedo a la oscuridad, y aún lo sentía a veces. Por esa razón se dormía con la luz encendida, aunque esta no podía siempre ahuyentar los temores producidos por su imaginación. Estaba seguro, sin embargo, de que lo que fuera que hubiese visto esa noche junto al río era enorme y real. Más que cualquier otra cosa que hubiera imaginado. Y al dar un repaso al instante en que se le erizó el pelo de la nuca volvió a notar ese escalofrío que iba desde la parte baja de la espalda a la coronilla y a la punta de los pies, que agitó bajo las sábanas: se había movido. Los trenes que cruzaban el puente podían crear sombras en el cauce del río y tal vez esa fuera la única explicación plausible, pero el tren no había llegado aún al puente cuando eso se movió. Había oído decenas de veces la historia de la carpa, y de las ondinas, que eran como hadas que se comunicaban cantando, tal y como hacían algunos pájaros de la ribera. Al igual que las ranas y las nutrias, supuestamente habían sido habitantes del Guadiana, pero Pedro no creía en los seres mágicos, los

Reyes Magos, Papa Noel o nada que se le pareciese, y jamás había oído hablar de historias sobre gruñidos de gigantes junto al río. Trató, pues, de olvidar la experiencia de Gonzalo y lo que hubiera entre las brozas, cerrar los ojos y dormir, aunque su mente iba una y otra vez a la vegetación en el otro lado del puente y a esa cosa desconocida que le había hecho huir.

Esa noche soñó con un lagarto que, diminuto al principio, crecía en tamaño conforme se acercaba realizando extraños movimientos hasta aterrizar en el patio de su colegio. Al fin, era más grande que una casa y, sin detenerse, abrió el pozo inmenso y profundo de su boca para comérselo.

—¿Te pasa algo? —preguntó su madre.

—Nada —dijo Pedro.

—¿Has tenido una pesadilla?

—No lo sé.

—Has gritado.

—Ve a la cama, anda.

Pedro hubiera deseado acercarse y acurrucarse junto a su madre para contárselo todo, o verla reír, porque hacía siglos que no la veía hacerlo, pero temió que le dijera que era mayor y tenía que portarse como tal. A veces su madre estaba muy cansada. No quería que pensase que era un estorbo y, además, acabaría adivinando por telepátía que había ido al río, pues su madre sabía oler una mentira a distancia.

CARIÑO, TIENES ZUMO Y GALLETAS DE CHOCOLATE, QUE TENGAS UN BUEN DÍA, TE QUIERE, MAMÁ, leyó en el pósito de la mañana siguiente.

Pedro guardó la nota, puso una montaña de nata en el plato lleno de galletas y se bebió el zumo en silencio. Era sábado. Esa mañana no conectó la televisión y tampoco tenía ganas de jugar a la Gameboy. Estaba seguro de lo que había visto. Mordió una galleta y fue a buscar en su escondite de tesoros.

Era una caja de zapatos grande. Allí tenía un tebeo heredado de su abuelo que guardaba en secreto porque había un artículo donde los Jóvenes Castores daban instrucciones sobre «cómo ser detective». Leyó:

¿Alguna vez a ti o a alguien que conozcas os han pasado cosas extrañas o misteriosas? ¿Alguna vez te ha causado una sensación extraña la gente que te rodea o lo que hace? Por ejemplo, vecinos que te hacen sospechar o trabajadores de la compañía de teléfono que un día aparecen y comienzan a trabajar en tu línea sin haberlos llamado. Si deseas aprender cómo ser un detective, sigue estos pasos:

1. Encuentra algo para investigar.
2. Aprende las habilidades que precisas. Para convertirte en un detective necesitas saber disimular, espiar, buscar en el polvo huellas dactilares, hacer preguntas y hacer investigaciones.
3. Lo primero que hay que hacer para llegar al fondo es tomar una libreta y escribir de qué trata el caso, tus sospechas y una lista de lo que deseas resolver.
4. Lee tus notas y busca en la zona donde ocurre el misterio: huellas dactilares, pisadas, artículos o ropa, notas, llaves o cualquier cosa que pueda parecer misteriosa.



Pedro abrió entonces un cuaderno de espiral donde solía hacer dibujos y anotó: CAÑIZAL BAJO EL PUENTE. SITIO AISLADO. ALGO GRANDE SE MUEVE. NO ES UNA BARCA. ¿MONSTRUO? ¿EXTRATERRESTRE? ¿DINOSAURIO? ¿LA CARPA GIGANTE?

Luego mordió el lápiz un rato para pensar y tituló su investigación: LA COSA DEL PUENTE.

En el río, cerca del puente, había un remolino, y, según la tradición, sus profundidades podían albergar seres extraordinarios. Al fin y al cabo, el cuaderno de ciencias naturales decía que los peces habían salido del agua para convertirse en mamíferos. ¿Y si lo que había allí era la carpa gigante pero con patas? Se tumbó en la cama y decidió ir a la biblioteca, un gran edificio gris cercano a su casa en el que a veces le gustaba pasar la tarde.

Esquivó el mostrador donde dos bibliotecarias controlaban el acceso y subió a la segunda planta, donde se archivaban los libros para mayores. Buscó por los pasillos hasta encontrar el apartado de zoología y se entretuvo mirando libros sobre caballos, seres prehistóricos y veterinaria. Luego recorrió el suelo de linóleo buscando títulos al azar. Después de recorrer algunos volúmenes que no significaban nada para él (cosmología, historia de la poesía, programas informáticos y algo relativo a materiales de construcción), encontró un libro titulado *1001 anécdotas y hechos extraordinarios: Antología de maravillas, curiosidades, rarezas y misterios*, pero no salía nada sobre monstruos, por mucho que buscó en él. Finalmente, retrocedió para buscar en el apartado de caza y pesca. En uno de esos tomos encontró el siguiente texto bajo la terrible imagen de una carpa y sus dientes: «Existen informes no contrastados sobre ejemplares que alcanzan los 136 kilos. Lugares en los que se oculta: lagos y tramos turbulentos de los ríos. Cebo favorito: cualquier pez vivo; esta especie se alimenta de cualquier cosa».

No había más información. Pedro tenía todo el sábado, ya que su madre no volvería hasta muy tarde, así que buscó por la «M» un apartado de «Misterios», y por la «C», por si existía algún volumen titulado «Carpas gigantes», «Carpas trepadoras» o «Carpas que rugen», pero no encontró nada. Imaginó cómo podría ser que una carpa te comiera cuando te bañabas en el río.

—Buenos días. ¿Misterios? —preguntó a la bibliotecaria.

—Busca abajo, en novela infantil-juvenil.

—No quiero una novela.

—¿Entonces?

—Quiero un libro de monstruos. Monstruos en general —respondió Pedro, pues consideró prudente no dar pistas sobre su descubrimiento.

La bibliotecaria le indicó que los monstruos habían desaparecido hacía sesenta millones de años, aunque quizá podría encontrarlos en la sección de revistas de actualidad, cosa que Pedro no entendió, le recordó que debía devolver tres tebeos que se había llevado a casa e indicó que buscara en paleontología. Allí encontró un grueso volumen lleno de grabados que pesaba al menos cinco kilos y lo llevó, con el libro de

pesca, hasta una de las mesas situadas junto a las ventanas.

El libro de dinosaurios contenía fotografías e ilustraciones de carnívoros y herbívoros de todos los tamaños, extinguidos hacía una eternidad, a excepción del tuátaras, que habitaba en Nueva Zelanda, pero luego descubrió que esos animales no sobrepasaban los setenta centímetros. Decepcionado, salió a la calle y, con su bicicleta, tomó la dirección del río. Evitó cruzarse con una vecina que tenía un perro pomerania con muy malas pulgas y avanzó directamente hacia la zona industrial por un atajo hasta el puente del ferrocarril. La amplia avenida estaba flanqueada por naves de talleres mecánicos, empresas de camiones, de transporte o de pintura que un gran cartel promocionaba como un moderno complejo industrial, aunque ahora daba paso a una zona abandonada donde las hierbas crecían entre las grietas de la acera y un letrero que anunciaba las ayudas europeas a la industria, tan gastado por el sol y la lluvia que apenas resultaba legible.

Si llamaba su madre, como hacía todos los sábados, y no le encontraba, seguramente pensaría que estaba jugando al fútbol. Muchas veces, Pedro salía de casa con su balón metido en una bolsa de malla y pasaba la mañana solo, matando el tiempo en alguno de los terrenos baldíos que no habían sido ocupados por ninguna nave. Allí buscaba caracoles, o pasaba el rato trenzando ramitas, o jugando a cosas imaginarias. Luego, cuando volvía a casa, le decía a su madre que había estado divirtiéndose con sus amigos. En una ocasión, Susana le preguntó la razón de que tuviera la pelota nueva si la usaba casi todos los días y Pedro tardó un rato en reaccionar. Respondió que siempre jugaba con los balones de otros. Desde ese momento, aprendió a mentir cada vez mejor, lo que le convertía en un niño más solitario y triste si cabe. Salvo su compañero de pupitre, Hugo, no tenía ningún amigo, y este era el niño más raro de su clase. A veces no te escuchaba porque tenía un síndrome que llaman de Asperger, que hacía que, a pesar de ser listísimo, distrajera su atención en cosas extrañas tales como contar árboles o aprenderse los códigos de barras de todos los productos que caían en sus manos. También se metían con él por raro y por tener un parche en el ojo izquierdo además de gafas.

Pensando en si Hugo sería capaz de mantener su secreto, Pedro mordió otro regaliz y pedaleó hasta llegar a las hierbas secas de la ribera. El Ayuntamiento tiraba química especial que las mataba y pensó que quizá por eso no crecían ya árboles en la orilla del río. Solo cañas y cosas que progresaban tan rápido como las plantas invasoras. Pensó que el monstruo podía tener algo que ver con ello; que podía ser una suerte de mutación de la que hubiera surgido una especie de fenómeno como el del lago Ness. Pedro tenía el pelo de la nuca erizado solo de pensar en lo que le había pasado el día anterior, pero le podían la curiosidad y la excitación de saber que se encontraba frente a un verdadero misterio. Dejó la bicicleta junto a un bloque de cemento y anduvo hacia el puente.

Atravesó una zona llena de cristales y envoltorios de plástico. A veces venía gente joven para beber por la noche. Una suave brisa que procedía del mar remontaba la

corriente y hacía que las frondas de la orilla se agitaran lentamente provocando un susurro de sábanas limpias. Pedro se detuvo a unos doscientos metros del puente. Allí, pegado al río, comenzaba el cañaveral. Al fondo podía verse la isla que, cubierta de hierbas altas, dividía el río en dos a esa altura de la corriente, donde un grupo de patos buscaban su alimento sumergiendo la cabeza de vez en cuando. Tras las cañas y un poco al norte, más allá de la línea férrea, el río se desviaba hacia el oeste describiendo una gran curva. Avanzó por el sendero de tierra rojiza, que comenzaba a estar surcado por minúsculas rutas trazadas por atareadísimas hormigas, y se detuvo.

Algo se movió.

A la sombra del puente y tras el espeso muro de juncos y cañas..., ese algo resopló. Podía oír su respiración, y a tantos metros significaba que debía ser muy grande. Podía notar su sombra oscura y que se balanceaba muy levemente. Avanzó con precaución siguiendo el borde del río, preparado para escapar a la menor señal de peligro.

Entonces lo descubrió: le estaba mirando. Olvidó gritar, escapar o cerrar la boca, abierta por la sorpresa. No pudo apartar los ojos de su visión.

Estaba en la zona umbría del puente, muy quieto, y a veces se balanceaba para desplazar su peso de una pata a otra. Cuando se recuperó de la impresión, Pedro retrocedió con cautela, procurando no hacer ruido, y luego, sin sentir los pies, corrió hacia su bicicleta, la impulsó unos trescientos metros y se detuvo para respirar mientras digería el hallazgo.

Una grulla cruzó su campo de visión, luego un tren de carga atravesó el puente y a continuación oyó como las campanas de la catedral marcaban los cuartos. Resistió la tentación de huir y dejó la bicicleta en el suelo para regresar sobre sus pasos con precaución. Los pilares del puente eran visibles desde allí. Quizá se había confundido o habían construido un muñeco; se obligó a pensar que estaba siendo víctima de un engaño de la mente o una alucinación. ¿Y si se trataba de un grafiti? Pero la realidad era tan absurda como real: tras avanzar encorvado un breve trecho más, descubrió la enorme cabeza del paquidermo. Allí quieto, entre las cañas y a la sombra, era casi invisible.

El elefante no parecía interesado en su presencia. Sus ojos oscuros tras grandes pestañas resultaban diminutos en esa enorme cabeza sobre la que una garza picoteaba en busca de pequeños insectos. Notó un sonido profundo, infrasónico, apenas audible, que hizo vibrar su caja torácica.

No existían elefantes en Europa. Sabía que aún quedaban bisontes en Rusia, pero ni estaban en Rusia ni eso tan grande era un bisonte (los bisontes tenían pelo y, desde luego, eran más pequeños y no tenían trompa). Pedro retrocedió de nuevo y observó los alrededores. Solo podía ser visible desde el otro lado del río y desde la vía del tren.

Sin duda, pensó, si estaba quieto en lo más profundo del cañal a la sombra del puente, significaba que se ocultaba de alguien o algo. ¿Qué podría temer una bestia de semejantes dimensiones?, pensó Pedro, que había relacionado su cobardía en el colegio con su escasa envergadura. La hierba cercana a la orilla estaba seca y llena de barro. Se alejó de esta para arrancar un puñado, que acercó al elefante estirando el brazo todo lo que su escaso valor permitió. El elefante no se movía. Tenía pelos en la nariz y sobre la cabeza. Pedro había oído hablar de perros perdidos, o gatos, pero no de elefantes, y después de un largo silencio se preguntó si tendría dueño.

—Hola.

El animal parecía tener, por lo menos, mil años y no contestó. Había cerrado los

ojos.

—Hola —repitió con calma. Pedro alargó la mano y se preguntó si estaría dormido—. Eo —le dijo suavemente.

No se atrevía a gritar y estuvo un largo rato quieto, con el solo zumbido de los insectos sobre el pasto de la orilla.

—Eo —repitió.

El elefante abrió un ojo. Tenía una mirada profunda, casi sobrehumana. En cierto sentido le recordaba a su abuelo. El animal movió entonces la cabeza y Pedro se asustó tanto que sus piernas salieron disparadas, saltó y cayó llenándose el pantalón de barro, aunque se calmó al descubrir que la bestia no había dado ni un paso. Se levantó lentamente y el elefante se limitó a observarle hasta que las campanas de la ciudad marcaron las tres y Pedro corrió en busca de su madre para explicarle su extraordinario hallazgo. El restaurante donde trabajaba estaba lleno de gente comiendo, en su mayoría turistas que realizaban visitas guiadas al teatro romano para fotografiarlo a toda velocidad y no regresar jamás. Unos hablaban entre ellos, y los más miraban las noticias en un gran televisor que colgaba del techo. Pedro, sin aliento, manchó el suelo con el barro de sus zapatos y no tuvo la oportunidad de contar lo que pasaba. Cuando Susana apareció tras la puerta de la cocina, se limitó a apuntarle con un dedo acusador.

—Pero ¿dónde te has metido? ¿Qué haces aquí? ¿Sabes cuánto me he preocupado?

—Mamá, no te creerás lo que he visto —contestó Pedro antes de que su madre siguiera con las preguntas.

—Ve a casa ahora mismo. Estoy trabajando —respondió su madre muy enfadada.

Antes de desaparecer entre las mesas con una bandeja llena de platos sucios, le dirigió una mirada de advertencia. De regreso a casa, Pedro perdió un poco de entusiasmo debido al cansancio y a la frustración de no tener a quien contar la noticia. Se cambió de ropa, puso la sucia en la lavadora, encendió la televisión y metió en el horno las empanadillas congeladas que su madre había dejado preparadas junto a un pósit: CÓMETELO TODO. ¡TE QUIERO! ¡VIGILA EL HORNO!

Mientras se calentaba la comida, decidió investigar con la ayuda del gran diccionario enciclopédico, que ocupaba buena parte del mueble de imitación de madera que alojaba la televisión. Solo habían llegado a comprar hasta la «I», en fascículos, antes de que se marchara su padre, así que pudo consultar la «E».

Observó la foto de un elefante africano. Estos alcanzaban los cuatro metros y las orejas eran mucho más grandes que las de los asiáticos, que eran domesticables y medían entre dos y tres metros y medio. Entonces olió a quemado y corrió hasta la cocina, que estaba llena del humo que escapaba por la puerta del horno. Tosiendo, apagó el aparato y abrió las ventanas. La bandeja de las empanadillas estaba cubierta de una capa espesa, oscura, y estas se habían calcinado. No temía el castigo de su madre. Últimamente se limitaba a llorar, o a quedarse callada, lo que le dolía más, así

que, pensando en una forma de arreglar el desaguisado, puso la bandeja en el fregadero para que se enfriara y con servilletas de papel procuró quitar —inútilmente— la oscura mancha que había dejado el humo en la mampara blanca. Como tenía hambre, se puso en un plato pan de molde reseco con una loncha de queso y se sentó en el sofá para comer viendo la televisión, aunque su pensamiento iba una y otra vez a su increíble encuentro. Repasó con los dedos la tapa del libro que mostraba la definición de ese magnífico animal, tal y como solía hacer con las paredes cuando caminaba en solitario, y contuvo sus ganas de salir a buscarlo de nuevo, como si un ser así pudiera volatilizarse.

Después de lavar los platos, jugó con la consola mientras esperaba a su madre. Ya era muy tarde y aunque se sabía el juego de memoria, también había leído el apartado de los elefantes en la enciclopedia al menos diez veces. Pulsó la tecla para mover su personaje hacia la derecha. Tenía que coger unas bombas y, antes de que explotasen, arrojarlas hacia una puerta para abrirse paso hasta la pantalla donde le esperaba un enemigo final: un bicho de color rosa que escupía huevos, pero apagó el aparato, ya que en ese momento le faltaba la concentración necesaria. Su mente se iba a un momento u otro de su descubrimiento y rememoraba el instante en el que escuchó el rugido, cuando el elefante movió la cabeza o cuando se atrevió a saludarle. Su madre no llegaba. Quizá se enfadaría al ver las manchas de quemaduras o cuando supiera que se había escapado al río, pero seguro que el suceso le parecería, como a él, absolutamente increíble y maravilloso. Puso de nuevo la televisión, donde reproducían, una tras otra, imágenes de series documentales acompañadas de un fondo musical, y acabó durmiéndose.

—¿Que has visto qué?

Al día siguiente, domingo, Susana miró a Pedro como si no le reconociera. Acababa de salir de la cocina y de ver las manchas que había dejado el accidente con el horno.

—Mamá. ¡Que lo he visto!

Susana se sentó. Pedro había esperado hasta media mañana para contar lo del elefante, porque su madre había regresado tarde. Algunos sábados la encontraba durmiendo vestida cerca del sofá junto a un cenicero y un vaso.

—¿Has limpiado tu cuarto? —preguntó mientras manipulaba el tubo de plástico del aspirador.

Pedro se quedó en el pasillo sin comprender la falta de reacción de Susana.

—¿No me crees? —dijo.

—¿Me has escuchado TÚ a MÍ? —respondió Susana—. ¿No te das cuenta de que has podido incendiar la cocina?

—Pero...

—Ya está bien —le cortó su madre con los ojos enrojecidos—. Hoy toca limpiar.

Pedro regresó a su cuarto pensando que ella le creía capaz de inventar cualquier excusa con tal de no ayudarla. Tenía una pequeña mesa de conglomerado llena de cuadernos del colegio, dos vasos repletos de lápices en diferentes estados de uso, gomas, papeles troceados con los restos de un ejercicio de plástica del martes y migas de bocadillo. En el suelo había ropa por todas partes, además de tebeos, lápices, soldaditos de plástico chinos y una caja de cartón a la que había dibujado un logotipo con un planeta y la palabra NASA. Hizo un montón con la ropa sucia para colocarla en el cubo azul cielo, junto a la lavadora, que estaba en funcionamiento. (Solía jugar cerca de ella porque hacía un ruido similar al de una nave espacial a punto de despegar). ¿Cuántas veces le había dicho su madre que ya era mayor, que tenía que aprender y ver las cosas tal como eran?

—Mamá.

Su madre estaba pasando el aspirador por debajo de los sofás, pero, malhumorada, comprobó que no funcionaba correctamente: el polvo seguía ahí. Ella siempre prestaba atención a las cosas cotidianas, a todo lo práctico. ¿Por qué los botones de la lavadora o el funcionamiento de la nevera o los desagües eran más importantes que lo que él tuviera que decir? ¡Había encontrado un elefante, narices! ¡Un elefante gigante con trompa, él solo!

—Mamá —Susana apagó el aspirador y buscó una bolsa bajo el fregadero de la cocina—. Mamá, de verdad que lo he visto. Está bajo el puente de la vía del tren, escondido entre las cañas.

Susana rebuscó violentamente entre el aceite, el vinagre y los trastos de limpieza. No quedaban recambios. Tendría que ir al súper y comprarlos quizá el miércoles, si le daban un rato libre. Se incorporó y miró a su hijo sin saber bien lo que responder. Tenía grandes ojeras. Estaba colapsada y muerta de cansancio.

—Lo he visto —repitió su hijo.

—Vale —respondió ella. Y trató de sobreponerse y sonreír. Luego guardó el aspirador en su sitio y sacó la escoba—. ¿Me ayudas? Y luego vamos al Florida.

—¡Vale!

Pedro ayudó a su madre con la limpieza, y después Susana decidió que necesitaban un respiro y sacó una cajita metálica de pastas de té que guardaba tras el lavadero y cogió algo del dinero que reservaba para las emergencias, pues el banco —decía a veces hablando para sí— siempre estaba en números rojos. Luego fueron a sentarse en la mesa vacía de un local de comida rápida. A Pedro le encantaba salir a comer fuera, aunque lo hacían en raras ocasiones. Únicamente cuando Susana necesitaba escapar de las cuatro paredes del apartamento sin abandonar de nuevo a su hijo, pues Pedro pasaba demasiadas horas solo, lo que había sido motivo de comentarios entre los vecinos.

—¿Tienes hambre?

Pedro asintió.

Susana se puso a la cola en el local, un deslustrado comedor con mesas y sillas de

plástico, y pidió dos bandejas de croquetas, patatas fritas, alitas de pollo y una Coca-Cola mediana pero sin hielo, lo que era equivalente a una gigante con hielo. Puso las patatas fritas y las alitas de pollo frente a Pedro, junto a una de las bandejas de croquetas.

—¿Tú no tienes hambre?

—No mucha.

—¿Luego iremos al cine?

—¿Hacemos palomitas y vemos una película en casa?

—¿Qué película? Ya no tenemos cable. ¿Por qué no vamos a ver *Grupo Z*?

—No hay presupuesto, Pedro.

—Vale —respondió él tratando de ocultar su decepción.

—Cuéntame, ¿qué es eso del elefante?

—Ya te lo he contado.

—¿Estás seguro de que has visto un elefante? —preguntó su madre.

—Uno de verdad.

Susana, en lugar de entusiasmarse, le dirigió una mirada particular, prevenida. Sus ojos, más que sorpresa, transmitían preocupación.

—Te juro que lo he visto, mamá —insistió Pedro al tiempo que apartaba a un lado la comida.

—No hace falta que grites. Come.

—Te digo que he visto un elefante... ¿y me dices que me calle y coma? ¿No te parece bestial? ¡Vamos a verlo!

—Come. Estoy muy cansada —respondió Susana, y Pedro percibió de nuevo esa extraña mirada.

Pedro quiso gritar, y protestar, pero sabía que su madre a veces reaccionaba derrumbándose. Le había tomado por un embustero, porque se había acostumbrado a mentir para no afrontar las cosas, y ahora estaba pagando las consecuencias. Pedro decidió que buscaría una forma de demostrarlo.

Pasaron el resto de la tarde viendo la tele en casa e hicieron palomitas de maíz. Aunque ya no era un bebé, su madre le tuvo en brazos hasta quedarse dormida. A Pedro le encantaban los domingos. Comió las palomitas poco a poco mientras veía la tele, que tenía el volumen muy bajo, sin moverse para no despertarla. Pensó en el elefante, en que seguramente estaría allí todavía y que a la sombra del puente, entre las cañas, se estaba ocultando de algo. ¿Tendría dueño? ¿Y cómo había acabado allí? ¿Se habría escapado de uno de los trenes? La línea de ferrocarril conducía a Portugal.

—Mamá, ¿no me crees? —dijo Pedro cuando ella abrió los ojos.

—¿El qué?

—Lo del elefante.

—¿El elefante? —respondió somnolienta.

—Ven a verlo.

—Me quedaré a tender la ropa y a poner más lavadoras, ¿vale? Además, estoy



cansada para ir a pasear.

—No es ir a pasear. Solo es venir a verlo.

Pedro notó como a su madre se le escapaban las lágrimas.

—Oye, hijo, deja de decir tonterías, ¿vale? Me estás asustando, ¿vale?

—¿Te piensas que estoy loco, mamá?

—Deja de decir mentiras, por favor. Me preocupo mucho. Me encuentro mal. Sabes que no tienes que mentir.

—Vale... —dijo Pedro al ver que volvía a deshacerse en lágrimas—, es una broma. Solo quería ir a pasear —afirmó Pedro cambiando de estrategia—. Quizá era una sombra, estaba bajo el puente del tren. ¿Vienes conmigo a comprobarlo? ¿Por qué no vamos a pasear?

—Estoy muy cansada. Me voy a la cama, ¿vale? Puedes ver otra película, pero no más. Y tómate un vaso de leche.

Pedro vio la película a solas y no logró dormir hasta pasada la medianoche. Con los ojos abiertos y la mirada fija en el vacío, pensó en sus errores. ¿Por qué su madre no le escuchaba? Naturalmente, porque sabía que era un mentiroso. Desde que se marchara su padre, Pedro se había hecho cada vez más consciente de sus debilidades. No había descubierto todavía que, en el fondo de su corazón, prefería el castigo a la desatención y evitaba los conflictos. Por eso mentía y por eso Gonzalo y los suyos, al detectar sus defectos, le daban caza como hacían las hormigas con una oruga solitaria. Cerró los ojos para huir mentalmente y escapar al río y a la conciencia de los límites que le encerraban, las decisiones y juicios de quienes le rodeaban y las normas que regían cada minuto de su vida, inflexibles, regulares, inhumanas. En ese momento, antes de que le pudiera el sueño, cayó en la cuenta de que era una suerte que su madre no le creyera: debería guardar el secreto, pues el elefante estaba allí por alguna razón y era, lo intuía, un fugitivo.

Qué harías si encontraras un dinosaurio? —dijo Pedro sentándose junto a Hugo en el patio del colegio.

A veces, Hugo olvidaba responder. Otras, te hablaba de cualquier tema que no tuviera nada que ver con lo que le estabas diciendo, pero los dinosaurios eran uno de sus temas favoritos. Se quedó unos instantes pensativo en los escalones que conducían a las aulas mientras los demás niños jugaban al sol en la explanada de cemento.

—¿Qué dinosaurio?

—Un tiranosaurio —respondió Pedro, que era el único que sabía.

—Entre seis y ocho toneladas. Doce coma tres metros. Me iría corriendo.

—¿Y si es otro animal?

—¿Qué animal?

—¿Guardarás el secreto?

—¿Qué animal? —repitió Hugo.

—Un elefante.

—Doscientos, cinco, cuarenta.

—¿Qué?

—Comen doscientos kilos al día. Pesan cinco toneladas y pueden desplazarse a cuarenta kilómetros por hora.

—¿Cuarenta? Vaya... —dijo Pedro—. Es mucho para lo grandes que son.

—Solo si se asustan o se enfadan.

—Mi madre no se lo cree.

—No hay elefantes en España —respondió Hugo seriamente.

—Te juro que he visto un elefante.

Hugo no reaccionó. Nunca lo hacía, debido a su extraña forma de ser. Era como si siempre estuviese pensando en otra cosa, aunque Pedro sabía que le estaba prestando atención y rumiaba lo que había dicho.

—Hazle una foto.

Pedro observó un corrillo de niños que intercambiaban cromos de coches. Costaba dos euros cada paquete. Ahora pensaba en el elefante, pero normalmente habría contenido sus ganas de acercarse a ellos para mirar, por no decir que carecía del dinero. No tener nada que intercambiar, y tampoco teléfono móvil, le aislaba de la corriente social en el colegio tanto como a Hugo su extraño síndrome. Pedro quiso

decir algo, pero vio que este tenía la mirada fija en una piedrecilla situada junto a sus zapatos y supo que no diría ya nada más.

Luego sonó el timbre. Hugo no le dirigió la palabra durante el resto de la mañana. A Pedro le hubiera gustado tener un amigo que sonriera o que mostrara entusiasmo por las cosas en lugar de hablar de esa forma, pero Hugo era el único niño con el que podía sentarse en el patio.

¿El elefante seguiría allí? Pedro no podía pensar en otra cosa desde que se levantara. De camino a casa, se dirigió a la tienda de los peces de colores justo antes de que cerraran. Tras el mostrador un hombre joven y delgado etiquetaba botes de champú antiparasitario junto a un expositor de comida para perros, un cartel de razas de gatos y un letrero en el que se mostraba el retrato de un can de aspecto triste bajo el lema ADOPTA UN PERRO.

—¿Puedo quedarme con un animal si lo encuentro en la calle? —preguntó Pedro.

—¿Quieres adoptar un perro?

Pedro no quería decir que sí ni que no, así que hizo un gesto indefinido con la cabeza.

—Primero tienes que avisar a la policía. Los dejan unos días en la perrera municipal y si no aparece el dueño, puedes adoptarlo.

—¿Y si el animal se escapa y no tiene dueño?

—Eso no puede ser. Los dejan unos días allí, y si no aparece el dueño legal, le ponen una inyección letal.

—¿Y eso qué es? —dijo Pedro pensando que odiaba las inyecciones.

—Lo matan —respondió el dependiente como si masticara algo.

Pedro no daba crédito a sus oídos.

—¿Y por qué lo matan? —inquirió Pedro, indignado.

—Porque no pueden alimentar a todos los animales que no tienen dueño.

—¿Y si lo encuentro y digo que es mío?

—Tienes que llevarlo al veterinario para que le haga un carné. Este gato... —dijo señalando un pequeño siamés— tiene carné. ¿No quieres un gatito?

—¿Un carné de qué?

—De gato.

A Pedro le pareció muy extraño que un gato necesitase un carné de gato, y esa afición por el papeleo era una de las cosas que más le fastidiaba de los adultos.

—¿Y quién le da el carné?

—El veterinario —respondió el tendero comenzando a cansarse del interrogatorio mientras pensaba que siempre entraban niños, que no compraban nada, con la única intención de incordiar.

—¿Y si se ha perdido? ¿Y si encuentro un gato, o un caballo, o una vaca que no tiene carné?

—Entonces lo llevan a la perrera y lo matan, a no ser que lo adoptes..., y vamos a cerrar —dijo mientras apagaba el ordenador del mostrador y se dirigía hacia la

puerta.

—Y si lo adoptas, ¿no los matan?

—Si los adoptas, no —resopló el tendero poniendo los ojos en blanco.

—¿Y puedes adoptar al animal que quieras? ¿Puedes adoptar un elefante?

—No hay sitio para un elefante. Puedes adoptar perros o gatos. ¿Quieres un gato? —preguntó el hombre, exasperado—. ¡Vamos a cerrar! —Pedro tragó saliva—. Mira. Haz una cosa: si encuentras un animal, lo llevas al veterinario. ¿Entiendes? El veterinario es el que te dirá todo.

—¿Y dónde hay un veterinario?

—¿Has encontrado un animal?

—Sí.

—¿Qué animal?

—Un gato —dijo después de pensarlo un instante—. Un gato muy grande —añadió, pero el tendero ya no le escuchaba.

El hombre, con la intención de quitárselo de encima, garabateó una dirección que Pedro guardó en el bolsillo. Una vez fuera y rumiando un plan, cruzó la rotonda que daba a la estación de autobuses, dejó el puente del parque atrás y, a buen paso, avanzó hacia el río notando el peso de la bolsa desprovista de los libros del colegio. Había metido en ella la máquina de fotos que su madre guardaba junto a otros trastos. Era un recuerdo de otros tiempos, como el álbum donde salían todos juntos, porque ahora la gente hacía las fotos con su teléfono y la máquina, al igual que su pasado, se había quedado obsoleta. Una vez cerca del escondite del elefante, sacó la cámara con la intención de obtener una prueba de su descubrimiento.

—¡Elefante! ¡Sal de ahí!

El animal no se movió, solo asomó levemente la cabeza para mirarle sobre el cañar. Pedro imaginó que no sería muy difícil hacer una foto, así que apuntó con la cámara y pulsó el disparador. La máquina no reaccionó. Luego giró una rueda dentada que colocaba una marca en diferentes posiciones y miró a través del visor: todo se veía negro. Le dio suaves golpes, apretó otro botón, una tecla pequeña y redonda, después la agitó y volvió a probar: nada. Devolvió la cámara a la bolsa decepcionado por su patético intento con un objeto que jamás había utilizado y que, además, no tenía carrete ni pilas.

—¡Eo! —llamó de nuevo.

Las hojas del cañizal se movieron como si tuvieran vida propia, notó que temblaba la tierra y el animal apareció mostrando sus patas, tan grandes como troncos de árbol. Pedro recordó las palabras de Hugo acerca de la cantidad de comida que los elefantes podían engullir y pensó que si fuera peligroso, ya le habría atacado. Sintió un escalofrío cuando el animal asomó su cabeza para mirarle. Sus pies tenían cinco dedos en forma de pezuña, la cabeza era abombada y su cola estaba coronada por un penacho de pelos largos. El elefante permaneció quieto, sin emitir ningún sonido más que su pesada respiración.

—¿Cómo te llamas?

Pedro estuvo un rato sentado, pensando en una forma de acercarse para tocarlo y en que, al fin y al cabo, no tenía tan mala suerte si era capaz de encontrar un elefante. Entonces sonaron las campanas que marcaron las tres. Pedro se despidió brevemente y tuvo que correr de vuelta a casa. Llegó casi justo a tiempo de recibir la llamada de su madre.

—¿Has comido?

—Sí, mamá.

—¿Te pasa algo?

Pedro aún estaba agitado debido a la carrera y procuró calmar su respiración.

—Estoy bien. Oye, mamá..., si encuentro un animal..., ¿podría quedármelo?

—¿¡Has llevado un perro a casa!?! —preguntó su madre gritando—. Por favor, no me digas que has recogido un animal y lo has llevado a casa...

—No.

—No hagas tonterías, ¿eh? —dijo su madre aliviada—. Pórtate bien.

—Vale.

—Ni se te ocurra llevar perros o gatos abandonados a casa.

—Sí, mamá.

—Un beso.

Pedro colgó el teléfono profundamente decepcionado. En la cocina tenía un mensaje de su madre: OJO CON EL FUEGO. TE QUIERO.

—¡Eo! —dijo Pedro, ya de vuelta bajo el puente.

Esta vez el animal reaccionó enseguida. Levantó levemente la trompa y permaneció quieto, pero atento a los movimientos de su mano cuando Pedro rebuscó en la bolsa que había traído consigo.

—Toma. —Avanzó lentamente con una galleta en la mano. El elefante resopló, provocando el sonido de una escoba al barrer las hojas de otoño. Un pato les observaba desde el agua, y rompió la calma cuando agitó sus alas para desaparecer en dirección a la isla. Pedro solo escuchaba su respiración y la del animal. Al cabo de un buen rato, se atrevió a moverse de nuevo y, cuando tuvo al elefante casi al alcance de la mano, puso la galleta frente a sus ojos—. Soy tu amigo.

La enorme cabeza gris del paquidermo parecía hecha de granito y solo los ojos permitían confirmar que se trataba de un ser vivo. El animal emitió un sonido gutural, levantó la trompa y con ella investigó la galleta. Pedro se dio cuenta de que tenía dos agujeros, porque era ni más ni menos que una nariz, y, como acto reflejo, arrugó la suya. El elefante tomó la galleta con delicadeza y se la llevó a la boca. No oyó como masticaba, ni que la tragara. Sencillamente desapareció. Entonces Pedro retrocedió hacia la caja de galletas y, antes de que la abriera para sacar más, ya tenía la trompa a solo treinta centímetros de su mano. Después de sobresaltarse, Pedro la tocó. Era

rugosa y extraña, lo que le hizo sonreír con esa mezcla de fascinación y repugnancia que provocaría el contacto con un extraterrestre. El elefante se zampó las galletas en un santiamén y, cuando acabó la última, alzó levemente la trompa y movió las orejas.

—¿Tienes más hambre?

El animal, desde luego, no sabía hablar, pero dio a entender que necesitaba alimento. De su pecho emergió de nuevo el ronquido y buscó algunos brotes verdes de pasto, que se llevó a la boca. Pedro volvió sobre sus pasos y arrancó unas ramas de hinojo que el elefante se comió en medio segundo, así que se apresuró a buscar más: casi todas las plantas de la zona estaban secas.

—No hay más —dijo Pedro.

¿Cómo iba a encontrar doscientos kilos de hierba?, pensó Pedro. Si Hugo tenía razón, el animal acabaría muriendo de hambre. Se dejó la vista oteando ambas márgenes del río para buscar una zona donde hubiera pasto. Más allá del declive que conducía a la orilla, la tierra era un descampado yermo cubierto de pasto y basura hasta el terraplén que precedía a la carretera que atravesaba el sector industrial y una urbanización. Reparó en los edificios más cercanos... y le vino una idea a la mente.

—Ahora vengo —dijo.

Pedro desanduvo el sendero de la orilla y subió el talud que llevaba a la urbanización, situada en la ribera del río y a diez minutos del parque industrial. Los edificios, muy nuevos, tenían rótulos con nombres de ciudades italianas. Procurando que no le vieran, se aproximó al edificio «Venecia», una horrorosa mezcla de arquitectura funcional con carpintería de aluminio, y arrancó todas las hojas que pudo de un arbusto de laurel. Se detuvo al descubrir a un vecino que cruzaba la calle, y cuando este desapareció de su vista, siguió arrancando ramas enteras, que amontonó a sus pies.

—¿Qué haces con el laurel? —gritó una señora desde una ventana.

La señora llevaba el pelo recogido con una pinza y, al parecer, no tenía otra cosa que hacer que vigilar los campos yermos que circundaban la zona bajo un parasol a rayas amarillas y blancas. Le acusó de conducta «criminal» y le anunció que lo iban a atrapar por destruir la propiedad ajena.

—¡Eh! —gritó al ver como Pedro se daba a la fuga.

Él se detuvo: había olvidado el botín y regresó para recuperarlo. Un hombre con chándal y un carrito de la compra estaba en el portal del edificio hablando a gritos y la señora señaló en su dirección.

—¡Ahí está! ¡El que arranca el laurel!

—¡Niño! ¡Eh! —chilló el hombre—. ¡Gamberro!

Pedro corrió con todo el laurel que podía abarcar con sus brazos hacia el este y abandonó la zona con toda la prisa que le permitió la carga y sus cortas piernas. No se atrevió a volver por el mismo camino y tuvo que dar un largo rodeo para bajar al puente por el sendero que conducía a la orilla. El sol ya se escondía tras el horizonte.

—¡Eo! —susurró Pedro, sin aliento. Y puso las ramas de laurel frente a él. El

elefante las olfateó y luego empezó a comer con deleite—. Esto se pone en la sopa — explicó al tiempo que se colocaba una hoja en la boca y se atrevía a darle un pequeño mordisco—. Están buenas. Mañana te traeré más, ¿vale? O, mejor, buscaré otra cosa, porque creo que no podré volver allí. —El elefante levantó la trompa—. ¿Tienes más hambre?

Antes de regresar a casa, se detuvo en el camino para mirar al elefante por última vez. Le dolían mucho los pies y las manos y había olvidado fregar los platos. Cenó un poco de pan con mermelada de ciruelas, un vaso de leche y, agotado, se metió en la cama. Estuvo despierto hasta muy tarde y, como siempre, simuló haberse dormido cuando llegó su madre, porque si lo hacía, siempre le besaba y se quedaba un rato a su lado. Cuando Susana se alejó y cerró con cuidado la puerta de la habitación, Pedro encendió una pequeña linterna y sacó el cuaderno secreto que guardaba en la caja de zapatos. En una de sus páginas dibujó al elefante poniendo especial cuidado en sus orejas y en sus ojos y pensó en darle un nombre. La linterna se agotó muy despacio, un rato después de que se quedara dormido.

—¿Qué has hecho con las galletas? —preguntó su madre al día siguiente.

—¿Qué? —dijo Pedro para ganar tiempo.

Susana cerró la nevera y dio un repaso a la alacena.

—¿Qué has estado haciendo con las galletas?

—Me las he llevado al colegio —mintió Pedro, mientras procuraba mantener el control de sus párpados (si pestañeaba mucho, su madre detectaba la mentira de inmediato).

—¿Todas?

—A veces..., cada uno trae galletas..., y ayer me tocaba a mí.

En el colegio hablaron sobre la Revolución Industrial, la máquina de vapor y el desarrollo de los procesos del hierro, pero Pedro no podía concentrarse. Su lugar en el aula estaba lejos del profesor y de las ventanas, en el sitio reservado para los que jamás levantaban la mano para dar respuestas o plantear preguntas. No podía ver el puente desde allí. Cuando acabó la primera clase, se acercó a la ventana para mirar en dirección al río. El resto de la mañana se le hizo eterna.

Una vez de vuelta a casa, al cruzar el paseo peatonal que precedía al puente, descubrió un cartel que colgaba de una farola. Era más alto que él y pendía de un alambre de acero fuera de su alcance. Llevaba bastante tiempo allí. El cartón xerografiado mostraba el rostro de dos payasos que sonreían junto a un gran tigre de color blanco y... ¡un elefante!

—Hombre, mira quién viene por aquí.

Gonzalo se encontraba en la acera junto al Cuca y el Bola. Pedro pasó de largo sin

cruzar la mirada con ellos, pues en ese momento su mente estaba ocupada en lo que acababa de ver. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡En los últimos carnavales había venido un circo a la ciudad! Se preguntó si sus dueños estarían buscando al elefante e imaginó a un domador malvado, látigo en mano, obligando al animal a realizar equilibrios sobre una bola minúscula. ¿Por qué siendo tan fuertes no se rebelarían?, pensó Pedro.

—¡Gallina! ¡Galliiiiiiiiina!

—¡Coc... cococococococooooorroc! —gritaron los niños a sus espaldas.

Gonzalo se puso frente a él, cortándole el paso y el hilo de sus pensamientos. Pedro intentó evitarle, pero este se plantó de nuevo en su camino. Parecía nervioso y se reía tratando de confirmar con el Cuca, que estaba tras él, lo divertido de la situación.

—Déjame en paz, ¿quieres? —dijo Pedro.

—¿Por qué me gritas? —replicó Gonzalo.

Pedro retrocedió de un salto y corrió. Las piernas parecían derretirse bajo él cuando sintió la presencia depredadora de los niños a sus espaldas, y quiso volar, como cuando soñó que podía alzarse del suelo agitando los brazos para escapar de un dragón que escupía fuego. Un edificio blanco que había sido una panadería y ahora era un almacén tenía una larga valla de ladrillos encalados. Si llegaba allí y cruzaba la esquina, encontraría el parque y una farmacia. Allí estaría a salvo, pero las fuerzas le fallaban. Esa mañana había tenido clases de Lengua, Matemáticas y Ciencias Sociales y llevaba al menos catorce kilos de material didáctico. Gonzalo se reía a sus espaldas. Le sacaba una cabeza y no tendría problemas en sobrepasarle. Si no le había alcanzado, era porque se regodeaba junto a sus amigos como un grupo de perros lo haría con un ciervo acosado.

—¡Dejadme en paz!

Se le escapaban las lágrimas y ya sin aliento, antes de que eso ocurriera, se detuvo y giró sobre sus talones.

—Y ahora ¿qué? —le retó Gonzalo. Pedro apretó los dientes y no respondió—. Tonto del culo.

—Tonto, tonto —dijo el Cuca.

—Cobardica —añadió el Bola, que sudaba muchísimo.

Siguieron los insultos un rato y Pedro no se movió ni respondió una sola vez hasta que le dejaron solo al ver que un transeúnte se les acercaba.

Cuando llegó a casa, guardó la nota de su madre, que estaba puesta sobre un plato precocinado, y mientras lo hacía descubrió que, al contrario de lo usual, no estaba llorando. Había olvidado en un minuto la persecución de Gonzalo y sus amigos y sintió una íntima satisfacción al saber que tenía cosas más importantes en que pensar: necesitaba encontrar alimentos. Buscó una silla, se quitó los zapatos y, subido a ella, examinó el armario que ocupaba la parte superior de la pequeña cocina. Últimamente solían comer siempre productos congelados y, desde hacía mucho tiempo, tras



algunas latas de conserva esperaban algunas legumbres: dos paquetes de lentejas y también maíz, con el que su madre hacía palomitas cuando veían películas juntos. Las cogió pensando que eso sería mejor que la hierba, o incluso que las galletas (¿los elefantes engordaban?). Añadió una pizza congelada y todas las manzanas del cesto que había sobre la nevera. Las puso una a una en una bolsa junto al resto de las provisiones y emprendió el camino hacia el escondite del puente.

A esa hora, apenas se escuchaba el sonido del tráfico. Una garza blanca buscaba presas en el fondo cenagoso de la orilla y al verle, alzó el vuelo. Pedro trató de recordar los nombres que había pensado ponerle a su mascota mientras caminaba río arriba. En clase le habían pasado por la cabeza, como mínimo, cien nombres diferentes, pero no se decidía por ninguno. Finalmente se encontró frente a él.

—¡Elefante! ¡Estoy aquí! —El animal estaba allí, quieto como siempre, oculto entre las cañas. ¿Se trataba de un elefante tímido?—. Tengo comida. ¡Ven! —añadió, señalando el contenido de la bolsa que llevaba en la espalda mientras lo colocaba en un montoncito frente a sí—. ¿Me oyes? —dijo, pensando que tal vez estuviera dormido—. ¡Eo!

El paquidermo agitó las orejas, dio dos zancadas y se plantó frente a él. No tardó mucho en alargar la trompa, olfatear y ponerse a comer. Pedro siempre había soñado con tener un perro, pero su madre decía que no podrían pasearle y cuidarle con la frecuencia necesaria; además, tendrían que quitar pelos de todas partes. Pedro descubrió que el elefante no tenía pelo (bueno, sí, pero poco, pelos grandes y negros en la cabeza y en la cola).

Sacó de su envoltorio su almuerzo y bebió un trago de una cantimplora de plástico que tenía el logotipo de Batman. Mientras comía, pensó que si el elefante había trabajado como estrella de un circo, tendría habilidades especiales. ¿Podría hacer equilibrio sobre sus dos patas? El elefante resopló: la comida había desaparecido y él apenas había comenzado la suya.

—¿Te gusta la pizza cuatro quesos?

Pedro comprobó que sí, que los elefantes comían la pizza con el cartón entero. Pasó allí el resto de la tarde sentado, contemplando a su compañero, que tampoco apartó la mirada de él. De algún modo, bajo ese silencio que rompían algunas cigarras y los sonidos de la ciudad, aprendieron a conocerse. Al bajar el sol, el paquidermo asomó su cuerpo del cañaveral y Pedro lo observó maravillado. Avanzó lentamente a la sombra del puente, puso sus patas en la orilla, que se hundieron haciendo un profundo ruido de succión, y olisqueó el agua. Había espuma en la superficie de la orilla y Pedro pensó que en el centro del río, donde nadaban los patos, el agua estaría más limpia.

—Si bebes aquí, te dolerá la barriga.

Entonces escuchó el sonido de un motor. Era una lancha de color naranja con el escudo del Ayuntamiento que regularmente retiraba las hierbas invasoras. Estaba aún lejos y, partiendo de la orilla derecha, giró lentamente hacia el puente.

—¡Ven! ¡Escóndete!

Pedro corrió hacia la orilla. El sonido del motor crecía. La lancha tenía dos ocupantes vestidos con monos de color verde y parecían mirar hacia la margen izquierda, pero pronto les descubrirían si no buscaban un escondite.

—¡Vamos! —dijo Pedro—. ¡Si te ven, te atrapan!

El elefante retrocedió lentamente y se dirigió hacia el cañaveral, aunque, para su preocupación, lo hacía muy lentamente. La lancha ya estaba muy cerca y avanzaba directamente hacia ellos. Pedro se alejó del elefante, cogió unas piedras y, apuntando al centro del río, las arrojó una a una. Al cabo de un momento, Pedro pudo ver el blanco de los ojos de los hombres e, impulsado por la desesperación de proteger a su nuevo amigo, se puso a cantar a voz en grito la primera estrofa que le vino a la cabeza. Trataba sobre un señor llamado Melitón, que tenía tres gatos y les hacía bailar en un plato. Era la única melodía que recordaba y, como no la sabía entera, se limitó a repetir el estribillo con la esperanza de que su actuación atrajera la mirada de los extraños.

—¡Tenía tres gatos, don Melitooooón tenía tres gatos!

Los hombres de la lancha desplazaron su aburrida mirada hacia el cañaveral y solo les llamó la atención el movimiento de distracción de Pedro, al que tomaron por un niño más bien tonto. Cuando desaparecieron de su vista, Pedro regresó junto al animal y carraspeó avergonzado al sentir su mirada flemática sobre él, como si estuviera dispuesto a hacer una crítica de su repertorio musical.

—Aquí te encontrarán.

Tarde o temprano lo descubriría la lancha de limpieza, o algún abuelo que viniera a pescar. Además, no era infrecuente que fueran chicos jóvenes a beber, escuchar música y dejar la orilla llena de papeles y envoltorios de chucherías, como atestiguaban los montones de basura. Lo verían y se lo llevarían.

—Si te encuentran, te pondrán una inyección —dijo Pedro, preocupado.

¿Cómo iba a esconder un elefante?

Pedro apartó las sábanas con cuidado y puso los pies en el suelo frío. Se sintió liberado de sus obligaciones y eso le produjo una vaga sensación de vértigo. ¿A qué tenía miedo? A lo desconocido. Pero ¿qué derecho tenían a matar a un ser tan formidable como ese? Pensó en la terrible imagen de un hombre con bata inyectando veneno y cerró los puños. Tenía una tarea que cumplir y sintió que no había nada más importante que eso. La gente mayor era extraña. En parte, eran como Gonzalo y sus amigos: terriblemente simples en sus razonamientos.

Se vistió lentamente y caminó a oscuras tratando de no chocar contra los muebles del comedor o la puerta de la cocina, que estaba entreabierta y filtraba una leve luz azulada que venía del patio vecinal. Abrió la puerta de la calle con cuidado, percibió el chasquido de la cerradura y se quedó muy quieto atento a la posibilidad de que su madre se hubiera alertado. Contó veinte segundos antes de cerrarla tras de sí.

Era noche cerrada, pero a veces el río transmitía los sonidos más tenues a kilómetros de distancia. Podía escuchar una melodía amortiguada que parecía provenir de alguno de los edificios de la otra orilla, de los cuales solo podía distinguir los cuadrados amarillos de sus ventanas. A Pedro no le gustaba la oscuridad y caminó con aprensión, atento al menor ruido. Apenas llegaba la luz de las farolas de la zona industrial, ya que la más cercana al talud que conducía a la ribera llevaba muchos meses fundida.

—¡Eo! —susurró Pedro.

El elefante se movió y, como si de una nube que amenazara tormenta se tratara, apareció la sombra de su inmensa cabeza frente a él.

—¡Soy yo! —susurró, temeroso de que, al no reconocerle en la oscuridad, lo aplastara.

A diez metros de ellos, apenas podía distinguirse algo más que una sombra y Pedro, decidido a realizar su plan, se alejó un trecho para señalar el sendero que se alejaba.

—Tenemos que salir de aquí. ¿Entiendes? Los de la barca que limpia el río acabarán por verte. Muévete. —El elefante no se movió—. Ven —dijo Pedro. Luego sacó un caramelo del bolsillo y lo alzó ante sí—. Está bueno. Ven.

De tres grandes zancadas, el animal salió de las cañas. Grande como una montaña, se movió acompasadamente hasta tapar las estrellas en el campo de visión del niño.

—¡Ven! ¡Elefante! ¡Ven! —repitió Pedro, mostrando el contenido de su mano—. ¡Vamos! —insistió, y tropezó en un declive del terreno.

Se hizo daño al caer, pero no lo notó, porque una fuerza aterradora le alzó del suelo para soltarle después como si fuera un juguete.

—Ven —lo llamó Pedro cuando se recuperó del susto.

Avanzó cojeando levemente. El ritmo del elefante era engañosamente rápido y, para ponerse a su altura, tuvo que correr.

—¡Espera! —dijo el chico.

Caminaron junto al río por una franja estrecha que subía en terraplén hacia la carretera que daba a la zona industrial. Allí el sendero era muy estrecho, y las hierbas, bajas, aunque debido a la oscuridad apenas eran visibles. El elefante se detuvo y arrancó una mata de hinojo, que se puso a masticar lentamente.

—No te pares, ¿eh? —dijo Pedro—. ¡Vamos!

El elefante obedeció. Pedro había soñado con tener un pez de colores. ¡Y ahora tenía un elefante!, pensó sonriendo para sí. Tenía ganas de gritar: «¡Somos libres!». Y sin dejar de poner un pie tras otro tras las zancas del gigante, miró a su alrededor con precaución, como si alguien pudiera escuchar sus pensamientos. Bastaba que cada uno buscara su propio camino para encontrar sorpresas maravillosas, y no le cabía duda de que el elefante escapaba precisamente por eso. ¿Por qué si no se había ocultado bajo el puente escapando del circo? Imaginó a un domador con traje de húsar y bigote manejar un látigo mientras niños como el Cuca y Gonzalo aplaudían.

Aun confundido por el cansancio y el temor a la oscuridad, Pedro trazó planes. ¿Existían zoológicos de un solo animal? Tal vez sí, si era tan grande. Y pensó que la exhibición de un elefante libre como el suyo valía, por lo menos, como cien monos, cocodrilos e hipopótamos del zoológico. Tal vez pudiera enseñarle algún truco, y podría viajar con su madre, que, liberada de su rutinario trabajo, vestiría un traje blanco lleno de piedras preciosas, como una domadora de verdad, y podrían ver París, China y Estambul y evitaría ir al colegio. Solamente tendría que enseñarle a subirse, por ejemplo, a un barril y dar vueltas, cosa que en ese momento no le pareció muy difícil. Una fría brisa que olía a helecho y tierra húmeda ascendía de la pendiente que acababan de superar. Había tan poca luz a su alrededor que cuando Pedro alzó la mirada, descubrió la luna llena en todo su esplendor, tan grande y perfecta como un queso de Parma que pudiera tocar con la punta de su dedo índice. Se le escapó entonces una risa de asombro y felicidad: estaba paseando con su mascota y esta era, nada más y nada menos, un elefante adulto. Ascendieron lentamente entre las matas de jara y aulaga y, después de doscientos metros, el sendero se elevó gradualmente hasta llegar a la zona asfaltada.

—Atención... —dijo Pedro.

Un camión se dirigía hacia el norte y la zona industrial e iluminó con sus grandes focos la carretera y parte del área en la que se hallaban. Pedro se tumbó en el suelo y el elefante se quedó quieto, mirando como hipnotizado las sombras alargadas y

monstruosas que formaba el vehículo a su paso.

El camionero, que llevaba suministros eléctricos y estaba muerto de sueño después de un viaje de ochocientos kilómetros, registró en su retina la presencia de un elefante junto al río. Pestañeó tres veces y se abofeteó la mejilla con la intención de despertarse.

—Vamos —dijo Pedro cuando el vehículo pasó de largo.

Avanzaron por la acera de una calle asfaltada que se había degradado con los años de sol y lluvia y había sido invadida ocasionalmente por las malas hierbas. Estaba flanqueada por rejas metálicas que dividían las parcelas, algunas de las cuales no eran más que pastos en los que a veces podían distinguirse restos de maquinaria en desuso o pirámides de productos de albañilería. Pedro había venido a veces a jugar, con la bicicleta, para buscar tuercas y, al igual que el río, era un lugar prohibido para él. Se detuvo frente a una nave donde se alzaba el esqueleto parcial de una grúa. El edificio era un único cuadrado grande e inmenso rodeado de un seto de cedro sin cuidar que superaba los tres metros. Las puertas, cerradas, eran viejas persianas de metal que traqueteaban cuando había viento y se abrían al empujarlas. La última Navidad había descubierto ese lugar secreto porque se podía entrar en él a través del hueco de la puerta, pero ¿cómo era tan tonto de pensar que ambos podrían entrar por esa abertura tan estrecha?

—Espera aquí —le dijo al elefante.

Preocupado, Pedro empujó el portón y entró en la inmensa nave vacía, que no tenía más que algunos palés apoyados contra una de las paredes de ladrillos de hormigón. Intentó abrir la puerta metálica, cubierta de óxido, empujando desde dentro y comprobó el cierre, pero no se movía.

—No puedo —murmuró para sí.

Lo intentó de nuevo y tiró con todas sus fuerzas hasta sentir que las manos le quemaban. Como por arte de magia, cuando ya no podía más, la puerta finalmente cedió. El elefante tiró de ella con su trompa, con una fuerza irresistible, como si fuese una simple cortina.

—¡Cuidado!

El metal, al moverse, causó un tremendo estrépito y Pedro esperó una señal de alarma. Afortunadamente, el parque industrial carecía ya de vigilancia.

Pedro retrocedió hasta la parte de atrás de la nave. El animal había ido arrancando a lo largo del camino las hierbas que encontraba y masticaba tranquilamente algo, como hacía él cuando tenía un chicle en la boca, lo que le hizo recordar que el elefante necesitaba una montaña de comida al día. Pedro solo había traído, como mucho, cuatro kilos, y las hierbas que había comido en el camino no llegaban, ni de lejos, a alcanzar sus necesidades. En la pared trasera había un montón de hierros metálicos y tubos de plástico y una vieja carretilla manchada de cemento. Tenía un acceso abierto que daba a un patio. Los grandes dientes de la cabeza de una retroexcavadora asomaban entre un grupo de cardos y zarzas tras una acacia, como si

fuera la boca de un enorme dinosaurio. Aunque no podía verlo, sabía que esa zona daba a un gran campo sembrado, y luego a un olivar que tenía como límite la autopista, apenas visible debido a los zarzales que habían invadido parte de la valla metálica que se extendía en la parte trasera. Pedro oyó las pisadas graves y sordas del animal y el crujido de sus enormes patas al pasar del cemento a la hierba.

—Come.

Inmediatamente, y como si le hubiera entendido, el paquidermo levantó su trompa, olisqueó las ramas bajas de la acacia, arrancó una de ellas y comenzó a masticar. Pedro tenía sueño y bostezó. Sentado en la oscuridad, esperó mientras el elefante se alimentaba y decidió descansar un rato acurrucado junto al esqueleto de la máquina cubierta de orín. Le despertó el viento fresco que barría el patio trasero de la nave. El cielo era rosado y azul y a lo lejos apenas podían distinguirse el ruido y las luces de los vehículos que circulaban por la autopista. Entonces Pedro comprendió que era de día y se incorporó de inmediato. La acacia no tenía ninguna hoja y el elefante había desaparecido.

—¿Dónde estás? —Pedro recorrió el perímetro de la nave sin encontrarlo—. ¡Eo! ¡Elefante! —gritó.

Pedro llamó una y otra vez, regresó a la calle desierta que conducía al río y gritó de nuevo su nombre a través de la valla que daba al campo baldío. Por fin, al volver sobre sus pasos, escuchó un vago ronquido que procedía del interior del edificio y descubrió al elefante de pie, respirando pausadamente en su rincón más oscuro.

—Menudo susto —dijo avanzando hacia él.

Ya era de día, y cuando Pedro pensó en las consecuencias de que su madre no le encontrara en la cama, comprendió que acababa de pisar algo blando y enorme.

—Vaya —dijo Pedro y, levantando el pie del excremento, arrugó la nariz—. Me tengo que ir a casa. ¡Mi madre estará preocupada!

Antes de emprender la carrera siguiendo el río, volvió sobre sus pasos y asomó la cabeza para comprobar que el animal no se había movido.

—No te vayas, ¿vale?

El elefante movió levemente la trompa y Pedro tomó esa señal como un «Vale».

—¿Dónde has estado? —preguntó su madre al cabo de un rato.

—Ya te lo he dicho, mamá. No lo sé. Salí fuera un momento porque no tenía sueño.

—¿Y adónde fuiste?

—A ninguna parte.

—¿Quieres dejar de mentir? ¡He llamado a la policía!

La madre estaba aún en camisón y miró la ropa de Pedro. Estaba cubierta de tierra. Tenía un ojo a la funerala y uno de sus pies, por el olor, parecía haber sido sumergido en un cubo de excrementos de vaca. Pedro pensó que si hubiera llegado

quince minutos antes, su madre no se habría dado cuenta de nada.

—¿Cuánto tiempo llevas levantado...? —insistió su madre—. ¿Por qué? —continuó, impotente, mirándole de hito en hito, después de un momento de pausa.

—¿Por qué... qué?

—¿Por qué buscas una forma de mentirme? Has ido al río, ¿verdad?

Había ido a pescar de noche con su padre en dos ocasiones, ya que en la madrugada, según este, se pescaba mejor. Pedro se dispuso a responder tratando de pensar una excusa, pero antes de que lo hiciera, la madre le abofeteó.

—No vuelvas a irte lejos nunca más, ¿de acuerdo? Nunca más. Casi me matas del susto.

Susana abrió la ducha para que Pedro se quitara la suciedad y le ayudó a ponerse ropa limpia, como cuando era pequeño.

—Voy a trabajar. Hoy tengo doble turno —dijo después de ponerle un gran tazón de leche con cacao y galletas—. ¿Cómo se te ocurre ir a pescar solo al río? —preguntó mirando los rasguños que Pedro tenía en las manos—. ¿Y a qué has jugado?

—¿Me llevarás al colegio tú? No quiero ir solo.

—Hoy tengo que estar temprano en el trabajo.

—Tengo que explicarte una cosa.

—Dime...

Pedro no sabía cómo comenzar. Al ver el rostro de su madre, comprendió que nunca le creería.

—Nada. Solo que metí el pie en el río y tuve miedo de caerme.

Su madre estudió las grandes ojeras de Pedro y su palidez.

—Está bien. Te vas a quedar en casa hoy, pero no saldrás. Y recuerda: no quiero que digas en el colegio, ni a nadie, que te has quedado solo en casa. ¿Lo entiendes?

—¿Por qué nunca quieres que diga eso?

Su madre se arrodilló y tomó sus manos con expresión grave.

—Ya te lo expliqué: porque dicen que los niños no pueden quedarse solos en una casa. Y si dices que estás solo, pueden venir y llevarte diciendo que soy una mala madre.

—¿Y por qué no te quedas conmigo?

—Porque necesito el trabajo. ¿De acuerdo? Voy a llegar tarde. Pórtate bien. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Prométeme que no volverás a escaparte de noche.

—Te lo prometo —dijo Pedro cruzando los dedos y sintiéndose culpable por ser un mentiroso. Pero ¿qué podía hacer? El elefante, con todo lo grande que era, dependía de él.

Cuando su madre se marchó, se quedó dormido de inmediato. Despertó al mediodía. Le dolían los pies, y las rodillas y las manos estaban cubiertas de rasguños que se habían agregado a las ampollas del día anterior, pero se sintió feliz de no tener

que ir al colegio. Se tomó la leche y puso en una bolsa la caja con las galletas que quedaban. También cogió todas las frutas y verduras que había en la nevera. Encontró en un armario lleno de ollas y vasos viejos un bote con comida de colores que había pertenecido a su pez naranja, pero cambió de opinión porque estaba seguro de que los elefantes no comían comida de pez. Buscó sus zapatillas viejas (el pie derecho de la nueva estaba en el balcón, aún sin lavar) y se fue hacia la puerta. Entonces descubrió que su madre le había encerrado con llave.

Decepcionado, pensó que estaba condenado a quedarse el resto del día en casa y que el elefante estaría esperándole en vano. Esa zona era la parte exterior del parque industrial y apenas circulaban por allí escasos camiones que nunca se detenían, pero el elefante tal vez confiaba en su promesa y debía de sentirse tan solo como él. Pedro se preguntó luego si en el circo habría otros elefantes. ¿Estaría tal vez buscando a su madre? ¿Podría averiguar el camino de regreso a la India? Desde luego, los elefantes no sabían leer y habría infinidad de lugares para perderse desde Mérida hasta allí. ¿Y cuánto tiempo podría durarle la hierba? Acababa de ser testigo de cómo se zampaba un árbol entero. Pedro devolvió la comida a su sitio y se sentó en el sofá en silencio y muerto de cansancio. Trató de jugar un rato con su consola, perdió varias vidas virtuales a manos de un monstruo tragabolas y finalmente encendió el televisor. Estuvo un rato allí pensando en la forma de salir de casa y en que sus planes se deshicieran como azucarillos en una acequia mientras daban las noticias del mediodía.



Pedro buscó una copia de las llaves de casa en los cajones de la cómoda. No encontró nada. Se asomó al balcón. Era un segundo piso y no había manera de bajar a través de un canalón o agarre como en las películas. ¿Y qué le diría a su madre luego si le encontraba en la calle? Necesitaba unas llaves. Rebuscó en los cajones de la cocina y en el mueble de los zapatos. Descubrió una pila de papeles en una carpeta cerrada. Eran fotografías de su padre: abrazaba a su madre junto a un columpio, mientras le tenía a él en brazos y sonreía a cámara; parecía muy joven. Debajo de ellas encontró documentos y certificados médicos. A su lado, en una cajita, un anillo de boda, un reloj roto, cuatro canicas de cristal muy gastadas, dos viejas entradas de cine y, por fin, dos llaves de un modelo antiguo que probó y no funcionaban.

Finalmente, buscó en los papeles de su cuaderno del colegio hasta encontrar la pegatina con la invitación al cumpleaños de Hugo, que guardaba desde el día de aquella insólita celebración en la que su amigo prestara más interés al código de barras del envoltorio que al coche teledirigido que le regalaron. La casa donde vivía estaba en un bloque contiguo que tenía un pequeño parque con un columpio de metal donde se habían reunido un par de veces durante el verano. Al igual que él, no sabía jugar al fútbol y solían coincidir en su vagar solitario por el patio del colegio. Apenas hablaban, pero Hugo era lo más parecido a un amigo (humano) que tenía. Pensó entonces que los miércoles no iba al colegio y que quizá habría acabado sus lecciones especiales.

—¿Sí? —contestó una voz de mujer; la madre de Hugo, supuso.

Pedro no había hablado muchas veces con extraños por teléfono y se esforzó en hacerlo correctamente, como se suponía que lo hacían las personas mayores.

—Buenas tardes.

—¿Quién es? —respondió la madre, áspera.

—Soy Pedro, amigo de Hugo. ¿Está ahí?

—¿Hugo? —dijo la mujer.

—Sí.

Pedro esperó. La mujer era tal vez una de esas «madres helicóptero» que vigilaban cada movimiento de sus hijos, y sintió envidia. Hugo era físicamente torpe y tomaba las metáforas al pie de la letra, lo que le despojaba de sentido del humor..., pero tenía a su madre siempre cerca. Pasó un largo rato y pensó en colgar. Había llamado en alguna ocasión a Hugo, pero, al igual que ocurría cuando le hablabas,

raras veces respondía por su nombre.

—Vamos, Hugo..., responde —se dijo Pedro, aferrado a su única oportunidad. Entonces escuchó la voz tenue y algo monótona de su amigo.

—¿Es verdad lo del elefante? —preguntó Hugo sin transición, como era su costumbre.

—Sí.

El teléfono permaneció en silencio.

—¿Estás ahí?

—Sí —respondió Hugo al cabo de unos segundos muy largos.

El laconismo de Hugo exasperaba a Pedro, pero este trató de concentrarse en su objetivo, pues si le ponía nervioso, se cerraría como una ostra. Tal vez ya estuviera concentrado en la memorización de números de una agenda si la tenía a su alcance y Pedro se obligó a hablar para mantener el contacto.

—Genial. Hugo...

—Estoy aquí. Estás nervioso.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—No.

—No se lo digas a nadie o me lo quitarán. ¿Vale?

—Sí.

—¿Quieres verlo?

Pasó un largo rato. A las personas con Asperger no les gustaba cambiar su rutina diaria e imaginó que Hugo estaría luchando interiormente, como cuando los maestros trataban de congraciarse con él.

—¿Dónde está?

—Lo he escondido en un almacén.

—¿Y qué le das de comer?

—Hay árboles, y hierba.

—¿Hay agua?

Hugo conservaba los datos en su memoria con una nitidez asombrosa. Siempre se le ocurrían ideas y respuestas en las que nadie pensaba. ¿Qué haría el elefante si tenía sed? Se marcharía de allí en dirección al río y alguien lo vería... Lo atraparían. ¡No había pensado en el agua!

—Tengo que buscarla. ¿Vienes? Estoy encerrado en casa.

—¿Por qué?

—Me han castigado.

—¿Y cómo saldrás?

—¿Te está escuchando tu madre?

—No.

—Entonces ¿vienes?

—Estás encerrado —dijo Hugo, siempre lógico.

—Hay una llave escondida fuera de mi casa.

—Mi madre no me dejará. Solo me deja jugar en el parque de la comunidad.

—Dile que vamos allí.

—Eso sería mentir.

—¿Quieres que el elefante se muera de sed?

Hugo permaneció un rato en silencio.

—Vale. Mentiré para que no se muera el elefante.

—La llave de mi casa está bajo la maceta de la derecha. Busca allí y pásamela por la rendija de la puerta.

Pedro se sentó en el suelo frente la entrada y esperó. Al cabo de un rato, que se le hizo eterno, oyó pasos y la llave de su casa apareció bajo la puerta.

Un instante después, los dos niños corrían en silencio bajo el sol de la tarde. A esa hora provocaba brillantes reflejos en el río. Pasaron de largo frente a una caseta de obra vista, de la que salían largos cables, y a los pilotes de cemento. Cruzaron el puente de la vía férrea y se desviaron por una avenida mal asfaltada que cruzaba en diagonal el parque y que les llevaría directamente hacia la parte final del polígono industrial. Pedro entró en la nave y dejó pasar a Hugo, que examinó el espacio vacío y gris. El elefante estaba en un rincón, tumbado. Pedro corrió hacia él y sacó del bolsillo algunos caramelos.

—Eo —susurró Pedro.

El animal apenas reaccionó.

—¿Se llama Eo?

Pedro lo pensó un momento y decidió que era un buen nombre.

—Sí. Se llama Eo —respondió con la necesaria solemnidad con que, pensaba, se debía bautizar a un elefante.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé —respondió Pedro, esperando que el animal reaccionara.

—Está enfermo —afirmó Hugo.

—¿Eo? —dijo Pedro aproximándose al animal.

—Está enfermo —repitió Hugo—. Respira muy lento.

—Los elefantes respiran así.

—Pero no se mueve.

Hugo tenía razón. Eo no reaccionaba. Pedro abrió su bolsa, sacó la cantimplora de Batman y la vació en un bol de plástico con el que su madre hacía las ensaladas. Eo resopló. Era un sonido seco, como si tuviera los pulmones llenos de grava. Olisqueó el agua y la absorbió en un segundo. Luego movió lentamente la trompa, como si buscara más.

—Es muy poco. Necesita doscientos —afirmó Hugo.

—¿Doscientos?

—Los elefantes necesitan beber doscientos litros de agua para no morir de sed. Doscientos litros es como un vaso para ti.

—¿Y de dónde voy a sacar doscientos litros de agua? —preguntó Pedro—. ¡No te

mueras! —añadió, poniendo la mano sobre la piel rugosa de Eo.

—La gente aguanta menos sin beber que sin comer. Lo vi en la televisión, y los elefantes son como la gente, ¿no?

El patio de atrás estaba desierto y el árbol había sido arrancado como si fuera un juguete. De todo el pasto que había antes no quedaban más que los tallos secos.

Pedro y Hugo recorrieron la nave hasta que este último se detuvo frente a una cañería y un grifo que tenía rosca: no funcionaba. Subieron las escaleras metálicas que daban a una breve planta de oficinas con una de las paredes abierta hacia la nave. El suelo estaba cubierto de papeles semiocultos por una gruesa capa de polvo y excrementos de pájaro. En la única habitación que había no encontraron más que una estantería metálica y una puerta que conducía a un pequeño lavabo cuyos grifos tampoco funcionaban.

—¿Qué hacemos? —dijo Pedro, desesperado. Hugo recorrió el perímetro del espacio metódicamente—. ¿Qué haces? —le preguntó.

Hugo miraba fijamente a la pared. En esta había dos conductos anclados con bridas de hierro que tenían varias capas de pintura. Seguido por Pedro, bajó las escaleras sin perder de vista los tramos de tubería que salían del lavabo.

—El agua va por aquí. Toda sale de una tubería grande que procede de alguna parte.

La tubería, al llegar a la pared de la entrada de la nave, se hundía en el suelo. Cuando salieron al exterior, no había rastro de ella.

—Y ahora ¿qué hacemos? —inquirió Pedro.

Pero Hugo seguía concentrado. Con la atención puesta en el espacio que quedaba entre sus pies, caminó hacia la cerca que conducía a la calle, cruzó la valla y buscó en la acera.

—Aquí. —Hugo señalaba una pequeña compuerta metálica—. Aquí.

—Aquí ¿qué? —Pedro leyó las letras que había grabadas en la compuerta oxidada, apenas visibles: COMPAÑÍA DE AGUAS—. Eres un genio —afirmó sinceramente.

Pedro intentó abrir la compuerta, sin éxito. Tenía una cerradura extraña, cuadrada, que estaba llena de óxido y parecía inexpugnable.

—Necesitamos algo. Un sacatuercas.

—Una llave cuadrada.

—¿Y dónde vamos a encontrar una llave cuadrada?

No lo sabían. Pedro y Hugo vagaron por la zona industrial. Escucharon un sonido metálico y al cabo de un rato se aproximaron a una isla de actividad entre varias naves vacías. Era una nave llena de maquinaria situada frente a un descampado repleto de camiones en diferentes estados de uso y reparación, en cuyo interior había hombres trabajando. Pedro oyó el *clanc* del metal contra el metal y se armó de valor.

—¿Una llave? —preguntó un hombre joven que tenía las manos cubiertas de grasa y vestía un mono verde.

—Se me ha atascado la rueda de la bicicleta —explicó Pedro procurando, como acto reflejo, no pestañear.

El mecánico dejó un carburador sobre un mostrador metálico y tomó una brocha empapada en aceite de motor.

—No puedo prestarte una llave. ¿No tendrías que estar en el colegio? —preguntó.

Antes de que le hicieran más preguntas, Pedro dio un rodeo y regresó al escondite de Hugo en la nave situada frente al taller, donde un gran letrero de lona anunciaba: SOLAR EN LIQUIDACIÓN. Hugo parecía distraído en la contemplación de un nido de hormigas.

—No hace caso —dijo Pedro.

Hugo seguía absorto en las hormigas, como si no le hubiera escuchado, hasta que Pedro le tocó el hombro.

—No nos dan la herramienta —explicó Pedro.

—¿Por qué lo repites? ¿Le has dicho que es un caso de vida o muerte?

—No podemos decirlo.

—¿Y por qué no?

—Créeme. No podemos decirlo.

Pedro contó a Hugo lo que le habían dicho en la tienda de animales y ambos llegaron a la conclusión de que tendrían que encontrar la forma de solucionar el problema. Decidieron vigilar la actividad del taller, pues Pedro nunca había visto tantas herramientas juntas. Se preguntó por la razón del egoísmo del mecánico, al tiempo que pensaba que si contaba la verdad, en lugar de salvar al elefante llamaría de inmediato a las autoridades sin atender a otras razones. Pensó también que, definitivamente, no eran los niños como Hugo, sino los adultos, los que tenían déficit de atención.

Pendiente de la señal de Hugo, y rogando en su interior para que su amigo no se distrajera en mirar las nubes, Pedro aprovechó un momento en el que no se veía a nadie tras las puertas abiertas del taller para colarse en él. Avanzó hacia la cabina de un camión azul que mostraba sus tripas y se escondió tras una máquina llena de tubos que olía a gasóleo, decidido a esperar la oportunidad de tomar sin permiso una herramienta. «Luego la devolveré y eso no será robar», pensó. Un hombre mayor, con las manos completamente tiznadas, cruzó su ángulo de visión y, después de contar hasta diez, Pedro se deslizó con cuidado tras una plancha metálica sobre la que se apoyaban algunas varillas de acero.

—¿Has visto el filtro del veinte? —dijo una voz a su derecha.

—¿Qué filtro?

Luego escuchó el ruido de un motor, una sombra gigantesca tapó la luz de la primera compuerta y un camión se situó sobre una plataforma que tenía un hueco bajo tierra. El mecánico con el que había hablado pasó cerca de él golpeando el suelo con sus fuertes botas de puntera de acero y se alejó dándole la espalda. Entonces, tras los vehículos, al fondo de la sala cubierta, vio el expositor de utensilios. Pedro se

arrastró, tratando de hacerse invisible, tras una extraña máquina cuadrada, avanzó a gatas bajo las ruedas delanteras del camión que estaba sobre el foso y se acercó al expositor. Había alicates, destornilladores en forma de estrella y lisos, martillos, llaves hexagonales y un montón de artefactos extraños. No sabía que existieran tantos objetos para arreglar cosas, y trató de localizar a toda velocidad una herramienta cuadrada, sin éxito. Escuchó ruido de pasos y, temeroso de que le atraparan en cualquier momento, agarró cuatro útiles y se ocultó al escuchar un sonido agudo y chillón. Era un timbre telefónico de potencia especial que sonaba como una alarma antiaérea. Un mecánico de pelo rizado y complexión fuerte cruzó la nave en dirección a las oficinas, separadas del taller mediante una mampara de cristal sucio y lleno de pegatinas de lubricantes, marcas de vehículos y un calendario con una señora en bañador. Cuando pasó junto a Pedro, este intentó deslizarse hacia los bajos del camión. Entonces resbaló al tropezar con el borde metálico de un elevador y una de las herramientas se le escapó de las manos, causando un ruido que le delató.

—¡Eh! —oyó Pedro tras de sí.

El mecánico de pelo rizado le apuntaba con el dedo desde la puerta de las oficinas. El chico cogió la herramienta del suelo y salió disparado hacia la salida.

—¡Eh! ¿Qué haces, chaval? —gritó otra voz.

El joven del mono corto apareció frente a él cubriendo la puerta que daba a la calle. Pedro cambió de dirección y corrió hacia la compuerta lateral que conducía al patio. Las herramientas pesaban más de lo que creía. Nunca había robado nada y se preguntó si le meterían en la cárcel. Pero aún no le habían atrapado. Escuchó pasos a sus espaldas y entrevió al mecánico de pelo rizado desplazándose hacia él con su complexión de gorila. El perímetro que rodeaba el taller mecánico estaba formado por una valla metálica que hacía imposible la huida y, con todas las fuerzas que el miedo acumulaba en sus piernas, Pedro corrió hacia el fondo del patio en dirección a un amasijo formado por piezas de desguace y varios camiones viejos. Escuchó el ladrido de un perro y captó la forma borrosa de algo que se abalanzaba sobre él: era un mastín oscuro y enorme atado a una cadena. Se arrastró como un rayo bajo uno de los camiones inutilizados y, arañándose las rodillas, se ocultó en un rincón oscuro entre las piezas que unían su chasis. Luego se quedó muy quieto y, cuando escuchó pasos cerca de él, contuvo la respiración.

—¡Niño! ¡No te haremos nada! ¡Sal de ahí o te harás daño!

Quizá el mecánico tenía razón, pensó Pedro, pero si le pillaban, le quitarían las herramientas que necesitaba y Eo se quedaría sin beber. Sabía que la gente mayor veía las cosas con rigidez y que consideraban a los niños poco menos que objetos, así que no estaba dispuesto a ofrecer explicaciones que se negarían a comprender. Esperó un buen rato. Cuando notó que los pasos de sus perseguidores se alejaban, salió lentamente de su escondite y atisbó a su alrededor. ¿Habrían soltado al perro?, pensó preocupado. Sus perseguidores estaban a veinte metros, junto a un camión blanco con el dibujo de una piña en su costado y un letrero en rojo: FRUTAS DEL CIELO. Si le

buscaban metódicamente, acabarían por encontrarle y tenía que decidirse ya: ¿deslizarse hacia el otro lado de la nave o cruzar el solar lleno de trastos para alcanzar la salida?

—¡Ahí! —exclamó una voz.

El mecánico mayor se encontraba justo tras él, escudriñando cerca de una montaña de ruedas. Pedro tiró todas las herramientas menos dos. Agarró con fuerza una en cada mano y salió corriendo. Los hombres emprendieron la carrera tras él. Tenía algunos metros libres, pero el mecánico de pelo rizado salió de la nave para cortarle el paso. Apenas le quedaba aliento, pero pudo sortearle sin que le atrapara con una de sus manazas. Corrió, corrió y corrió hasta que no pudo más. Se había convertido en un ladrón y pensó que tal vez los mecánicos volverían sobre sus pasos para coger un coche y atraparlo en las calles desiertas. Se internó por una de las avenidas adyacentes y se ocultó entre dos contenedores de basura. Esperó allí un buen rato y, después de comprobar que no le seguían, regresó haciendo un rodeo para reunirse con su amigo.

—¿Estás bien? No he podido llegar antes —explicó, poniéndose a su lado.

Hugo estaba muy quieto y Pedro oyó un sonido agudo a sus espaldas.

—Cuidado —dijo al tiempo que se ocultaba.

Cuatro hombres con mono de mecánico hablaban en voz alta cerca de allí, en la amplia avenida que daba a los baldíos, y señalaban a su alrededor. Oyeron los pesados pasos de uno de ellos al aproximarse y como se alejaban a continuación. Pedro esperó un buen rato antes de asomar la cabeza y comprobar que la calle estaba desierta.

—Casi me pillan. Ya tengo las llaves —dijo mostrándolas—. Venga. Tenemos que irnos.

Pedro puso en la mano de Hugo una de las herramientas.

—¡Venga! ¡Muévete! Debemos irnos y Eo necesita beber.

Entonces Pedro notó que Hugo tenía el pantalón mojado: se había orinado encima.

—Perdón.

—No pasa nada. Puede ocurrirle a cualquiera.

—Te reirás de mí.

—Somos amigos, ¿no? Yo casi me hago...

Por primera vez, Pedro descubrió una vaga sonrisa en el rostro de Hugo.

Regresaron después de dar un largo rodeo por el camino asfaltado que bordeaba el polígono industrial, pensando que allí resultarían menos visibles. Una vez frente a la nave, observaron su botín. Tenían dos objetos: unos alicates grandes con el mango amarillo y una llave inglesa cuyos dientes podían ensancharse y empequeñecerse gracias a una ruedecita. Arrodillado frente a la compuerta del agua, Pedro probó con

la llave inglesa, pero ninguna de sus formas se adaptaba a la ranura. Luego intentó todas las combinaciones posibles con los alicates. Su punta encajaba perfectamente en la ranura cuadrada, pero no tenía la suficiente fuerza para girarla.

—Ayúdame.

Hugo puso sus manos sobre las de Pedro y lo intentaron con todas sus fuerzas, una y otra vez.

—Es imposible.

—No somos lo bastante fuertes.

Pedro entró en la nave. Eo estaba allí, quieto.

—Ven. Debemos ir al río. Tienes que beber. —Eo respiraba con dificultad. Pedro intentó animarlo para que se moviera—. Aquí sin agua te vas a morir. Tienes que moverte. ¡Ven!

Pero Eo apenas reaccionó. Pedro volvió sobre sus pasos.

—Se va a morir —dijo—. No puede moverse. —Hugo no respondió. Estaba mirando fijamente la llave del agua—. ¿No me oyes? —Hugo tenía de nuevo la mente en otro lugar, lo que exasperó a Pedro—. ¡Hay que hacer algo! ¡Se está muriendo! ¿Quieres ayudarme o te quedas ahí sin hacer nada?

—Estoy haciendo algo.

—¿Qué?

Pedro esperó. Se avergonzó al sentir que tenía ganas de golpear a su amigo. Estaba a punto de gritar cuando Hugo cogió las llaves, puso la punta de los alicates en la ranura cuadrada y encajó la muesca de la llave inglesa en su borde.

La compuerta se abrió con facilidad.

—Eres genial —dijo Pedro.

—Mi padre lo dice siempre —respondió Hugo—. Aunque me haga pis a veces.

A la luz del sol, en medio de esa amplia avenida desierta, Pedro abrió la espita del agua y, haciendo un cuenco con sus manos, las llenó para atraer la atención de Eo. Este, debilitado, siguió el cuenco de agua que ofrecía el niño. Una vez en el exterior, pestañeó al recibir los rayos de claridad en su cabeza gris y rugosa. Adivinó dónde estaba el agua y en cuatro zancadas alcanzó el surtidor, que formaba una pequeña concavidad en el espacio que antes había tapado la compuerta metálica. Eo sumergió la trompa en la pequeña balsa de agua clara para absorber el líquido con deleite. Estuvo bebiendo durante media hora y Pedro, nervioso ante la posibilidad de que apareciera alguien, vigiló el fondo de la calle desierta mientras Hugo descifraba sentado las letras sso, grabadas en el único muro visible de un almacén del que solo quedaba el esqueleto. Cuando Eo acabó de beber, arrojó agua sobre su lomo usando la trompa como una manguera.

—Ven —dijo Pedro después de cerrar la compuerta del agua.

Pedro escuchó un motor y Eo sumergió la trompa para rociarse de nuevo y dejar empapados, de paso, a Pedro y su amigo.

—¡No es momento de jugar! ¡Muévete!



El coche de una empresa de suministros para el baño apareció en el fondo de la calle. Tenía dos ocupantes. El que no conducía estaba comiendo un bocadillo tranquilamente mientras el conductor hablaba por los codos sobre algo relacionado con el cambio de tipos impositivos en la renta de las personas físicas. El acompañante se limitó a asentir arqueando las cejas, para morder de nuevo su bocadillo; entonces vio algo asombroso: un niño empujaba a un elefante, que se desplazó hacia una de las naves abandonadas. El hombre dejó de masticar al ver como Eo arrancaba con la trompa un árbol ornamental que se llevó a la boca como si fuera una barrita de regaliz.

—¿Lo has visto? —dijo olvidando que tenía la boca llena.

—Visto ¿el qué? —respondió el conductor, apático.

—Nada —replicó su compañero, dejando el bocadillo sobre su regazo.

El vehículo pasó de largo.

—Nos han visto —dijo Pedro una vez dentro de la nave.

Pedro y Hugo salieron a la parte trasera y recorrieron un trecho en busca de algún sitio en el que esconder a Eo. Se asomaron por la valla que daba a un pasto baldío salpicado de esqueletos de grúas y otros artefactos metálicos repartidos a lo largo de su perímetro como si fuera un viejo cementerio. La entrada estaba cerrada.

—Vamos —apremió Pedro de vuelta en la sombra de la nave. Eo no se movió. Parecía somnoliento—. ¡Venga! ¡No te pongas a dormir ahora! ¡Nos han visto! —Luego se situó tras el lomo de Eo y lo empujó con todas sus fuerzas, pero no se movió ni un centímetro—. ¿No lo entiendes? ¿Quieres que te atrapen? ¡Ayúdame! —gritó a Hugo. Pero Eo siguió inmóvil—. Empuja por detrás.

Pedro se puso frente a él, le agarró la trompa y, mientras Hugo trataba de impulsarlo poniendo todo su peso en sus cuartos traseros, estiró. Eo no se inmutó.

Pedro se colocó a cuatro patas y, sin dejar de mirar a Eo y al sorprendido Hugo, cruzó el umbral.

—Afuera. ¿Entiendes? —dijo Pedro poniéndose en pie.

—Llámale por su nombre.

—¡Eo! —gritó Pedro.

Eo dio una zancada, luego otra y siguió a los niños hacia la parte trasera. Llegaron así a la valla metálica que comunicaba el patio de la nave con el cementerio de máquinas. ¿Cómo podrían cruzarla? Los elefantes se usaban en la India como grúas, así que Pedro agarró con una mano la valla, como si quisiera levantarla.

—Levántala. —Eo le miró con atención, sin reaccionar—. ¡Vamos! Tenemos que escondernos en otra parte.

Pedro señaló la valla. Luego hizo como que la arrancaba con las manos. Gesticuló y siguió empleando todos los argumentos mímicos posibles, pero Eo y Hugo le miraban con una mezcla de curiosidad e incomprensión.

—¿No? —gimió Pedro dejando caer los brazos mientras pensaba a toda velocidad.

Se puso de rodillas, avanzó a cuatro patas hacia la valla y apoyó su cabeza en ella. Entonces dejó escapar una carcajada de entusiasmo al ver como Eo le imitaba, lo que provocó el derrumbe de uno de los paneles. Pasaron al otro lado y devolvieron el fragmento de valla a su lugar. Se internaron entre las máquinas abandonadas y Pedro buscó un rincón confortable, apenas visible desde la avenida. Luego intentó levantar el pasto que habían aplastado para borrar huellas que delataran su presencia. Allí estarían seguros, y había otra fuente de agua en la entrada a la que podrían recurrir.

—Ahora tenemos que irnos. Esta noche vendré a darte de beber —dijo Pedro.

Eo arrancó un trozo de hierba y se puso a comer con tranquilidad.

El sol estaba ya muy bajo cuando estuvieron de regreso.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó la madre de Hugo al cabo de un rato cuando le vio manchado de barro y completamente mojado frente al portal de su casa.

—Hemos encontrado un elefante..., hemos robado en un taller mecánico, tengo frío, me he hecho pis encima... y me lo he pasado genial —respondió Hugo, que no sabía mentir cuando le preguntaban, aunque Pedro intentó hacer un gesto para que su amigo no siguiera hablando.

—Estábamos jugando a ladrones y... submarinistas —añadió Pedro.

—Es la última vez que salís juntos —dijo la mujer con severidad antes de cerrar la puerta y cegar la visión de un Hugo que tenía una sonrisa inmensa dibujada en el rostro.

De regreso a su hogar, Pedro apagó el televisor que había dejado encendido y limpió someramente su ropa. Su madre llegaría pronto. Comió el plato que le había dejado preparado, se bañó lo más rápido que pudo y se metió en la cama. Cuando oyó entrar a su madre, simuló, como siempre, que llevaba mucho tiempo dormido.

Vomitó ayer, y no sé qué es lo que le ha pasado —gimió la señora.

La clínica veterinaria era un local impersonal compuesto por una recepción de paredes verdosas con sillas de plástico y un despacho con una puerta corredera a través de cuya abertura podía verse una camilla de cuero artificial. Frente a una pancarta que mostraba la genealogía de las razas gatunas, un hombre de mediana edad esperaba con una jaula en sus rodillas. El veterinario, un tipo muy alto y con cara de caballo, atendía en el consultorio al terrier escocés de una señora que sufría más que su perro.

—Es que el pobrecito muerde cualquier cosa: pelotas de tenis, calcetines, monedas, piedras...

El terrier, diminuto y de pelo largo y marrón, ladró para protestar cuando el veterinario lo tumbó boca abajo en una maniobra traicionera.

—El bloqueo parcial en el intestino puede causar problemas —afirmó el veterinario mientras palpaba su tripa—. Seguramente ha comido alguna hierba y la ha regurgitado. Si vuelve a pasar o vomita algo extraño, llámeme.

La jaula que el hombre tenía en sus rodillas contenía un canario amarillo, apenas un rayo de sol y plumas, que se agitó nervioso al ver como el veterinario daba paso a su dueño, preocupado porque había dejado de cantar. El veterinario recetó una dieta ligera a base de verduras, que lo sacara de la terraza y pusiese su jaula en un lugar sombreado alejado del ruido.

—Bueno, ¿y usted, señor? —inquirió el veterinario cuando Pedro se quedó solo.

—Vengo a hacer una pregunta —respondió Pedro.

—¿Y bien? —dijo, como si esperara a que Pedro mostrara una tortuga que llevara en el bolsillo.

—¿Qué pasa si encuentras un animal? —preguntó Pedro.

—Pasados treinta días, puedes quedártelo si no está identificado. Y hay que ponerle un chip. ¿Te has encontrado un animal?

—¿Qué es un chip?

—Una cosa que se pone en la oreja para identificar a las mascotas. ¿Qué animal has encontrado?

—¡Gracias! —dijo Pedro.

—¡Espera! —insistió el veterinario—. ¡Es obligatorio comunicar el...! —Pero no acabó la frase.

Al cabo de un rato, Pedro ya estaba lejos de allí, plantado frente a una montaña de habas. El colmado del barrio estaba abarrotado de conservas de todo tipo, además de chucherías, patatas fritas, fruta, vino, yogures, dulce de almendra e incluso diminutos frascos con flores de azafrán.

—Necesitarás un carrito —dijo el tendero, que era un hombre ancho y moreno que se empeñaba en lucir un bigote que había pasado de moda a mediados del siglo veinte.

Pedro asintió y pagó con el dinero que su madre guardaba tras el lavadero de la cocina. Se sentía culpable, pero ¿qué podía hacer? Eo necesitaba comida con urgencia. Tenía que encontrar un lugar con hierba y árboles donde pudiera vivir libre, y estaba decidido a encontrarlo, pero antes tenía que darle de comer. Cincuenta paquetes no eran más que la cuarta parte de lo que necesitaba un elefante para subsistir e imaginó cómo se sentiría él sin desayunar ni cenar.

—¿No traes carrito? —preguntó el tendero—. Necesitarás uno.

—Ahora vengo.

—¡Despistado! —rio el tendero tratando de alborotarle el pelo antes de que Pedro saliera disparado.

Al poco, volvió con el carrito rojo que su madre empleaba para hacer la compra y un cubo de plástico. Después de pagar la comida, arrastró el peso con dificultad en dirección a su escondite secreto. Al cabo de solo doscientos metros le dolían las piernas, los brazos y sentía que el mango de plástico le arrancaba la piel de las manos. Empujó el carrito bajo el sol y el canto de los grillos, obligándose a avanzar metro a metro y deteniéndose de vez en cuando para recuperar el resuello.

—Ya estoy aquí —dijo Pedro cuando, derregado, llegó por fin al solar desierto.

Eo era visible desde el camino, como había comprobado con preocupación al cruzar la parcela que le llevaba al cementerio de las grúas, y ocupaba el centro de una gran circunferencia de hierba aplastada. En cuanto notó su presencia, se aproximó a él agitando las orejas.

—Te he traído comida.

Pedro arrastró el carrito fuera de la vista, junto a la valla que daba al patio trasero de la nave, y vació uno a uno los paquetes de legumbres, con los que hizo una montaña de la que Eo comenzó a alimentarse. Luego recuperó las herramientas que había escondido bajo la rueda de un tractor, abrió la llave del agua después de comprobar que la calle estaba desierta e intentó llenar el cubo ayudándose con las manos. Al cabo de quince minutos, el agua no llegaba aún a la mitad. Entonces escuchó un fuerte ruido metálico: Eo, en su impaciencia por beber, estaba empujando la puerta, que crujió como el choque de dos barcos mercantes.

—¡No! —gritó Pedro—. ¡Entra, que te pueden ver!

Pedro metió el cubo a medio llenar en la nave. Salió al patio trasero y condujo hasta la entrada la vieja carretilla que estaba junto a la pared del patio trasero. Luego buscó un bote entre los objetos abandonados con el que ayudarse para llenarla y

fabricar así un bebedero, pero solo había hierros, alguna madera y papeles viejos. Entonces le alertó un sonido agudo: caían gotas de agua desde el piso de arriba. Subió a las oficinas y descubrió que el grifo del lavabo estaba abierto y funcionaba: bastaba con abrir la llave para que el agua derramada cayese al suelo, formando un charco que caía al piso de la nave a través de la barandilla metálica y las escaleras. Eo se colocó debajo de la pequeña cascada de gotas, que brillaban caprichosamente.

Pedro movió la carretilla para recoger el agua y recibió un chorro que rebotó en la pared. Usando su trompa como si fuera una manguera, Eo remojó con deleite su lomo. Pedro estaba empapado. Se quitó la camiseta y, con ayuda del cubo, salpicó la oreja izquierda de Eo, que respondió con contundencia. Sin dejar de gritar, resoplar, reír y gruñir, niño y elefante estuvieron jugando con el agua hasta que, satisfechos, se detuvieron en el rincón más claro del patio para dejar que el sol calentara sus rostros.

Ya casi seco, Pedro sacó un mapa escolar que había guardado en el fondo del carrito y buscó con el dedo un lugar que pareciera vacío, donde no hubiera carreteras ni casas ni puentes. El mapa era muy poco definido, ya que, además de ocupar un solo folio, era del mundo. África quedaba para abajo, pero tenía que estar muy muy lejos, porque ni siquiera salía su ciudad. Solo el río que la atravesaba. La India estaba conectada por tierra a Europa, y Pedro la ubicó en un lugar al sur de Rusia y China.

Intentó calcular su posición. Se incorporó y corrió hacia la valla adyacente para buscar una referencia. Todo lo que cubría la vista estaba ocupado por un gran campo de pasto seco que estaba cortado por la autopista. A lo lejos podían adivinarse las formas grises de unas montañas. Si había muchos árboles, Eo podría vivir.

Pedro se incorporó, saltó la valla que ponía fin al parque industrial y cruzó un campo baldío.

—¡Espera aquí! —gritó a Eo.

Y este se quedó mirando cómo desaparecía en la lejanía.

A esa hora cantaban las cigarras. El ruido del tráfico se iba haciendo patente conforme se acercaba a una valla de alambre de acero. Tras ella, sobre un terraplén de tierra y piedras, se asentaba la carretera. Pedro siguió la valla para buscar una forma de cruzar el obstáculo, pero no encontró ningún acceso. Más allá del campo de pasto, comenzaba un olivar que parecía extenderse hasta el infinito.

—La carretera no se puede cruzar —dijo Pedro, de regreso, como si Eo pudiera entenderle. El elefante, ajeno a sus problemas, retrocedió hacia el solar y arrancó algunas hierbas que crecían bajo una máquina cubierta de óxido—. Mañana vendré y te traeré... más comida. Y encontraremos un lugar para ti. Buscaremos un lugar donde no haya gente. ¿Vale?

Acarició el costado del bruto y emprendió el regreso a casa.

Al llegar al puente, se detuvo para mirar tras de sí, hacia las montañas, y pensó que en alguna parte tenía que existir una tierra que no fuera de nadie. Abrió el mapa de nuevo y, mordiéndose las uñas, repasó lo que recordaba de las lecciones del colegio: al sur, África, al otro lado del mar; al norte estaban Francia, Italia y

Alemania, que eran países llenos de carreteras, edificios y ciudades. No había un lugar donde esconderse. Y ¿cómo iban a cruzar las autopistas? Entonces pensó en los ratones, los conejos y los zorros. ¿Cómo podían ir de un sitio a otro si el mundo entero estaba lleno de edificios, ciudades y carreteras? Tratando de encontrar una solución que no fuera del todo imposible, llegó al portal de su casa, buscó la llave bajo la maceta que había previsto tener a mano esa mañana y descubrió, aterrado, que no estaba.

—Hola, Pedro —dijo Angustias, su vecina, desde el portal—. ¿Has hecho novillos?

—¿Eh? —respondió Pedro para ganar tiempo, pues no supo qué inventar.

Angustias era una mujer parlanchina a la que le gustaba controlar todo lo que ocurría en el vecindario y analizó su aspecto con una mirada perspicaz.

—Estaba e..., enfermo. ¿Usted tiene la llave?

La vecina sacó la llave del bolsillo y la puso en su mano.

—Tienes a tu madre muy preocupada.

Al cabo de un momento, estaba hablando con ella por teléfono.

—¿Qué hacías con el carrito? —oyó decir a su madre tras el rumor infernal que reinaba en su trabajo—. ¿Y el cubo? Me acaba de llamar ya sabes quién.

—No he hecho nada malo, mamá.

—Me prometiste que no saldrías. No sé qué puedo hacer contigo, Pedro, sinceramente. Me lo prometiste. ¿Por qué mientes?

—No digo mentiras. No me escuchas.

—¿Cómo que no te escucho?

—No escuchas nada de lo que digo.

—¿Dónde estabas?

—Estaba... paseando.

—Paseando ¿cuándo?

—Antes de llegar a casa.

—¿Quieres dejar de comportarte así? ¿Quieres que me vuelva loca?

—Mamá..., lo que te dije del... —Pedro levantó la vista, descubrió que la vecina estaba controlando su conversación desde el rellano y cerró la puerta—. Lo que te dije del elefante —dijo bajando la voz.

—¿Qué?

—Es verdad. Encontré un elefante.

—Espérate. No te muevas de casa. Voy a buscarte.

Susana pidió disculpas en el trabajo, se quitó el delantal y, antes de que su jefe pudiera decir nada, salió a la calle. Antes, las monjas se hacían cargo de los niños abandonados; ahora, los servicios sociales se ocupaban de ellos con una precisión maquinal. La ocasión en la que pidió ayuda a la asistente social fue un error que no tenía vuelta atrás y el comienzo de su pesadilla. Cuando les explicó su caso, una funcionaria a la que no había visto en su vida la acusó, mediante un texto críptico y

formal, de que tal vez no fuera capaz de criar a su hijo. El trámite fue derivado al Departamento de Bienestar Social y Familia y su vida pasó a formar parte de un pliego al que se le había asignado un número de identificación de ocho dígitos. Primero se presentó un psicólogo. Luego una pareja de individuos, pacientes y minuciosos, que le pidieron la declaración de la renta, la nómina, la cartilla de ahorros, seguro de vida, hipoteca y recibos al corriente de pago. Al fin se personó un hombre con portafolios azul. Este era el más amable, pero el que más miedo le daba. Venía, dijo, para ayudar. Y podía quitarle a su hijo.

Susana no tardó ni quince minutos en llegar a casa, recoger a Pedro y acompañarle a pie al polígono industrial. Pedro seguía el paso de su madre a duras penas. Intentó explicar toda la historia, pero ella no dijo ni una sola palabra en todo el trayecto. Cuando llegaron frente a la nave, Pedro la guio hasta la parte trasera. Le enseñó la valla y una zona desde la que se podía ver el campo.

—Vale, ¿dónde está el elefante? —dijo su madre al fin, señalando a su alrededor.

Pedro corrió hacia el fondo de la valla y regresó al almacén: estaba vacío. Eo había desaparecido.

—Estaba allí.

—Allí ¿dónde?

Pedro, con el corazón en un puño, saltó la valla ante la preocupada mirada de su madre. Corrió entre las viejas máquinas.

—Estaba aquí. ¿Ves la hierba pisoteada?

—Dime por qué mientes.

—Te lo he dicho.

—¿Qué me has dicho?

—No miento. —Entonces su madre amagó un sollozo—. No llores, mamá.

—Por favor. No puedo más. ¿Entiendes?

—Tiene..., tiene que haberse ido a otra parte.

—Pedro —dijo su madre suspirando—, estoy muy preocupada.

—Mamá, te juro que es verdad.

—¿Y dónde está?

—Tiene que haberse... escondido. Mamá, no llores.

Pero su madre se desmoronó. Sencillamente se sentó en el suelo y se puso a llorar.

—Mamá. No pasa nada..., estaba jugando. Mañana iré al colegio.

Pedro intentó consolarla: iría al colegio y no diría más mentiras... Y así mintió nuevamente, porque no podía ver a su madre bañada en lágrimas.

Después de los comentarios en la tele sobre una guerra en Oriente Próximo y un campeonato de automovilismo, Eduardo Terrón, el abuelo que pescaba en el zarzal, escuchó la palabra «elefante».

«... macho de casi cinco toneladas. Al igual que Baby, cuando sorprendió a la ciudad irlandesa de Cork huyendo de la carpa del circo Courtney Brothers, ha desaparecido sin dejar rastro, lo que no deja de ser curioso en un animal de tales dimensiones —dijo el locutor frente a una imagen de archivo de un elefante asiático en un aparcamiento público—. “Esto demuestra la necesidad de un control de los circos que asegure tanto el bienestar animal como la integridad física de la gente”, señaló el portavoz de la Delegación del Gobierno autonómico, Sebastián Romero. — El presentador dio por terminada la información y añadió—: A continuación, vamos con la predicción del tiempo».

Don Eduardo bajó el volumen. Estaba tan impresionado con la noticia que fue a la cocina y bebió sin respirar un vaso entero de agua. Fue el día en que los gamberrillos del barrio tiraron la bici de un niño al agua cuando tuvo la visión que ya casi había olvidado. Recogió su cesta vacía y los aperos de pesca y, al llegar a casa, no le dijo nada a su mujer. Al día siguiente se tomó la tensión en la farmacia y pidió hora para el endocrino en su esfuerzo por justificar que la visión fuera un sueño, o producto de alguna de las pastillas que remedaban sus achaques. A veces veía borroso o se quedaba dormido viendo películas, pero nunca le había ocurrido pescando, y si se quedaba dormido pescando, significaba que realmente estaba llegando a la recta final de su vida. ¡Cuántas cosas había dejado de hacer! Podría resumir su existencia en medio folio de papel en el cual no habría ni una sola palabra relacionada con sus sueños de juventud. ¡Un elefante! Don Eduardo se asomó a la ventana del comedor para tomar aire fresco. Su vista no le había fallado. No esa vez.

Apenas pudo dormir. A la mañana siguiente se levantó temprano para buscar un objeto en el cuarto que tenían tras la plancha, que usaban para los trastos y que podía haber sido para el niño que nunca llegó. Sacó del armario empotrado una maleta estrecha y de un metro y medio de largo que contenía una caja llena de sellos de correos, otra con un puro reseco, regalo de despedida del director de la oficina de Correos, y la única herencia que conservaba de don Isaías Terrón, su abuelo: un fusil máuser.

Aparte de esto, de él solo conservaba una foto amarillenta y el vago recuerdo de



lo que llegó a relatarle su abuela: su viaje con el capitán De Oro, el Lawrence de Arabia español, para fundar El Aaiún, una ciudad en medio del Sáhara aún inexplorado; de cómo había perseguido leones y búfalos salvajes; de los tuaregs, que le regalaron sal de un manantial oculto en el desierto; de la forma de cabalgar en camello y ponerse un turbante correctamente; de sus paseos por los jardines de Esmara, el Sultán Azul; de las francachelas con Luis Gálvez, que proclamó una república independiente en una selva de Bolivia, y de la extraña aventura de Francisco Iglesias, que, miope como un murciélago, voló de Sevilla a Río de Janeiro con un monomotor y lloró como un niño cuando estalló la Guerra Civil porque arruinó su proyecto de viajar al Amazonas. También sabía por su abuela un refrán tuareg que nadie entendía y el impresionante relato —de segunda mano, eso sí— de cómo había cazado al animal más peligroso del mundo, que no era un león, sino un elefante. Su abuela recordaba todas esas historias porque Isaías Terrón murió joven y en paradero desconocido. Tal vez por ello su padre le animó a que siguiese una carrera segura como el oscuro funcionario de Correos que fue toda su vida, hasta su reciente jubilación. De sus sueños, pues, solo quedó esa caja, aunque, gracias a aquellas historias, don Eduardo soñó de niño con seguir los pasos aventureros de su abuelo desaparecido, y hasta su primera juventud leyó sobre Heracles, que llegó hasta el fin del mundo para robar los bueyes de Gerión, conocía al dedillo la vida de Lawrence de Arabia, el sistema de orientación del chino Zheng para viajar a la Cochinchina y cómo George Orwell acabó con un elefante asesino en la India. Sin embargo, don Eduardo, al hacerse mayor, olvidó todo eso y siguió los pasos de cualquier persona cabal, pues, terminado el siglo veinte y en los albores del veintiuno, ya no quedaban rincones por descubrir. De algún modo, y sin saber cómo, en la época en que de viejo vuelves a ser un poco niño, comprendió que el mundo se había quedado pequeño y los sueños de su infancia se le habían escurrido entre los dedos como el agua de un estanque.

—¿Qué haces? —dijo su mujer asomándose a la puerta.

—Nada.

—¿Y la escopeta?

—No es una escopeta. Es un fusil —contestó mientras sacaba el puro que le habían regalado después de treinta años encerrado en una oficina. Lo había reservado para una ocasión especial y se lo puso entre los dientes, tal y como habría hecho el propio Ernest Hemingway—. No voy a encenderlo —añadió, respondiendo al gesto interrogante de su mujer. Esperanza suspiró—. Todavía... —apostilló Eduardo.

—Eduardo... —dijo Esperanza.

—Soy viejo, y si quiero fumar, me lo fumo.

Por la cara que ponía Eduardo, el puro tenía la textura y el sabor de una suela de zapato. Esperanza se encogió de hombros. Desde su jubilación, una angina de pecho y otros achaques propios de la edad, don Eduardo había cambiado de carácter. Al fin, resultó ser una disfunción del tiroides. Se le prohibieron por prescripción médica las

pocas cosas que le gustaban y se obligó a realizar largos y aburridos paseos hasta que descubrió la pesca. Pero ¿qué podía obtener de un río contaminado en el que ni siquiera cantaban las ranas? Sentado a solas al sol, pensaba a veces en lo que podría haber dado de sí su vida. Quizá por eso comenzó a inventarse, como suelen hacer todos los pescadores desde que el mundo es mundo, historias fantásticas. Un día vio (o creyó ver) algo grande y brillante que se sumergía en la parte más profunda de la corriente y desde entonces contaba a quien quisiera escucharle historias sobre siluros y peces-gato monstruosos que poco a poco fueron convirtiéndose en motivo de regocijo en las tardes de dominó del club de jubilados, pues muchos viejos que pescaban en el río o en el lago de Alange habían llegado a ver desde ovnis hasta seres antediluvianos tan grandes o más que los del lago Ness. Pero ahora no se iban a reír, porque su historia era real... Era real.

—¿Adónde vas? —preguntó su mujer.

—Voy al campo.

—¿Y te llevas la escopeta?

—¡No es una escopeta! —dijo cerrando la puerta.

—¡Ten cuidado! —siguió su mujer—. ¡Está prohibido llevarla!

Don Eduardo avanzó directamente por la calle estrecha que bajaba hasta la rotonda del puente. Sabía que en Nepal, no hacía muchos años, un elefante asesino mató a cuatro personas. Cuando se volvían locos eran animales muy peligrosos, pero no quería llamar a la policía. ¿Compartir la aventura? Él salvaría la situación y, por una vez, dejaría de comportarse como había hecho siempre y haría lo que le pedía el alma, qué demonios. Caminó deprisa y al cabo de veinte minutos llegó al cañal frente a la orilla en la cual solía pescar. Podía ver desde allí la acacia que le daba sombra y notó un dolor agudo en la cadera. Cuando llegó a los pilares de cemento, colocó la maleta del fusil en el suelo. El máuser era un arma tan simple como podía serlo. Pesaba cinco kilos y, según había dicho un amigo suyo cazador, y al que estuvo a punto de vender la pieza, era el mejor fusil del mundo, capaz de atravesar un muro de ladrillo como si fuera cartón. Se trataba del arma preferida de los grandes cazadores de búfalos y elefantes. El arma de Rudyard Kipling y Lawrence de Arabia. Su herencia: un arma de aventurero. Sintió que le invadía la emoción por primera vez en muchos años y abrió una caja que contenía veinte balas que aún se conservaban bien, pues solo tenían una leve capa de herrumbre. Cargó cinco, cerró la maleta, la escondió entre los juncos y avanzó hacia el cañal con el fusil preparado.

Se aproximó con cuidado a la zona más umbría de la ribera conteniendo la respiración para no revelar su presencia y llegó al segundo pilar del puente. Los juncos apenas se agitaban y no percibió nada. Era imposible que el elefante hubiera pasado desapercibido en la solana, entre los montículos de desechos orgánicos de las algas que la barcaza del Ayuntamiento iba depositando, así que volvió sobre sus pasos y se internó en la zona más espesa del carrizal. Los cinco kilos del fusil se hicieron entonces patentes y le parecieron cincuenta, pero se obligó a mantener el

cañón frente a sí, pues el peligro podría venir sin avisar. Temblando de excitación —y un poco de miedo, aunque se dijo a sí mismo que era normal en un cazador de elefantes novato—, llegó al extremo del cañaveral en silencio y trazó una nueva ruta abriéndose paso con cuidado. Finalmente, alcanzó una zona cubierta, de unos tres metros cuadrados, que parecía haber quedado aplastada por algo muy grande y pesado.

El misterio de la desaparición de Eo no le dejó dormir ni concentrarse en las clases. Durante el recreo, Pedro se apartó a una esquina para estar solo, mientras sus compañeros jugaban con una pelota hecha con papel de aluminio. Hugo no asistió a clase.

—Eh, subnormal —dijo Gonzalo a sus espaldas.

—Tú sacas peores notas —respondió Pedro, esperando el primer golpe.

Un profesor cruzó el patio cerca de ellos y Gonzalo hubo de contenerse. Una vez que estuvo solo, Pedro secó una lágrima con la manga de su camiseta y descubrió con sorpresa que, a pesar de su miedo, se había enfrentado a Gonzalo. La mañana transcurrió sin darse cuenta. En cuanto llegó a la casa comió, esperó la llamada de su madre y sisó otro billete del escondite antes de dirigirse al súper.

—¿Otros cincuenta kilos? —preguntó el sorprendido tendero—. No me quedan habas. Me quedan garbanzos. ¿Quieres garbanzos? —Pedro espantó una mosca y puso el billete en el mostrador sin sonreír—. ¡Los garbanzos son sanísimos! —exclamó el tendero mientras extraía con sus manos gruesas un paquete tras otro de las estanterías llenas de latas, frascos y paquetes de conservas. Desde una balda alta, un gato naranja y gordo le observaba con indiferencia. Una vez cargado el carrito, Pedro lo arrastró bajo el rotundo sol, que anticipaba un estío caluroso. Siguió la acera, cuarteada por la falta de mantenimiento y cada vez más rota a consecuencia de las plantas oportunistas. Llegó a la última calle de la zona industrial, subió por el camino de asfalto que se alejaba del río bordeando los campos yermos de su orilla derecha y entró en el descampado con la esperanza de encontrar a Eo. Estaba vacío.

—¡Eo!

Pedro gritó con creciente preocupación en todas las direcciones, pero el animal no dio señales de vida. Arrastrando el carrito, regresó al puente pensando que podía haber ido a buscar agua. Allí le llamó de nuevo. Abatido, pero sin la menor intención de rendirse, regresó sobre sus pasos en busca de cualquier rincón susceptible de ocultar un elefante huidizo. Tenía que estar en alguna parte y no iba a abandonar. Arrastró el carrito con una mano y, cuando empezó a dolerle, con la otra, y al final, vencido por el cansancio, procuró empujarlo con ambas usando todo el peso de su cuerpo. Al llegar de nuevo a la zona industrial, escuchó voces tras de sí.

—Eh.

Era la voz de Gonzalo. Tras él iban, como no podía ser de otro modo, el Cuca y el

Bola. Estaban aún muy lejos y, a pesar de que no tenía escapatoria, Pedro se obligó a aligerar el paso.

—¿Qué se te ha perdido aquí? —dijo Gonzalo a pocos metros tras él.

Pedro no respondió y notó una picazón en la nuca. Habían reducido la distancia y aceleró aún más. Allí no tendría ninguna oportunidad porque la amplia y desértica avenida era un páramo cerrado por verjas de hierro. A esa hora, el sol recortaba con dureza la sombra de sus perseguidores contra el asfalto caliente.

—¡Eh!

No podía entender por qué le perseguían. Gonzalo era feliz amedrentando a los demás e hizo que Pedro, desde que a principios de año le fijara como objetivo, viviera aterrorizado con tan solo pensar en ir a la escuela..., hasta que encontró a su nuevo amigo: el que acababa de perder.

—¡Eh! ¡Imbécil!

—¿No nos oyes? ¡Estamos aquí!

Ellos querrían reconocimiento. Pedro no quiso darles el gusto de responder y buscó un refugio con la mirada. En el colegio solía protegerse colocándose cerca de algún grupo de chicos mayores o un profesor. Ahora estaba definitivamente indefenso, y el miedo que sus aventuras habían hecho que se desvaneciera volvía para quedarse.

—¿Nos oyes o no?

—No te oye. Está sordo.

—No está sordo. Es tonto.

—Eh. ¡Tonto!

—¡Atontao!

El Cuca y el Bola se acercaron para tirar piedrecillas que caían en su camino, sobre el asfalto.

—¿Qué llevas en ese carrito? —dijo el Cuca.

Pedro les miró de soslayo. Habían reducido el paso y le seguían a poco más de veinte metros. Tomó aire y comenzó a correr empujando el carrito con todas sus fuerzas. Notó el dolor en las piernas. Escuchó risas y comprendió que su huida sería inútil.

No había ningún cruce a esa altura y, aunque lo hubiera, todas las calles de ese páramo industrial eran rectas y desiertas. Gonzalo y los suyos, a una señal, se lanzaron a la carrera tras él como perros tras un zorro. Pedro aceleró y trató de no desfallecer, pero le faltaba el aliento. Cegado por el miedo y la rabia, tropezó con la rueda de su carrito y las bolsas de legumbres cayeron desparramando su contenido por el suelo.

—¿Qué llevas? ¿Garbanzos? —dijo el Cuca arrugando la nariz.

El Bola emitió su risa característica.

—¿Qué haces con esto?

—Nada.

—¿Estás sordo? —espetó Gonzalo.

Dijera lo que dijera, Gonzalo encontraría una excusa para humillarle. Lo sabía, y sabía que él lo sabía, aunque su acosador seguía con la farsa como si fuera un ritual que habían repetido en otras ocasiones, y que Pedro interrumpió para acuclillarse y recuperar, uno a uno, los garbanzos desperdigados.

—¿Para qué quieres todo esto?

—Para nada.

—¿Para nada? —exclamó el Cuca.

—¿Quién lleva mil kilos de garbanzos en una bolsa para nada? —dijo el Bola.

—¿Nos estás llamando tontos? —retó Gonzalo.

—No. No os estoy llamando tontos —respondió Pedro alzándose. Ahora los chicos formaban un semicírculo a su alrededor. La desesperación y el miedo de Pedro comenzaron a deshilvanarse en su interior dando paso a una rabia ciega—. Dejadme en paz —dijo apretando los puños.

A lo lejos podía escucharse el ruido del tráfico en la autovía. Pedro se dio cuenta de que, al contrario que otras veces, no estaba llorando. No lo haría ya nunca más, pensó. Cantaban las cigarras y una suave brisa le agitó el pelo. El Cuca, para romper el silencio, dio una patada a una de las bolsas que no se habían roto y el Bola pisó con fuerza algunos frutos.

—¡Mira! ¡Crujen! —comentó el Bola.

—Dejadme en paz.

—Oye, no me grites —dijo Gonzalo.

—No te he gritado.

—Te ha gritado —insistió el Bola.

—¿Me estás llamando mentiroso? —dijo Gonzalo dando un paso hacia él.

—Te estoy llamando eso, idiota y burro —replicó Pedro con la voz temblorosa, pero resignado a pelear.

Pedro trató de defenderse, pero Gonzalo era mucho más rápido y, antes de que pudiera tocarle o arañarle, recibió un golpe en la cabeza y un brutal empujón que le arrojó al suelo. Durante unos instantes lo vio todo negro, y cuando recuperó la conciencia, rojo, pues el sol inclemente se colaba a través de sus párpados. Sin fuerzas, se sentó en el asfalto caliente para mirar cómo Gonzalo y el Bola rompían el resto de las bolsas y notó un impacto junto a su oreja. El Cuca, con un puñado de garbanzos en la mano, se los arrojaba uno a uno apuntando a la cabeza. Tenía las mejillas arreboladas por la excitación y estaba preparándose para tirar otro cuando detuvo su movimiento y se quedó petrificado y con la boca abierta. Eo le observaba desde la reja metálica del solar adyacente.

—¿Qué te pasa? ¿Has visto un fantasma? —dijo Gonzalo a sus espaldas.

Eo levantó una pata, aplastó la valla como si estuviese hecha de papel y avanzó hacia los agresores de Pedro con la trompa levantada; desplegó sus orejas, barritó con la fuerza de una sirena de barco y alzó los colmillos exhibiendo, furioso, la potencia

de su musculatura. Los amigos de Gonzalo no se atrevieron a moverse mientras este se hacía pis encima.

Pedro se incorporó y puso la palma de la mano sobre la trompa.

—Tranquilo —dijo Pedro.

Gonzalo cayó de culo al suelo. Sus amigos corrieron con toda la fuerza que les permitieron las piernas mientras este retrocedía sobre sus nalgas. Luego, lanzó un aullido y les siguió sin dejar de trastabillar.

Pedro esperó a que se perdieran de vista y, agotado, se sentó en el mismo sitio en el que había caído, al tiempo que Eo daba cuenta de los garbanzos desperdigados.

—¿Dónde te habías metido? Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Pedro.

Los niños no tardarían en llegar a la ciudad, pensó. Hablarían con su familia y estos con la policía y con el Ayuntamiento, que sacrificaba a los animales perdidos.

—Tenemos que marcharnos —dijo Pedro, pensando a toda velocidad. Eo le miró sin dejar de masticar—. ¿Me oyes? ¡Vámonos! —Se incorporó y señaló el descampado—. Esta no es tu casa. No podemos seguir aquí. ¿Entiendes? Tienes que comértelos rápido.

Pedro vació sus pulmones de aire, se armó de paciencia y empujó a Eo por los cuartos traseros con todas sus fuerzas, lo que no modificó ni una fracción de milímetro la postura del animal, que tomó con delicadeza un garbanzo y se lo llevó a la boca con deleite.

—Tardaremos siglos en marcharnos si te comes los garbanzos de uno en uno. Tenemos prisa, ¿entiendes?

El camino era una galaxia con miles de ellos desperdigados. Como si tuviera todo el tiempo del mundo, Eo cogió otro, que olisqueó con atención antes de tragarlo. Pedro, impaciente, se alejó de él y señaló el camino.

—Tenemos que irnos. Por allí. ¿Entiendes? ¡Vamos!

Cada minuto significaba mayor peligro. ¿Cuánto tiempo tardarían en venir a buscarles? ¿Qué haría?

—Te atraparán. Y te encerrarán. ¿Entiendes? ¡Te sacrificarán!

Pedro intentó de nuevo empujarle, y luego mover una de sus patas, pero era como si tratara de levantar una catedral con los brazos. Exasperado, hizo por juntar los garbanzos empleando primero sus manos y luego su camisa. Cuando consiguió hacer una montaña con estos, la señaló.

—Ahora, rápido.

Eo alzó la trompa. Con extrema suavidad, cogió un garbanzo en la cúspide de la montaña y se lo puso en la boca.

—No. ¡Eres... un...!

Pedro se alejó de Eo un trecho a grandes zancadas y le gritó con todas sus fuerzas. Este se llevó otro garbanzo a la boca. Pedro saltó, gesticuló e imprecó hasta que finalmente, agotado, se dio por vencido. Entonces tuvo una idea. Recuperó los garbanzos que quedaban y los fue poniendo en el carrito, guardando una reserva que

ocultó en su bolsillo hasta que no quedó ninguno. Luego dirigió una mirada significativa a Eo, puso uno en el suelo y esperó. Entonces Eo caminó hacia él, tomó la semilla y, con parsimonia, se la tragó. Poco a poco, como si fueran las migas del cuento de *Pulgarcito*, Pedro trotó frente al elefante para colocar de vez en cuando un garbanzo en el camino. Este le siguió, encantado con el juego.

—Eres un elefante muy raro, ¿sabías? Claro que no conozco otros elefantes. Pero seguro que tú eres bastante especial dentro de los elefantes.

Eo tocó el hombro de Pedro con la trompa. Gracias al truco de los garbanzos, de los cuales guardaba una reserva en los bolsillos, hizo que cruzara la valla que daba al olivar. Continuaron guiándose entre los árboles retorcidos y centenarios, a cuyos pies se había eliminado la maleza, y llegaron al camino de servicio que transitaba paralelo al terraplén de la autopista. A causa de las densas copas de los olivos, lo único que alcanzaba a verse de ella era la forma de los vehículos, que a esa altura circulaban en línea recta y a toda velocidad causando un efecto estroboscópico entre las frondas hasta que se alejaban en un vago zumbido que acababa confundiéndose con el viento y los grillos. Pedro pensó que al menos allí estarían ocultos parcialmente —aunque un conductor que transportaba piezas de remolque hasta Portugal advirtió la cabeza de Eo tras un árbol particularmente achaparrado y, perplejo, vació un botellín de agua sobre su cabeza—. Avanzaron unos quinientos metros, y la tierra seca del olivar dio paso a un campo en barbecho que no tenía árboles. El terreno se elevaba suavemente hasta una zona residencial de casas de ladrillo visto.

—Vamos atrás o nos verán.

Dieron un rodeo para mantener la elevación del terreno entre ellos y la autopista y se detuvieron junto a un enorme olivo cercano a las lindes del terreno despejado. Pedro se encaramó a una de sus ramas, de las que se alimentó Eo, y esperó hasta que el sol se puso sobre el horizonte.

—Esa estrella no es una estrella. Es el planeta Venus —dijo Pedro señalándolo después de bajar del árbol. Se quitó el polvo de los pantalones y emprendió la marcha de nuevo. Eo le siguió, llevando consigo una ramita de olivo—. Es el primero en salir en el cielo. Me lo dijo mi abuela. Luego vendrán las estrellas, pero a veces, si estás en la ciudad, no puedes verlas porque hay mucha luz. Para ver las cosas más bellas, tienes que estar en un sitio oscuro —recitó, entendiendo mejor lo que quería decir su abuela.

El barrio que se levantaba junto al sembrado era de nueva construcción y, debido a la crisis inmobiliaria, se encontraba parcialmente vacío. Se internaron entre los primeros edificios bordeando uno de cuatro plantas que estaba aún a medio hacer. Luego llegaron a un cruce en el que había un bar y avanzaron por la acera opuesta, peor iluminada. El bar tenía un televisor encendido. Estaba lleno de gente que seguía absorta un partido de fútbol y nadie miró hacia el exterior. Cruzaron una pequeña avenida llena de comercios cerrados y pasó frente a ellos un peatón preocupado por sus propios asuntos que ignoró milagrosamente su presencia. Al fin, Pedro encontró



la clínica veterinaria en un feo bloque de hormigón. La persiana estaba parcialmente bajada, pero había luz en su interior.

—Espera aquí —dijo Pedro colocando un montón de garbanzos frente a él y confiando en que no le vieran.

Cruzó la calle y se coló bajo la persiana del consultorio.

—Cerramos pronto, ¿qué quieres? —preguntó el veterinario apartando la mirada del partido de fútbol que estaba viendo en el ordenador de su mesa de trabajo.

—Es que he traído el animal... que encontré, y quería que le pusiera...

—¿El chip? Primero habría que ver si tiene chip. ¿Lo tienes atado fuera?

—No está atado.

—Ven mañana. Veamos. Si no tiene chip, hay que esperar treinta días.

—No puedo venir mañana. ¡Por favor!

El veterinario, ansioso por ver el partido, cogió de mala gana una pequeña correa de perro y salió al exterior, decidido a acabar cuanto antes. Miró primero hacia abajo. Luego dejó caer la correa y abrió la boca como si fuera a hablar, pero no le salió más que un vago gemido.

—Es mío —afirmó Pedro. Se escuchó vagamente el rugido de voces lejanas. Alguien había metido gol—. Es un elefante. —El veterinario arqueó las cejas y asintió como un autómata—. ¿Mira si tiene chip?

—¿Chip? —dijo el veterinario, volviendo en sí.

—En la oreja. Si le ponen chip, será mío, ¿no?, si no lo reclama nadie en treinta días.

El veterinario, sin dar crédito a sus oídos, se giró muy lentamente hasta fijar su vista en Pedro como si este fuera un alienígena.

—¿Le pondrá el chip? —repitió Pedro.

—¿Qué chip?

—¡Es mío! ¡Lo encontré! ¡Tiene que ponerle el chip!

—Pero..., pero...

—Se llama Eo —dijo Pedro.

Al pronunciar su nombre, Eo se acercó a Pedro con la trompa levantada. El veterinario retrocedió trastabillando, cayó al suelo y siguió reculando un breve trecho a cuatro patas. Pedro le siguió con Eo con la intención de ayudarlo, pero el veterinario lo interpretó como un posible ataque. Gritó «Socorro» o «Ay, madre mía» sin que se le entendiera bien, se incorporó, corrió hacia su consultorio, tropezó de nuevo con la escalera y se arrastró hasta el mostrador, donde, después de derribar la pantalla del ordenador, alcanzó el teléfono.

—¡Oiga! ¿Es la policía? ¡Oiga!

—Vámonos —dijo Pedro al darse cuenta de lo que ocurría.

Se alejaron de allí sin mirar atrás. El alumbrado público en las calles adyacentes a la del consultorio veterinario era regular y resultaba imposible avanzar entre las sombras, por lo que Pedro resolvió moverse con rapidez. Una mujer sentada en el

asiento del acompañante de un vehículo familiar les vio cruzar un paso cebra.

—Cariño, ¿has visto eso? —le dijo a su marido, que iba al volante.

—¿El qué? —respondió el hombre.

—Un niño lleva a un elefante cogido de la trompa.

—Sí —contestó el marido, dando la razón a su mujer sin escucharla. Un instante después, miró hacia su derecha y dejó caer de la boca abierta su falso cigarro sabor a menta.

Por fin, llegaron a una zona que aún no había sido urbanizada completamente y, aprovechando la oscuridad de la noche, se dirigieron hacia el sur en busca de la ribera, asustando a algún que otro gato sorprendido.

—¿Adónde iremos? —dijo Pedro, una vez alcanzada la orilla del río—. Esa agua es sucia —añadió cuando vio como Eo metía la trompa en el agua cenagosa—. Vamos.

Eo siguió a Pedro obedientemente y al cabo de un rato llegaron al cruce de caminos cercano al puente viejo que conducía a su casa. Entonces se escuchó una sirena de policía y Pedro se quedó muy quieto mientras el ruido se acercaba, aprovechando la franja de penumbra que quedaba entre los halos de dos farolas.

—No tengas miedo. No nos separaremos, ya verás —susurró Pedro. El coche de policía pasó sin advertir su presencia—. Mi casa está ahí detrás. ¡Ya llegamos! —dijo reanudando el camino.

Pedro guio a Eo entre los vehículos aparcados, superó dos avenidas que estaban, afortunadamente, desiertas y, justo cuando se disponía a cruzar la manzana que daba a su casa, escuchó un ladrido. El chico se adelantó con precaución y se asomó a la vuelta de la esquina: la vecina del edificio de al lado estaba paseando al perro pomerania, que, como cada vez que lo veía sobre la bicicleta, le enseñó los dientes y se puso a ladrar. La chica no tardaría en toparse con ellos y no había lugar donde ocultarse.

—Vamos, Mico —dijo la vecina.

El perro estaba suelto y trotó hacia Pedro, que no tuvo tiempo de reaccionar. Cuando el can llegó a su altura y vio al elefante, se quedó completamente quieto, como si fuera una estatua de sal.

—¡Mico! —gritó la dueña.

Cuando la vecina se plantó frente a él, Pedro no supo qué hacer y se preparó para lo peor. Sin embargo, estaba tan atenta a su teléfono móvil que pasó junto al elefante sin notar su presencia y continuó sin más, llevando al perrillo, a rastras y aún congelado, de la correa.

—¡Vamos! —susurró Pedro cuando se quedaron solos.

Buscó bajo la maceta y, empleando la misma llave, abrió la puerta del garaje situada a un costado de la puerta principal del edificio. Una rampa de cemento descendía adentrándose en la oscuridad.

—Ven. —Eo se detuvo. No le gustaba meterse en un agujero, pensó Pedro, lo que

en un elefante debía de ser algo normal—. Hay mucho espacio en el garaje. ¡Seguro que puedes dormir ahí!

Eo tardó un rato en poner una pata delante de otra y descender por la rampa con cuidado, pero al final lo hizo. Pedro cerró la puerta y encendió la luz, tocó la trompa de Eo y le guio hasta el hueco que dejaba tras de sí una vieja furgoneta. El lomo del elefante casi llegaba al techo.

—Aquí podríamos hacerte una casa. Podría limpiarlo. Antes teníamos un coche, pero ya no, porque mi madre no conduce. Yo conduciré cuando sea mayor, ¿sabes? Ahora espera aquí. Luego vendré a buscarte. Pero quédate quieto, ¿vale?

Pedro fue a buscar una gran lona verde que tapaba un coche viejo y, tras subirse a la furgoneta, la extendió sobre Eo como si fuera una gran colcha, hasta que quedó, en su opinión, razonablemente oculto. Luego recogió un cubo, que llenó de agua con la manguera que había cerca de la entrada y lo colocó frente a él para que bebiera.

—No te muevas de aquí. Te prometo que convenceré a mi madre.

Dio dos palmaditas a su trompa y salió del garaje justo a tiempo de cruzarse con Fermín Casado, un vecino quisquilloso, al que evitó porque solía reñirle cuando jugaba a la pelota cerca de su puerta.

—Malditos perros —escuchó decir a Fermín.

La puerta estaba abierta y Pedro se quedó muy quieto junto a la escalera del garaje esperando a que se marchara. Fermín le daba la espalda y miraba en dirección a la vecina que paseaba a su perrito.

—Oiga, perdone. Tiene que recoger la caquita del perro. Lo sabe, ¿verdad? —dijo Fermín.

—Mico no ha hecho nada —replicó la chica, desviando su atención del móvil.

—Espero que sea así. Cada día encuentro caquitas frente al portal.

—Nosotros siempre recogemos las cosas de Mico.

—Todos dicen lo mismo. Y siempre encontramos... caquitas —afirmó Fermín poniendo énfasis en la última palabra.

La chica se encogió de hombros y se fue sin responder. El hombre resopló indignado y volvió sobre sus pasos. Entonces descubrió frente al portal la más inmensa deposición que había visto en su vida. Debía de pesar no menos de diez kilos.

Sin gasolina, Bloom, niños ni fieras, el circo se había disuelto como un azucarillo en el café, pero ¿acaso no era así como acababan los grandes sueños? Bonaparte miró por la ventana el horizonte interminable de un campo segado, donde un solitario poste de teléfonos hacía guardia junto a una caseta con un viejo anuncio de Nitrato de Chile cuya visión le hizo imaginar un barco lleno de caca de pájaro cruzando el Atlántico.

Don Pepino había escogido cara, y Bonaparte, cruz: Don Pepino hablaría con los periodistas y Bonaparte haría el trayecto Ciudad Real-Mérida en clase económica para cruzar cuatrocientos kilómetros de páramo, sembrados, pueblos anónimos, campanarios mudos y antenas parabólicas. Antiguamente, los tratantes de comercio nombraron, medio en guasa, «La Siberia» a esa región aislada que acabó adoptando ese nombre siniestro y significativo.

Su vida como artista había comenzado en lugares como Esparragosa de Lares, Fuenlabrada de los Montes o Garbayuela. Luego fue a la capital, donde se puso la nariz de payaso. Allí conoció a Don Pepino e inventaron el número del pastel volante. Luego el de la silla, que les llevó a Berlín con el hijo del legendario Sarrasani. Y de Berlín a Pekín, Río de Janeiro, París, y de París, ya sin nariz..., volvía a Esparragosa de Lares.

La Siberia.

Era como un chiste malo. Bonaparte tragó saliva y observó a sus compañeros de viaje. Una señora hablaba por el móvil en el asiento delantero. Y otro lo manipulaba con los dedos al igual que su acompañante. Comprobó consternado que todos los viajeros estaban enfrascados en sus máquinas.

El más próximo a él, un chico joven y musculoso que tenía el codo clavado en su antebrazo, mascaba chicle mientras escuchaba música electrónica. Al notar su mirada, Bonaparte lo saludó y, movido por su talante, explicó detalladamente la ocasión en la que dio la mano a Burt Lancaster, que antes que actor había sido trapecista; recordó también lo que se tardaba desde Madrid a Almería por carreteras polvorientas en los años setenta, cuando hizo de indio en un *spaguetti western*, y aventuró que, un buen conversador como él, tal vez pudiera haber trabajado en alguna parte si existiera una coctelería como la de Chicote, donde conoció a Alexander Fleming, inventor de la penicilina. Indicó también, detallando porciones y cantidades, cómo se combinaba el *parfait amour*, ese licor violeta que hacen con curasao

aromatizado con pétalos de rosa, vainilla y almendras y tres cuartos de jugo de lima, mientras el chico miraba al frente y ponía la música a todo volumen. Bonaparte siguió hablando y, tal vez con la intención de justificar su lamentable situación financiera, contó que incluso el gran Sarrasani acabó arruinado, lo que era cosa muy natural en el mundo del circo, y pormenorizó la presentación de una escena con catorce elefantes, veintiocho mil lámparas, seis hidroaviones y un globo aerostático, como si no hiciera ya rato que el chico de los auriculares le había dejado de escuchar.

Cuando Pedro entró en casa, descubrió a su madre en el comedor junto a un tipo barbudo, de rostro amable, que llevaba un portafolios azul.

—Hola —dijo el extraño.

Su madre tardó un segundo en hablar. No parecía enfadada, sino nerviosa, y tenía un brazo cruzado sobre su pecho con el que se agarraba el otro, como si necesitara abrazarse.

—Mira..., este señor...

—Ya me conoce —afirmó el señor del portafolios azul.

—Pedro, este señor trabaja para los servicios sociales —explicó tragando saliva—. Me han dicho que pueden ayudarte. —Pedro vio en sus ojos tal tristeza y miedo que se le cayó el alma y no supo qué decir—. No te preocupes de nada, que todo se va a arreglar —añadió Susana sosteniendo la carta.

Era un contrato mediante el cual el servicio de asistencia se haría cargo de Pedro hasta que ella cumpliera ciertos requisitos.

—¿Ayudarme? ¿Para qué? —preguntó Pedro.

—Para que puedas educarte y estés en un... mejor... entorno... Estamos pensando que este verano, cuando acaben las clases...

—No quiero ir a un campamento.

Susana había hablado a Pedro muchas veces acerca de su difícil situación, y le mencionó la posibilidad de pasar el verano en un colegio. Ahora los servicios sociales habían tomado cartas en el asunto y la separación podía prolongarse durante todo el año. Susana, superada por los acontecimientos, abrumada, se limitaba a dar palos de ciego tratando de aliviar lo que empezaba a parecer inevitable.

Pedro se quedó quieto, escuchando, y captó lo que ocurría sin que dijeran nada más. Sabía que el siguiente paso podía ser que le alejaran de su madre.

—Bien —dijo el desconocido—. He venido para conocerte.

—No quiero conocer a nadie.

—Verás. Nosotros tenemos a muchos niños, y un sitio donde podrías aprender y pasarlo bien. Hay otras opciones. —Su sonrisa se evaporó al añadir esto último.

—No quiero ir a ningún sitio.

—Es lo mejor para ti —intervino Susana controlando sus lágrimas—. Has vuelto a irte. ¿Dónde estabas?

—En ningún sitio —dijo Pedro.

—¿Y el dinero? ¿Por qué has cogido el dinero?

El asistente social tocó la mano de Susana, como indicando que ese no era el momento para hablar de eso.

—Lo necesitaba.

—¿Lo necesitabas? ¿Para qué? ¿Sabes lo que me cuesta que salgamos adelante? Dime para qué necesitabas el dinero, Pedro.

—Mamá..., el elefante...

—¿El elefante?

—Vamos a calmarnos y ver esto de forma positiva —terció el asistente social, mostrando la palma de sus manos en un gesto premeditado.

—Necesitas ayuda y yo también —dijo su madre desmoronándose a ojos vistas.

—Tengo que decirte algo. ¿Puedes esperar un momento? —preguntó Pedro.

—¿Esperar a qué?

—Espera aquí, ¿vale? Por favor. No te he mentado —contestó el niño. Y se detuvo al ver el gesto de su madre.

—No vas a salir de casa, Pedro. No te lo permito. Ya no. Tenemos que hacer lo que hablamos. ¿Lo has entendido? Vas a escuchar a este señor.

—Solo espera un momento.

—Escucha —dijo el asistente social alargando la mano hacia él.

Pedro corrió hasta la puerta, bajó a toda prisa por las escaleras y, antes de entrar en el aparcamiento, escuchó un grito salvaje.

Hacía solo unos instantes, Carmen, una mujer joven, accedía a su plaza de garaje con un pequeño utilitario color fucsia. Tenía puesta música clásica. Se apeó del coche y cerró la puerta con su mando a distancia. Entonces notó algo en su visión periférica y escuchó una especie de... ¿bramido?, que relacionó con el estado de las cañerías. Paseó su mirada por el aparcamiento, que permanecía en calma con los vehículos de siempre, y el tictac del temporizador de la luz situada sobre un letrero de la junta de vecinos: SRES. VECINOS: RUEGO QUE EL DEPÓSITO DE LAS BASURAS SE HAGA EN EL HORARIO PREVISTO POR EL AYUNTAMIENTO Y QUE LOS PAGOS PARA LA REALIZACIÓN DE LA REFORMA DEL DESAGÜE DEL APARCAMIENTO SE REALICEN A TRAVÉS DEL NÚMERO DE CUENTA. REUNIÓN DE VECINOS EL PRÓXIMO 20 DE JUNIO A LAS 16 HORAS EN EL DESCANSILLO DEL PRINCIPAL. ATENTAMENTE, EL PRESIDENTE DE LA ESCALERA.

Carmen se dirigió a la salida y oyó de nuevo el sonido. Entonces vio como algo se movía al fondo. Eo, alertado por los pasos de la chica, giró levemente su cuerpo, pisó una esquina de la lona que le cubría y esta cayó, revelando su presencia.

—¡AaaaaaaaaaaaaaaaaAAAAAAHHHHHHH!!!

El grito de Carmen fue de tal magnitud que hizo retroceder al paquidermo. La mujer cayó sin sentido. Abrió los ojos al notar algo que tocaba su rodilla derecha. Era una trompa. Eo buscó una salida, alarmado por el nuevo aullido de Carmen, y esta se abalanzó hacia la puerta del aparcamiento, que estaba cerrada. El elefante, confundido y un poco asustado, se limitó a mirar cómo esa mujer chocaba contra el

metal, se rompía los tacones al realizar un salto que envidiaría un campeón olímpico y buscaba como una loca un refugio entre los coches.

Pedro bajó los escalones de dos en dos y entró en el aparcamiento. Carmen, oculta entre las ruedas de un monovolumen, hiperventilaba, presa de la histeria, mientras trataba de llamar a emergencias sin acertar a pulsar las teclas correctas en su teléfono móvil.

—¿Hola? Soy Pedro. Eo es muy bueno. ¡No muerde! —dijo asomándose bajo las ruedas del coche en el que se ocultaba su vecina.

Carmen, sin dar crédito a lo que oía, logró llamar al ciento doce.

—¡Socorro! —chilló con todas sus fuerzas antes de que le dieran línea.

Eo retrocedió y al hacerlo rompió una tubería, de la que comenzó a manar un chorro de agua.

—¡Socorro! —volvió a gritar la mujer.

El asistente social bajó las escaleras después de calmar a Susana e indicarle que tenía una amplia experiencia en resolución de conflictos. Preparó mentalmente un lenguaje discursivo adaptado a los niños y preadolescentes de familias desestructuradas, abrió la puerta del aparcamiento, vio al elefante y volvió sobre sus pasos perdiendo sus gafas por el camino.

Pedro desistió en su intento de calmar a la vecina y guio al paquidermo hacia su apartamento. Las escaleras del edificio estaban a oscuras y Eo, bamboleándose lentamente, colocó sus gigantescas patas sobre los peldaños, que apenas tenían la amplitud suficiente para albergarlas. Se detuvo en el rellano de la segunda planta, justo tras una alfombrilla en la que podía leerse: BIENVENIDO.

—Tú espera aquí —dijo Pedro al elefante antes de trotar bajo sus patas, adelantarle y entrar en su casa.

El agente social se había encerrado en la cocina para llamar a todos los números de emergencia que recordaba. Susana, que aún no se había percatado de lo que ocurría, estaba sola en el pasillo sentada en el suelo y abrazada a sus rodillas. Levantó la mirada al ver a su hijo.

—¿No te das cuenta de que estar todo el día solo no es bueno para ti? Sabes que te quiero. ¿No? ¿Lo sabes? ¿Qué más puedo hacer? —El niño se limitó a tenderle la mano—. ¿Qué quieres? —dijo Susana.

—Quiero enseñarte algo. Rápido. Por favor.

Pedro tomó la mano de su madre y cruzó con ella el pasillo. Al abrir la puerta, asomó la cabeza del paquidermo: ocupaba todo el espacio del rellano.

—Se llama Eo. No te mentí. —Susana abrió la boca y volvió a cerrarla. Pero de su boca no salió ningún sonido—. ¿Me lo puedo quedar?

Un ataque inmediato de histeria se apoderó de Susana.

—Jajajajajajajaja. ¿Qué hace un e...? ¡Jajajaja, un ejajajajajaja, un jaaaajajaja!

En el tercer segundo, una pareja de mediana edad que vestían pijama y camisón se disponía a tomar la cena, consistente en sopa y pollo a la plancha. La mujer frunció



el ceño al oír como la risa de Susana traspasaba los débiles tabiques del edificio.

—Otra vez ruidos. Están gritando en el garaje. Se ríen en las escaleras y ponen la televisión a tope —se quejó.

El elefante movió la trompa y la risa de Susana se convirtió en un chillido que alcanzó el ático. En el tercero segunda, el hombre se puso en pie dispuesto a protestar.

—¿Qué haces? —dijo su esposa.

—Voy a quejarme. Estos ruidos son intolerables —respondió inflando el pecho.

En casa de Pedro, Susana retrocedió, tropezó con sus propios pies y en un acto reflejo agarró a su hijo para protegerle de esa extraña aparición. Eo, desde el umbral de la puerta, parecía tranquilo y les observó con curiosidad.

—Mamá, ¿me escuchas?

Susana no acertó a reaccionar, por más que Pedro le explicara todo desde el principio. El vecino del tercero segunda se asomó al portal con la barbilla levantada e intención de quejarse y descubrió el lomo del paquidermo. Se dio la vuelta, cerró la puerta, se sentó a la mesa y tomó su cuchara de sopa como acto reflejo.

—¿Y bien? ¿Qué les has dicho?

—Nada —respondió el hombre negando con la cabeza automáticamente.

La mujer tomó un sorbo de sopa y reparó en la extraña mirada de su marido. Luego escuchó la sirena de un vehículo de policía que se detuvo frente al edificio.

—¡Está aquí! —afirmó una voz en la calle.

Un joven con el pelo desgreñado se asomó para ver lo que ocurría y volvió a cerrar la puerta de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de los vecinos del primero.

—No lo sé. He oído gritos. Y un rugido.

—¿Un rugido?

Alguien en el patio pidió socorro. En la escalera unos vecinos hablaban a voces, otros chillaban protegidos tras sus puertas, y hubo quienes optaron por llamar a los bomberos, a la policía y al ejército. Una señora mayor creyó que era el fin del mundo y se puso a rezar. Pedro intentó calmar a su madre y animó al elefante a que entrara en casa.

—¡Ven!

—¿Qué hace..., qué...? —balbució Susana sin poder acabar ninguna frase coherente.

—¡Venga! ¡Entra! ¡Ayúdame, mamá! —dijo Pedro saliendo al rellano para empujar a Eo desde atrás.

—Estírale de la trompa, mamá, ¡o lo atraparán!

Susana no daba crédito a sus oídos. Dos policías en el piso de abajo señalaron hacia ellos mientras enviaban un mensaje por radio.

—¡Tranquilos! ¡Calma! —dijo un policía visiblemente aterrado.

—¡Un elefante!

—¿Un qué?

—¡Mamá! ¡Haz que entre! —urgió Pedro tratando de empujar desde fuera.

Pero Eo no cabía por la puerta. Uno de los policías, el más joven, subió por las escaleras y agarró a Pedro del brazo.

—Cuidado —dijo el policía—. ¡Puede ser peligroso!

—¡Es un animal salvaje! —gritó alguien.

—¡Ha defecado en la puerta!

—¡Jesús, María y José! —chilló Angustias, que era un poco sorda y aprovechó que estaba en el entresuelo para escapar hacia la calle y presenciarlo todo desde una cómoda distancia de seguridad.

—Aquí tres cuatro —gritó por radio un policía—. Tumulto en Moliner con Matías Casado. Posibles heridos. Necesitamos refuerzos. ¿Para qué? No hay códigos... El código... Hay un... animal salvaje..., un... elefante, en un portal de vecinos. Un elefante. No. No es una broma.

Los gritos pusieron nervioso al animal. Pedro trató de zafarse del agente que pretendía «salvarle» de Eo, que tomó el gesto como una agresión cuando le agarró de la camiseta.

—¡Cuidado!

Eo barrió con agresividad. Al girar sobre sí mismo, el cuerpo del elefante topó con la lámpara del rellano y la barandilla de la escalera. La lámpara saltó en pedazos junto con un trozo de pared, causó un cortocircuito y se apagaron las luces.

—¡Socorro!

Un trozo de barandilla salió disparado y cayó escaleras abajo. Estaba claro que el mundo se estaba poniendo del revés y, bajo el ruido de las sirenas de los vehículos de emergencia, una multitud de vecinos y transeúntes fueron testigos de cómo la policía trataba de alejar a Pedro del peligro llevándoselo a rastras.

—¿A qué se refiere con «elefante»?

—Un elefante de verdad. ¡Grande y con trompa! —explicó un señor en pijama asomado al balcón, satisfecho ante la aventura que daría tema de conversación a la ciudad para los cien años siguientes.

De pronto, se oyó un ruido espantoso. Del portal asomó una pata rugosa, grande y gigantesca, luego una trompa y todos retrocedieron.

Eo salió a la calle.

Todos los presentes abrieron la boca al unísono. Llegó un nuevo coche de policía con la sirena encendida y Eo reuló sin apartar la vista de Pedro. Los agentes se mantuvieron a una distancia prudencial y procuraron apartar a los curiosos que ya se agolpaban a su alrededor.

—¡No hace nada! —gritó Pedro—. ¡Es mío! ¡Es mi amigo!

—¡Es peligroso! —zanjó el policía alejándole del centro de la acción sin contemplaciones.

Eo, nervioso al ver cómo trataban a Pedro, avanzó hacia la aglomeración con la

trompa erguida y tiró al suelo una de las motocicletas que los agentes habían interpuesto junto a los coches de policía para formar una especie de valla protectora a modo de semicírculo que bloqueara la calle.

—¡Viene a por nosotros! —gritó un policía al ver que se acercaba.

—¡Suéltame! ¡Está asustado! —chilló Pedro.

—¡Pedro! —vociferó su madre desde el portal.

Eo, confundido por los gritos y el ruido de los cristales rotos, buscó a Pedro entre el grupo de personas que retrocedía tras los vehículos policiales. Algunas de ellas intentaron captar su imagen con los teléfonos móviles y sus flashes le confundieron. Entonces oyó una enorme explosión. Uno de los policías acababa de disparar al aire para intimidar al animal e inmediatamente comprendió su error. Eo se encaró con él dispuesto a enfrentar la amenaza. El policía, cuyo principal cometido consistía en poner multas de aparcamiento, seguía con el arma en la mano. Apuntó al elefante, pero al ver su tamaño, se sintió desfallecer.

—¡No! —gritó Pedro al escuchar el disparo.

Pero la bala apenas supuso un pinchazo doloroso en el hueso frontal, duro como el granito, del paquidermo.

—Ahora sí se ha enfadado —avisó un agente a su compañero.

Eo cargó contra un vehículo, que rodó como si fuese una cáscara de nuez. Las personas, como hormigas indefensas ante el zapato de un gigante, retrocedieron chillando. Eo, ciego de furia, estaba dispuesto a destruir todo aquello que se interpusiera en su camino. Arrancó una farola con cable y papelera y la arrojó hacia un grupo de coches aparcados. Los bomberos, al ver que cargaba contra su camión, huyeron.

El policía que retenía a Pedro, asustado, soltó su presa, momento que este aprovechó para escapar. El barrio a esas alturas era un completo caos. Un conductor, distraído al ver al animal cruzar la calle, embistió una fila de coches aparcados. Pedro lo esquivó por poco. Otro policía, oculto tras un coche, asomó su cabeza con el arma en la mano.

—¿Qué haces? —le dijo un compañero que se encontraba bajo el coche, como si de la valla de la calle Estafeta en los sanfermines se tratara.

—Tenemos que neutralizarle, ¿no?

—¿Estás loco? ¡Es un elefante! ¡Eso solo le hace cosquillas!

Durante un buen rato, y ante los mudos testigos humanos, Eo avanzó arrollando todo a su paso. Pedro pudo ver a su madre entre los vecinos, pero se escondió para seguir las evoluciones del animal a distancia. Corría demasiado y solo algunos policías y bomberos, con sus vehículos, hubieran podido seguirle, pero nadie se atrevió a moverse hasta que la bestia se perdió de vista.

No se escapaba un elefante todos los días. La noticia saltó como una espoleta y ocasionó un movimiento de dominó. Las fotos inundaron las redes sociales y sacaron de la cama a los responsables de Policía, Ayuntamiento, Bomberos, Sanidad y Protección Civil. Los despachos de producción en televisiones y agencias de noticias buscaron frenéticamente información sobre elefantes a través de biólogos y zoólogos, aunque principalmente empleando el buscador de Google.

—Sal con la cámara. Ya. Hay un elefante en la ciudad —se le oyó decir a un periodista.

—¿Qué?

—Manu va para allá —zanjó su compañero.

Dos minutos después, Toni Fuentes, operador *freelance*, estaba cámara en mano frente al edificio de Protección Civil, un armatoste cuadrado sito junto a la centralita encargada de gestionar las emergencias. Don Camilo, su responsable regional, un hombre moreno, con algo de sobrepeso y preocupado por cumplir con su puesto de responsabilidad, se asombró ante la rapidez de los medios de comunicación. ¡Apenas habían pasado veinte minutos desde la primera llamada de alerta y ya estaban allí las cámaras! Se había formado un tumulto en la zona del suceso y un helicóptero la sobrevolaba como un avispón furioso, y lo peor era que no era suyo, sino de la televisión, cosa que siempre (pensaba) traía problemas.

—¿Bien? —indagó don Camilo después de cruzar la sala de reuniones, mientras se dirigía al único despacho iluminado, donde tres teléfonos sonaban a la vez.

—Esto se convertirá en un caos pronto. Quiero que la policía acordone... —empezó a decir el comisario.

—Que acordone ¿qué? No sabemos dónde está —atajó el capitán de servicio de la Guardia Metropolitana.

—¿Cómo que no lo saben? —dijo don Camilo.

—Acabamos de llegar y el animal corre mucho —explicó un teniente percatándose de que don Camilo llevaba la camisa puesta del revés—. En este momento puede estar en cualquier parte. Hemos desplazado lo que tenemos —añadió pensando si debería decir lo de la camisa. Finalmente decidió callar.

—¿Dónde está el veterinario? —dejó caer don Camilo.

—Buscamos a uno de la capital. Allí hay elefantes en el zoo, creo.

El capitán de policía puso los ojos en blanco.

—¿Cree que hace falta un experto en... elefantes?

—En cualquier caso, solo hay que abatirlo, ¿no? —dijo el comisario.

—¿Han llamado a los del circo?

—No les localizan. Solo tenemos un móvil, y no tienen dirección.

—¿Dónde está el alcalde?

—Hay que matar a ese animal —afirmó el capitán—. Al elefante, digo —añadió.

—Ahora chistes no, ¿estamos? —dijo don Camilo, que conocía al comisario desde hacía tiempo y, teniendo en cuenta que acababa de entrar de servicio y venía directamente de casa, no descartaba que trajera dos copas de más.

—Lo siento —respondió el comisario.

—Pero...

—Quizá eso no sea necesario.

—Es el...

—¿Dónde está el alcalde? —repitió alguien.

El capitán de policía, el comisario, el subdirector de Protección Civil y el concejal de Festejos —que se presentó sin que le llamaran y ocupó la silla del delegado del Gobierno, que desapareció sin más de la sala— iniciaron una discusión para saber quién era el responsable en última instancia (nadie quería serlo, por si las cosas salían mal). Todos acabaron hablando a la vez.

—¡Orden! ¡Vamos por puntos! —dijo alguien, y como Protección Civil era el cajón de sastre de las emergencias, determinaron que en ese caso debía ser esta la que asumiera la coordinación.

—¿Por dónde empezamos? ¿Qué necesitamos saber? —preguntó don Camilo, arrepintiéndose de no haberse quedado en la cama alegando una indisposición que, a tenor de lo que notaba en su estómago, veía venir.

—Los elefantes asiáticos se ven afectados a veces de una especie de locura.

—¿Y usted quién es? —inquirió don Camilo.

—Yo soy el concejal de Festejos... El alcalde y el jefe de Gabinete están en una convención...

—No me refiero a usted. Me refiero al otro —dijo señalando al tipo que acababa de hablar, un señor con camisa de pijama y gafas que miraba en torno a sí sin saber a quién dirigirse.

—Es el veterinario del servicio municipal —explicó uno de sus ayudantes.

—Al grano. ¿Qué pasa? ¿Cómo narices se atrapa a un elefante? ¿Dónde está el alcalde? ¿Y qué narices quiere decir con «una especie de locura»? —dijo enfatizando con los dedos las últimas palabras.

—En una convención... —repitió el concejal.

—Cállese... ¡Explíquese!

El veterinario, con el teléfono móvil en la mano, comenzó a leer en su pantalla.

—«Los elefantes a veces se vuelven peligrosos y atacan a casi cualquier cosa que se les acerque». Pero lo sé por los documentales. Yo no soy un experto en... Yo... Mi

especialidad son las plagas de coleópteros —declaró levantando la mirada—. Necesitamos un experto —apuntó.

—No me diga —soltó alguien.

—Podemos sedarle. Tenemos sedante para toros y vacas —dijo el subdirector de Protección Civil.

—¿Y si no funciona?

—Es solo un animal grande, ¿no? —apuntó el comisario.

—Un animal de cinco mil kilos que puede avanzar a más de cuarenta kilómetros por hora. Se les atribuye más de seiscientas muertes cada año —recitó el veterinario. Los allí reunidos, al escuchar la cifra, se quedaron congelados—. Aunque, irónicamente, los mosquitos son peores. Causan más de dos millones de muertes todos los años —añadió.

—¿El mosquito?

—El mosquito contagia la malaria... y...

—¿De qué me está hablando? ¿Quiere que nos volvamos locos? ¿Puede dejar el tema enciclopédico e ir al grano? —prorrumpió don Camilo enrojando—. ¿Qué tenemos que saber?

—Que no asusten al animal —atajó el veterinario.

—¿Y? Vale. No asustarle. ¿Algo más?

—«Su principal forma de ataque son las patadas y las cornadas» —leyó de corrido el veterinario.

El capitán de policía se miró las manos, como si no diese crédito a lo que escuchaba.

—Ya lo imagino. Para estar lejos de él, habrá que saber dónde está.

—Estamos en ello —dijo el comisario con la radio en la mano.

—¿Y qué le decimos a la prensa?

—Tenemos a alguien del zoológico en línea. Pregunta que si el elefante tiene manchas amarillas —indicó un agente acercando un móvil al capitán.

—¿Manchas amarillas? —repitió don Camilo—. ¿Y por qué hacen esas preguntas? ¿Se ha vuelto loco todo el mundo? ¿Desde cuándo los elefantes tienen manchas amarillas? ¿Qué se creen que es? ¿Una maldita mariposa?

El capitán se asomó por la ventana y vio una furgoneta blanca con una antena parabólica en el techo. En su interior conectaron en directo con un programa nacional. A cuatrocientos kilómetros de allí, en la capital, un presentador de televisión permanecía atento a la cuenta atrás.

Qué te pasa? —dijo Esperanza.

—No me pasa nada —respondió don Eduardo.

—¿No quieres cenar?

—No.

Cuando volvió del río, don Eduardo se encerró en la habitación. Le dolía la cadera. Tenía mal la vista y le atormentaban los pies. Hacía apenas un mes que había recibido el último golpe: no pudo calcular la velocidad de una bolita que se desplazaba de izquierda a derecha y no le renovaron la licencia de conducir. Era un viejo. ¿Qué había pretendido al buscar a un elefante en el río?

Estaba fumando un puro barato en su reducto, cerca de la ventana, rodeado de revistas de viajes, libros amarilleados por el tiempo y aparatos de pesca, mientras su esposa veía la televisión. Tenía en la mesa todos los libros sobre paquidermos que pudo encontrar en la biblioteca. Incluso había realizado anotaciones basadas en la experiencia de aventureros y observaciones tales como que la trompa del elefante tiene unos quince mil músculos y era lo suficientemente fuerte como para arrancar de raíz un árbol; que, al igual que él, dormían solo unas pocas horas; que podrían descender de la vaca marina y que cuando se volvían locos, mataban a la gente. Perdió la vista en la pared. Acababa de leer algo que le impresionó: bastaba con encadenar a un elefante a la pata de una silla para que no hiciera nada por escapar, pues, a pesar de su fuerza descomunal, llevan grabado a fuego el momento en que los atan a una pequeña estaca siendo cachorros, y cuando se transforman en colosos siguen creyendo que son seres incapaces de liberarse de ese patético trozo de madera. A través del tabique, se filtraba la sintonía del telenoticias. Se incorporó y salió al comedor, donde su mujer comenzó a poner los platos sobre la mesa camilla.

—¿Quieres sopa de verdura? —preguntó Esperanza.

—No. Espera —respondió don Eduardo con los cinco sentidos puestos en la tele.

En la pantalla, un elefante se desplazaba entre los vehículos de un aparcamiento.

«Al igual que el suceso de Blackpool, Irlanda, en el que una hembra llamada Baby escapó del circo Courtney Brothers...».

—Eduardo —le llamó su mujer.

«Un elefante adulto ha causado la alarma entre los vecinos y autoridades de Mérida. El elefante proviene del circo Crec, que dio recientemente por perdido a uno de sus animales».

—Edu...

—Cállate.

«Un portavoz del Ayuntamiento ha asegurado que “todo se ha exagerado” y que, tratándose de animales, puede ocurrir lo impredecible. Ahora, damos paso a deportes».

—¿Por qué me hablas así? —inquirió Esperanza, sorprendida y dolida.

Don Eduardo estaba demasiado excitado para pedir perdón.

—¡Está aquí! —exclamó.

—Eduardo, no me grites.

—Se ha escapado un elefante aquí —dijo con una sonrisa de oreja a oreja que a Esperanza le pareció extrañísima.

—Llevan un buen rato hablando de eso. ¿Has tomado las medicinas?

La televisión retransmitió un adelanto sobre deportes. Don Eduardo cambió de canal.

«Nos encontramos en una ciudad en estado de alerta. ¿Por qué? Por la fuga de..., atención, señoras y señores, porque se van a sorprender..., un elefante. A principios de semana vimos la noticia de que un elefante se había..., atención..., ¡volatilizado! No hemos sabido nada de parte de las autoridades hasta hoy, cuando el animal ha aparecido en Mérida, causando estragos y amenazando la seguridad de la población extremeña. Acabamos de desplazar un equipo especial para seguir minuto a minuto lo que ocurre».

—Voy a cambiar a la tenenovela, ¿vale?

—Ni se te ocurra —replicó don Eduardo, y subió el volumen.

—¿Qué te pasa? —preguntó Esperanza, preocupada.

—Perdona, es que... ese elefante...

—¿Y qué tiene que ver eso con que me trates como me tratas?

Esperanza, decepcionada, dejó de hablar. Don Eduardo solo tenía ojos para la televisión.

«Tenemos aquí a Juan Taranzón, biólogo y experto en proboscídeos. ¿Qué es lo que ha pasado?», preguntó la presentadora.

La presentadora era una mujer bien parecida, madura, vestía un traje de fantasía y estaba sentada en un amplio sofá de color blanco junto a tres invitados que trataban de aparentar normalidad mientras buscaban una posición cómoda bajo los focos.

—Aún es pronto para decirlo —respondió el biólogo, maquillado y vestido con un traje que, obviamente, no solía utilizar—. Cuando en las películas y documentales se ven elefantes enfurecidos que se abalanzan sobre las aldeas a plena luz del día y embisten a la gente e incluso a los coches, se habla de que han «enloquecido», pero no es exactamente eso lo que pasa. Lo más probable es que se trate de un ejemplar macho (puede ser tanto africano como asiático) que sufre un episodio de *must*. Este fenómeno es uno de los enigmas más desconcertantes de la conducta de los elefantes. El *must* es una condición más o menos periódica en los elefantes machos, por la que



presentan una intensa agresividad (a veces agreden a otros grandes animales, como rinocerontes o jirafas), que lleva aparejada un gran incremento en las hormonas reproductivas. La investigación científica del must es muy difícil porque durante esta fase incluso el más plácido de los elefantes puede convertirse en una máquina de matar.

—¿Quiere decir que se convierten en asesinos? —abundó la presentadora alzando la voz dramáticamente.

—Ocurre todos los años. Acaba de ocurrir en el Parque Nacional Chitwan, donde dos personas fueron arrastradas fuera de su choza y pisoteadas. Los episodios de must suelen ser estacionales y se dan normalmente en invierno. Los elefantes asiáticos suelen entrar en must durante la estación de las lluvias, cuando tienen problemas para acceder a la comida y los días son más cortos.

—Los elefantes no son asesinos —dijo Esmeralda, una de las invitadas, que llevaba la camiseta de una ONG que defendía los derechos de los animales.

La presentadora dirigió su atención a Esmeralda con un gesto teatral. Es lo que estaba esperando.

—¿Me quieres decir lo que pasa? —preguntó la esposa de don Eduardo.

Este no respondió. El equipo de la televisión estaba en la calle en ese instante. Don Eduardo reconoció, a pesar de la oscuridad reinante, el grupo residencial, que se encontraba hacia el sur de la ciudad, justo antes de la biblioteca y el puente que cruzaba el río.

Alguien entregó una nota a la presentadora, que leyó frente a las cámaras mientras en la pantalla aparecía el rótulo: EN DIRECTO. Luego volvió a dirigir su atención hacia la cámara.

—Fuentes extraoficiales indican que se han producido víctimas. Las autoridades han aconsejado a las personas de la ciudad que permanezcan en sus casas. Esperamos obtener más datos en breve.

Don Eduardo se incorporó lentamente y a continuación se quedó inmóvil, como si acabara de posarse una avispa sobre su nariz.

—¿Estás bien? —preguntó Esperanza.

—Sí.

Don Eduardo acudió a su habitación y buscó en el armario la maleta con el fusil.

Eo oyó las voces de los humanos. Ascendían y descendían agudas, creando armónicos extraños. Los elefantes se comunican de varios modos. Usan las orejas y la trompa a corta distancia. También emiten infrasonidos no audibles para aquellos y pueden comunicarse a diez o quince kilómetros de distancia. Pisan la tierra para transmitir ondas sísmicas que alcanzan más de treinta kilómetros de distancia. Pero nada era comparable con lo que podían hacer los animales de dos piernas. Sentía su eco inmenso, podía notar el tacto de las ruedas de los vehículos a través de sus patas. Las ondas generadas por el ser humano, inaudibles para este, eran ensordecedoras y copaban el ambiente allá donde se produjeran. Estos se unían como los pájaros y al unísono creaban una estructura de sonido que se alzaba al cielo. Podían encerrar en ella al mundo entero con sus mentes calculadoras y monstruosamente creativas, porque no le cabía duda de que eran monstruos. No podía discernir hasta dónde llegaba su poder, pero sabía que controlaban el mundo y, pese a ser el animal más grande sobre la tierra, él no era más que un guisante frente a tal despliegue de fuerza.

No era el único animal que se había encontrado en lugares inusuales: un grupo de escaladores alcanzó la cima de una de las montañas más altas de Inglaterra y encontró allí un pulpo adulto; un caballo de setecientos kilos fue hallado en el tejado de la casa de su dueño, en Canadá; un león marino emprendió el camino del mar tomando la autopista 880 cerca de Oakland, en Estados Unidos, y una rana sorprendida fue fotografiada en el cohete *Minotaur V* cuando fue lanzado al espacio. El mundo estaba lleno de cosas extrañas y excepciones a la regla, aunque la palabra «extraño» era un asunto humano, pues para los animales no existían tales conceptos. Se limitaban a lo esencial: vivir. Eo se desplazó en la oscuridad, en silencio, al ritmo de su bronco resuello, y sintió el bombeo de su corazón. Necesitaba desaparecer para perdurar. Sentía el tacto del suelo, el olor del monóxido de carbono, la voz de los hombres lejana, aguda, cruel, y recordó el terror atávico que guardaba de los mantras que le cantaban cuando no era más que un cachorro... *Ganapatim Tvaa Ganapatim Tvaatvaa Ganapatigm Havaamahe Havaamahe Ganapatim Tvaatvaa Ganapatigm Havaamahe*.

Los seres de dos piernas los pronunciaban para dirigirse al fuego, a alguna representación del sol o el aire, el cielo, el viento..., con pedidos de riqueza, salud, longevidad, hijos, victoria o el perdón de los pecados. Cantaban a Ganapati, Ganesh, Vinayaka, el elefante, el removedor de obstáculos, aquel que eliminaba las fuerzas

que limitaban la evolución hacia la claridad interior, y lo hacían, irónicamente, golpeándole con varas de bambú, pues solo era un elefante de carne y hueso. Aspiró el aire sutil de la noche. Olía a anhídrido carbónico, a polvo y a la vaga mezcla persistente y dominante que dejaba el paso de los seres humanos. Podía distinguir el miedo, el ansia, la codicia como un miasma cuando se detuvo para recuperar el aliento. Sintió el arañazo del disparo cerca del colmillo izquierdo como la picadura de una hormiga y la confusión dio paso a un momento de calma.

Si bien era muy inteligente, Eo no razonaba como los seres humanos. Los elefantes podían hacer música, reconocer lugares tras una generación, y poseían un sentido extra, el altruismo, rarísima capacidad en la creación incluso entre los seres de dos piernas. Los domadores de elefantes, además, sabían por experiencia que estos no olvidaban jamás a quien les hubiera hecho daño o a sus amigos. Podía recordar el olor de Radolf Bloom, el viejo domador. Su voz, su mirada irónica, su sonrisa y el olor apesoso de su tabaco de pipa barato que guardaba en una bolsa de su bolsillo izquierdo, junto a los caramelos sabor a piña, su premio favorito en las tardes en las que Bloom, un diminuto granuja que había nacido en Edimburgo y juraba ser descendiente del zar Alejandro, se dedicaba a enseñarle pasos y trucos. También recordaba a sus enemigos: el cuidador del zoo de Surabaya, cuando fue transportado medio muerto hasta el puerto de Teluk Lamong, que se llamaba Adi Guntur y no tenía más de catorce años.

Al igual que sucedía con los circos o las personas, existían zoos buenos y malos, y el de Surabaya era de los segundos; no en vano le llamaban «el zoo de la muerte»: el mayor parque zoológico de Indonesia cobraba un dólar por la entrada y los animales recibían el mínimo de comida y espacio para subsistir. Allí llegó agotado, con las heridas reseca en la cabeza causadas por su *mahout*<sup>[1]</sup>. El elefante recordó entonces al hombre de dientes oscurecidos por nuez de betel: Rabindra Krishnan. En contra de lo que pudiera parecer, Rabindra, su mahout, no era alguien perverso. Se trataba de un hombre reidor y amable con los suyos, lo que lo hacía precisamente terrible, pues esa capacidad especial de realizar actos antinaturales como algo corriente fue la primera característica que descubrió en los animales de dos patas.

La única manera de domar a un elefante, y la que se mantiene a lo largo de los siglos, es sujetarlo con cuerdas de bejuco y atar su trompa. Luego, se le inmoviliza con barras para que se sostenga sobre sus patas traseras durante unos días y se le da poco de comer. El mahout se sube encima y mantiene el equilibrio a pesar de los movimientos del elefante para liberarse. Talla sus orejas, aceita su piel y le da pequeñas raciones de fruta hasta que se acostumbra a su peso. Entonces llega la lección más importante: le retiran las ataduras de las patas y le ponen un cepo. Cuando intentan huir, les hacen tropezar y caer al suelo. El mahout grita instrucciones que el animal no comprende. Tras él, seis hombres cantan una tonada mientras azotan la parte trasera del elefante con cañas de bambú, minuto a minuto, hora tras hora. El animal sufre y acaba derramando lágrimas de dolor. Así, el elefante termina

rindiéndose. Baja su cabeza y emite un largo, estremecedor y ahogado lamento... Su corazón y su espíritu se han roto. Entonces ya no trata de huir. Le dan de comer y lo llevan al río para bañarlo. Nunca volverá a escapar. Ahora es un elefante domado.

Pero no siempre. Raras, rarísimas veces hay elefantes que no se pueden domar: les golpean y no bajan la cabeza. Y ese fue su caso. Cuando lo ataron, embistió sin descanso. Fue derribado tantas veces que agotó a Rabindra y los ayudantes de las sogas. Siguieron hasta que el sol se puso, golpeando una y otra vez con las varas de bambú. Había sangre en su cabeza y caía por detrás de las orejas hasta la arena mientras lo azuzaban dando vueltas y vueltas, y ordenaron a Rabindra que lo mantuviera caminando hasta que desistiera. Prendieron grandes fogatas y estas dibujaron formas caprichosas tras el paquidermo, y los animales de dos patas siguieron golpeando con sus cañas flexibles bajo el sonido de los cantos. *Kavinkavigm Havaamahe Ganapatim Ganapatigm Havaamahe. Kavim Ganapatim Iti Ganapatim. Havaamahe...* Pero Eo no bajó su cabeza ni entonó su grito de rendición.

Normalmente, los elefantes a los que no se podía romper el corazón acababan muertos, pero, a pesar de su mal estado, Eo sobrevivió. Fue vendido junto a una remesa de tigres y transportado a Surabaya, junto a dos antílopes, cuatro pavos reales, un rinoceronte y dos tigresas, en un barco portacontenedores en el que no pudo comer ni beber. Eo se detuvo y olfateó el aire. Las heridas habían cicatrizado en su lomo. De los cantos solo quedaba el recuerdo, pero ese formaba una huella tan profunda en su espíritu que aún podía escucharlos.

Susana intentó no gritar para que el policía, refugiado tras el mostrador de la oficina, le prestara atención. La comisaría de la Policía Municipal ofrecía un espacio agresivo que olía a cerrado y a polvo. El mostrador, de plástico iluminado por un fluorescente de diseño futurista, exhibía en su parte frontal el relieve de un castillo amarillo sobre un campo rojo.

—Un momento, por favor —dijo el policía.

—¿Está usted solo en la comisaría? —preguntó Susana.

El policía atendió la centralita. Tras una breve mampara que ocultaba parcialmente un monitor de ordenador se escuchaba la voz monótona de un locutor.

—Perdone, pero las llamadas no paran, tenemos una emergencia.

—¿De dónde se cree que vengo? ¡Acaba de ocurrir en mi casa!

—Ya estamos en ello —dijo automáticamente el agente, que no la escuchaba por estar atento al teléfono. Entonces se apagó la luz—. ¡Vaya! Un momento —oyó Susana decir al policía a la luz de las lámparas de emergencia.

Estas se hallaban al fondo y apenas iluminaban el contorno de la puerta de salida. El agente retrocedió lentamente y se perdió en la oscuridad. Susana escuchó su voz y, más difusa y oscura, la de otro hombre que se encontraba más allá. Al cabo de un instante que se le hizo eterno, volvió la luz.

—Hay problemas de suministro eléctrico, y estamos con el generador. Llamaré por radio. Deme los datos de su hijo —solicitó el agente haciendo acto de aparición junto al mostrador. Susana facilitó el nombre y los datos de Pedro—. Uno cuatro. Aquí central. Tenemos un cinco tres. Diez años, camiseta a rayas y tejanos, visto la última vez en el barrio de la Concepción. —Después de escuchar una larga respuesta que le hizo fruncir el ceño, se dirigió a la mujer—: Perdone, ¿dice que su hijo tenía diez años y una camiseta a rayas?

—¿Qué le ha pasado a mi hijo? —preguntó Susana al tiempo que cruzaba la trampa levadiza que le separaba del policía.

—Tranquila —dijo el agente sin soltar el aparato.

El policía estaba reteniendo información y parecía alterado.

—¿Con quién está hablando? ¿Dónde está mi hijo?

—Está bien. Ahora... vendrán a buscarla.

—¿Dónde está...?

Entonces Susana vio la pantalla del ordenador. Estaba reproduciendo imágenes de

televisión. Mostraban la forma borrosa de un ser enorme que se desplazaba por la calle entre las sombras.

—Lo traje a casa —dijo Susana como si estuviera relatando un sueño. El policía asintió sin entenderla—. ¿Quiere decirme dónde está mi hijo, o me quiere tener aquí perdiendo el tiempo?

—Señora, ahora vendrán a buscarla. Es posible que... ¿Señora?

Pero Susana ya corría a toda velocidad por las calles. Apenas podía orientarse, pero oyó sirenas y buscó su origen: débiles destellos azules y rojos que iluminaban caprichosamente la orilla sureste del río.

Las luces de las farolas atraían a los insectos nocturnos. Le faltaba el aire, pero se obligó a correr a pesar del dolor que sentía en el pecho y las piernas. Desorientado, Pedro se alejó de su barrio en dirección al sur y llegó a la orilla del río. La luna desplegaba reflejos amarillos en sus aguas engañosamente tranquilas. ¿Dónde estaría Eo?

Al llegar a una amplia avenida en la que había un centro comercial, siguió andando hasta encontrar la carretera. A su lado, la ribera daba paso a un camino asfaltado para ciclistas que se extendía hacia el norte. Ya no se escuchaban las sirenas, pero las luces de los vehículos iluminaban las calles cercanas. Seguramente le estaban buscando a él también y su madre estaría preocupada, pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo podía dejarle allí solo? ¿Y por qué la gente se había puesto a chillar? Las personas mayores estaban locas, y muy especialmente el policía que había disparado al pobre animal sin que este hiciera más que levantar la trompa. Aunque no lo parecía, Eo era muy rápido y había desaparecido de la vista de la gente en un santiamén, pero tarde o temprano hombres como ese lo encontrarían.

Un coche pasó frente a él y Pedro se guio por el resplandor, al oeste, del puente nuevo, cuyas vigas de acero y hormigón estaban iluminadas. Entonces le sobresaltó el chasquido de una puerta. Dos agentes con uniforme oscuro se apearon de un vehículo policial que había retrocedido justo al final de la calle. Pedro evitó correr. Trató de no llamar la atención y se desvió de su camino con la esperanza de que no fueran a por él. El policía que se dirigió hacia su derecha para interceptarle el paso era grande y tenía la mirada puesta en su ruta de huida. Forzó una sonrisa en una pose rígida que pretendía calmarle, como si fuera un gato arisco al que hubiera que dar un baño.

—Chico —dijo.

Pedro retrocedió hasta que su espalda topó con un obstáculo: era el segundo agente.

—¡Soltadme!

No pudo zafarse por mucho que gritó y pataleó. Le arrastraron sin contemplaciones hasta el coche patrulla y entonces cambió de táctica: se calmó y dejó de luchar. El policía reaccionó de inmediato depositando al niño en el suelo. El agente más pequeño, que tenía los ojos oscuros y muy juntos, le miró fijamente.

—¿Cómo te llamas?

—Juan —mintió Pedro.

—¿Por qué escapabas? ¿Eres el niño del elefante?

—¿Qué elefante?

Pedro comprendió que su mejor baza era despistarles y el policía le miró de hito en hito. Tal vez se hubiera equivocado.

—¿Dónde están tus padres? —inquirió el policía.

—Están allí. ¿Qué pasa?

Al ver la expresión de duda de los agentes de la ley, Pedro sintió un alivio enorme. El policía grande se relajó y dirigió su atención al fondo de la calle, como si estuviera dispuesto a marcharse.

—Bien, Juan. Ahora te vamos a acompañar, ¿de acuerdo? ¿Dónde decías que vives? —preguntó el policía pequeño.

Pedro, pensando a toda velocidad, señaló un bloque de ladrillo que estaba a dos manzanas de distancia.

—Vamos —ordenó el otro agente.

—No tienes que huir cuando ves a la policía, ¿sabes? Podemos pensar que eres malo... Y tú eres bueno, ¿no? —dijo el policía pequeño.

—Sí —contestó Pedro, pensando que el concepto de malo o bueno era bien relativo en el mundo de los adultos, mientras buscaba con la vista una ruta de escape, aunque el policía pequeño le tenía agarrado por el hombro en un gesto aparentemente protector.

Como cuando le castigaban con presentarse al despacho del director del colegio, Pedro se dirigió al edificio y se detuvo frente a su fea puerta de aluminio.

—¿Es aquí donde vives?

—Mis padres no están.

—¿En qué piso?

Pedro señaló los botones del portero automático. Eran cinco plantas y cuatro pisos en cada planta, veinte en total. Pedro escogió uno al azar.

—En el segundo primera —dijo cruzando los dedos.

El policía pulsó y esperó.

—¿Quién es? —preguntó una voz metálica.

—Buenas noches, señora. Perdona, pero ¿es usted la madre de un niño llamado Juan que está jugando en la calle? —dijo el policía soltando el hombro de Pedro.

—Mis hijos son ya mayores —respondió la voz de la señora—. Van a la universidad.

Antes de que la mujer acabara la frase, Pedro echó a correr.



Existían protocolos para inundaciones, viento, plagas de avispas asiáticas gigantes y el avistamiento de seres alienígenas. Se habían redactado, incluso, protocolos para redactar protocolos. No había, sin embargo, ningún plan previsto para la fuga de un elefante.

La última vez que se había visto uno en Mérida correría el año cinco antes de Cristo. En la explanada ubicada detrás de un bar y un estanco quedaban vestigios de una pista de cuadrigas y el gran circo romano, que había albergado a fieras, reciarios, samnitas y mirmillones. Era el siglo del reino de Saba, de Sófocles, la batalla de Maratón y las Termópilas, los años en que la legión de Julio César fundó ese enclave junto al Guadiana después de dar la vuelta al mundo. En esa época, los emeritenses estaban tal vez acostumbrados a lo extraordinario...

Ahora, los principales peligros en la ciudad eran las multas de tráfico y una plaga de escarabajos que atacaba de cuando en cuando el alcornoque. Por eso los semáforos funcionaban, la televisión retransmitía, la policía hablaba a voz en grito y los conductores de ambulancia atendían las crisis de ansiedad; pero nadie sabía exactamente qué hacer.

Era como si hubieran puesto una bola de papel quemado en un hormiguero. La tripulación del helicóptero de la televisión hizo una toma general de la masa de gente que ocupaba el barrio: parecía el público de un concierto de rock.

—Esto se parece cada vez más a una película japonesa —afirmó el operador de cámara—. Godzilla destruyendo la ciudad.

—Yo no veo al animal. ¿Tenemos conexión? —respondió el realizador, mientras el operador tarareaba *Surfin' Safari*, de la banda sonora de la película *Apocalypse now*.

Abajo se había corrido la voz de que un elefante furioso andaba suelto por la calle y los policías colocaron cintas plásticas dando aviso a los transeúntes de que entraran en su casa, lo que empeoró la situación de pánico y curiosidad: todo el mundo chillaba a la vez a causa del traqueteo del helicóptero que peinaba el barrio con un potente foco. Los balcones estaban llenos de personas con prismáticos, cámaras e incluso algún telescopio astronómico.

Tres adolescentes penetraron en la confusión con sus ciclomotores, abriéndose paso entre los curiosos, fotógrafos aficionados y vecinos frenéticos que, móvil en mano, trataban de compartir una experiencia de pánico en las redes sociales.

—¡Lo han visto en el río! —gritó alguien.

—¡Ha ido hacia el monte! ¡La carretera! —vociferaron otros.

Los tres ciclomotores se alejaron de la multitud en dirección a la zona oeste del barrio. A unos quinientos metros de allí, Eo avanzaba lenta pero tenazmente entre las sombras, causó el desmayo de un señor que salía a tirar la basura, dio un amplio rodeo para evitar la avenida de los centros comerciales y se adentró en una calle encajonada entre casas de una planta que desembocaba en un breve parque infantil.

—¡Ahí está! —exclamó un chico sin poder creer en su suerte.

Llevaba una bolsa de plástico atada al manillar y, junto a su compañero de la gorra, siguió a Eo a distancia mientras otro grababa la escena con su teléfono móvil. «#Elefanteloco, vamos a por él», escribió con dos dedos.

—Ahora —dijo otro, que llevaba un pirsin en el labio inferior.

El tuitero aceleró junto a sus amigos hasta que estuvieron tras dos coches y sacó una instantánea del elefante, que, alertado por el flas automático, rompió la delgada valla del parque y entró en el foso de arena pensado para los niños que aún no sabían caminar.

El tuitero sacó de la bolsa una caja de color verde fosforescente.

—Estos no. Saca los dragones —dijo el del labio perforado.

Los dragones eran petardos con una carcasa roja de cartón sobre la que habían grabado una expresión ceñuda sobre una hilera de dientes. No había otros más grandes, eran auténticas bombas. El tuitero cogió dos de ellos y anudó las mechas.

—Oye, que son míos —protestó el del pirsin.

—Junta dos —dijo el otro.

El perforado, en plena excitación, añadió un tercer petardo y el tuitero, después de comprobar que Eo seguía meciéndose aparentemente tranquilo, encendió las mechas.

—¡Ahora!

El perforado arrojó el paquete con todas sus fuerzas, a bulto, y se ocultó junto a sus dos amigos tras una hilera de vehículos aparcados. La explosión de los petardos fue casi simultánea y ensordecedora. Eo, aterrorizado, retrocedió. Arrastró consigo el soporte del columpio y lo derribó junto a un tobogán.

—¡Mira, mira!

Eo, ciego de furia, encaró el peligro y cargó contra ellos.

—¡Que viene!

Un Audi color turquesa apareció en la esquina. Su ocupante era un hombre que regresaba del trabajo. Eo, espantado y cegado por los faros, lo embistió con todas sus fuerzas causando un terrible estrépito. Lo levantó cuatro palmos y luego lo empujó hasta volcarlo.

El chico del pirsin no pudo contener su curiosidad y se asomó apuntando hacia el lugar del ruido con la cámara de su teléfono móvil, que dejó caer al ver como el animal, que había percibido su movimiento, giraba sobre sí mismo para acometer con sus cinco toneladas los coches tras los que se ocultaba. En un abrir y cerrar de ojos,

los convirtió en un amasijo de hierros.

Toni, el operador de cámara freelance, y su compañero Manu frenaron unos instantes después a doscientos metros del lugar. El dueño del Audi vagaba sin rumbo aparente con la camisa rota y el pánico grabado en el rostro.

—¡Ha atacado a unos niños! —dijo el hombre, conmocionado.

—¿Dónde?

—Por allí.

—No se preocupe, nosotros llamamos a la policía.

Lo hicieron, pero tres minutos más tarde.

Tomaron treinta fotos exclusivas y un vídeo. Las fotos del ataque llegaron en pocos segundos a las principales agencias de prensa: «Seguimos la pista del elefante asesino. Nadie sabe aún dónde se encuentra. ¿Quién detendrá a un elefante ciego de rabia que está arrasando todo a su paso?», escribió Manu, excitado, desde el asiento del copiloto, ya que la clave en esos casos era la inmediatez.

—Vamos. ¿Dónde estás? —se dijo Toni, al volante.

—¿Por dónde ha ido? —preguntó Manu, atento al ordenador.

—No bajes de diez mil. Diez mil, tío. Niños amenazados por un elefante furioso.

Y ofréceles el testimonio del tío del coche.

—¿Qué testimonio? ¡No dijo nada!

—¡Es un testimonio! ¿Hiciste un buen plano?

—¡No lo sé! ¡No bajé del coche! ¿Cómo quieres que lo haga todo a la vez?

—¡Revísalo!

Manu acabó de transmitir el vídeo. Era una entrevista del ocupante del Audi y estaba tan aterrorizado que apenas podía hablar. Ni siquiera había reparado en que era un elefante, sino solo en una gigantesca forma borrosa que se había abalanzado sobre él.

—¡Tenemos cincuenta mil visitas, tío! ¡En un minuto! ¿Lo ves?

—¡Cállate!

Entonces Manu dijo algo, el coche se ladeó y Toni vio una sombra enorme que se cernía sobre él. El vehículo dio una vuelta de campana y lápices, notas y ordenador portátil cayeron sobre su cuerpo, que chocó con fuerza contra el suelo. Olía a polvo y a gasolina, y pensó que todo se acababa. Manu se puso a chillar al tiempo que se rompían todas las ventanas del coche, cuyas ruedas silbaron como una olla a presión a punto de estallar. Giraban en el vacío como las patas de un escarabajo vuelto del revés. El elefante había arremetido con toda la fuerza de la naturaleza, y Toni ya no lo imaginó como una cosa lejana o como un objetivo utilizable para sus fines. Podía sentir, oscura y profunda, la respiración del animal, que apoyaba su cabeza junto a él y hacía crujir la puerta con su peso. Al cabo de unos segundos, Toni trató de pedir socorro, pero la bestia, resoplando como si cargara de odio el horno de una locomotora, empujó de nuevo el coche hasta devolverlo con brutal violencia a su posición original. El cuerpo de Toni quedó encajado entre el volante y el panel de

mandos. Manu, que rascaba involuntariamente el costado del utilitario en busca de una salida, dejó de chillar y desapareció en un siniestro crujido de cristales y metal.

—¡Eo! ¡No! —oyó. Era la voz de un niño. Entonces Toni dejó de escuchar la respiración del monstruo y perdió el sentido.

Pedro llegó al recodo que, situado en un suave desnivel, conducía hacia el puente nuevo. Estaba iluminado con potentes focos halógenos que, por contraste, hacían que el entorno pareciera sumido en las tinieblas.

—¡Eo! —gritó haciendo altavoz con las manos en un aparcamiento vacío.

Su voz, diminuta, rebotó en la gigantesca silueta gris del palacio de congresos que tenía a su espalda. Se internó en las sombras y volvió a llamarle bajando algo la voz. Las cigarras habían enmudecido. Amedrentado por el silencio que le rodeaba, retrocedió hacia la avenida, cruzó una glorieta hurtándose a la vigilancia de un coche de policía que circulaba lentamente con las luces apagadas y se adentró por la ruta que consideró más probable para la huida de un elefante asustado: un barrio de casas unifamiliares perfectamente iguales y no muy bien iluminadas.

El ruido vago de las sirenas se perdía bajo el ladrido de los perros del barrio, un pequeño alboroto que fue apagándose hasta que solo quedó uno, muy ronco, que prosiguió en solitario. Pedro se sentó un rato en el portal de una casa. Podía oler las flores de jazmín del arbusto tras el cual se oía el ladrido. ¿Acaso no era culpa de los demás? ¿No eran ellos los que se empeñaban en hacer las cosas sin escuchar? Estaba haciendo algo importante y sintió una rabia sorda al pensar en el mundo de los adultos. Estaban tan ciegos como ese perro que se empeñaba en considerarle una amenaza. Trató de controlar sus emociones y, sin tomar una decisión clara más allá de encontrar a Eo, se incorporó y siguió caminando en dirección opuesta al incansable perro. Entonces un coche pasó a toda velocidad frente a él. Luego oyó un choque metálico, ruido de cristales rotos y un bramido.

—¡Eo! ¡No! —gritó.

El foco de atención había pasado de las agencias de noticias nacionales a las internacionales. El seguimiento del suceso se había transformado en un fenómeno mundial.

En Japón, miles de amas de casa dejaron de cortar *wakame*. En Alaska, la tripulación de un pesquero dejó el buque al paio y a punto estuvo de chocar con un iceberg. En Australia, aborígenes y no aborígenes discutían sobre el procedimiento de caza y captura de un elefante. De Estocolmo a El Cairo, viejos, jóvenes y niños permanecían en suspenso frente a la radio o el televisor.

Hacía menos de ocho minutos que Toni, el operador *freelance*, había enviado su material. La audiencia mediática del país se había disparado hasta alcanzar un setenta por ciento de *share*. ¡Dieciséis millones de personas en horario de madrugada!

Un muñeco con forma de lagarto se desplazaba por una ciudad de cartón piedra en una película en blanco y negro.

«*Kaiju* es una palabra japonesa que quiere decir “bestia extraña”, pero suele traducirse al inglés como “monstruo”».

Las imágenes dieron paso a un plano de la presentadora, de ojos fríos y belleza espectacular, que arqueó las cejas eufemísticamente como si acabara de darse por aludida.

«El kaiju más famoso es Godzilla. Otros kaijus conocidos son Mothra, Anguirus, Rodan, King Kong...», leyó el invitado al plató. El texto era introducido frenéticamente por un equipo de redactores mientras en un recuadro se mostraba cómo cientos de personas en la India huían del escenario de una fiesta en la que una sombra gris avanzaba destrozando todo a su paso.

—¿Puedes mejorarlo? —preguntó desde la sala de edición el director de programación del canal de televisión privado de más audiencia del país. Esta era una habitación oscura y llena de monitores, teclados, ruedas de control y electricidad estática que estaba adosada a otras ocho habitaciones similares, todas ellas sin ventanas y conectadas por un pasillo tan vacío como la expresión del editor.

—Muy poco. Está grabado con un teléfono móvil y puedo ampliarlo. Pero ¿no

puede haber problema con los permisos? ¿Y el vídeo del contacto en Mérida?

—Está llegando.

—Vale. Descárgalo y mejóralo todo lo que puedas. Y busca todo lo que se le parezca: elefantes locos, elefantes cargándose gente... ¿Vale? Tenemos que seguir en cabeza con esto. Y añade también algún plano de las ruinas del circo romano en plan arde Pompeya, ¿eh?

—Vale.

Un tipo con auriculares irrumpió en la sala e hizo un gesto de urgencia.

—Y ahora, ¿qué pasa? —preguntó el director de programación.

El presentador había dejado de hablar. El *prompter* estaba digiriendo datos y este tuvo que improvisar a la indicación del regidor, que hizo una señal circular con la mano.

—Mira esto —dijo el editor señalando una pantalla.

En ese momento recibieron la información de que el elefante había herido a varias personas, entre ellas algunos menores, y uno se encontraba en estado grave. El director de programación inspiró como si estuviera ahogándose, aunque era lo contrario. Contuvo su alegría con una expresión de circunstancias: la noticia provocaría una oleada de titulares y serían los únicos que estaban en directo desde el principio gracias a su olfato. Hizo una seña para que soltaran la bomba y acudió a la sala de redacción a paso ligero sintiendo que esa sería la clave para su promoción en la cadena. ¡Ataca Godzilla!

—¿Cómo va eso?

—Es la entrevista para el veterinario.

—Olvídala. ¿Puede convertirse un elefante en asesino? —dijo el director de programación—. Pon esto: «¡El elefante asesino!».

Eo apareció entre las sombras de los vehículos. Los elefantes no pueden correr, por lo que Eo ni caminaba ni trotaba. En realidad, hacía las dos cosas al mismo tiempo: las patas delanteras y traseras se movían independientemente, por lo que las delanteras trotaban mientras que las traseras caminaban. Eso daba la impresión, falsa, de que se movía lentamente.

Pedro vio como un utilitario aparecía por la calle, acelerando para frenar después como un perro que husmeara una presa. Eo cambió de dirección para evitarlo y tras una de las ventanillas apareció el foco de una cámara.

—¡Dejadle! —gritó Pedro corriendo hacia Eo.

El animal estaba tan asustado que no oyó la voz del niño. Cuando los periodistas redujeron la distancia, Pedro vio que Eo atacaba el coche con su poderosa cabeza para tumbarlo. Luego siguió volteándolo como haría un escarabajo con una bola de estiércol.

—¡Eo! —gritó Pedro—. ¡Basta!

El paquidermo retrocedió con la trompa aún en alto y dispuesto a seguir luchando. Las ruedas del coche, que tenía la carrocería tan arrugada que resultaba irreconocible, giraban en el aire produciendo un humo oscuro y de olor acre. Eo levantó la trompa y avanzó hacia Pedro como si no lo reconociera y se refrenó a pocos centímetros de él, casi pegado a su nariz. Respiraba con fuerza y lanzaba ocasionales resoplidos como si guardara en su interior un pozo profundo.

—¡Ejjjjj! —gritó Toni buscando una ruta de escape a través del hueco de la ventana.

El periodista se ocultó de inmediato al ver como Eo se giraba para enfrentarlo de nuevo. Al hacerlo, golpeó con sus cuartos traseros a Pedro, que salió despedido dos metros y cayó lanzando un grito de dolor.

Los edificios adyacentes comenzaron a llenarse de curiosos que apuntaban con pequeñas linternas, teléfonos y cámaras o alertaban a los servicios de emergencias. Sobre un balcón lleno de sábanas blancas, un hombre en paños menores cargaba una escopeta de perdigones al tiempo que discutía a voces con su mujer. Mientras Eo buscaba una salida, comenzaron a aparecer, uno tras otro, individuos que, manteniendo la distancia y apoderados de una extraña obsesión por perpetuar el momento, le fotografiaron o incluso le dieron la espalda para buscar un ángulo en el que retratarse a sí mismos con la vaga forma del coloso de fondo.



—¡Eo! —gritó Pedro de nuevo. El elefante se revolvió hacia un grupo de fotógrafos y los puso en fuga.

Los colmillos eran la principal razón por la que los elefantes fueron objeto de caza en la Antigüedad. Los intentos de quitárselos a un elefante vivo no funcionaban porque el animal en cuestión, simplemente, era una criatura demasiado fuerte como para eso. Debido al desarrollo de los materiales sintéticos, el marfil dejó de ser tan valioso, lo que no impidió que la caza siguiera, pues el elefante era algo más: el animal terrestre más grande y poderoso del mundo. Desde siempre, la mayoría de los cazadores habían pensado que no había emoción más peligrosa y excitante que matar a un elefante. Don Eduardo sabía eso. Y sabía que no tendría otra oportunidad para poner a salvo a la ciudad, al tiempo que protagonizaría una hazaña que daría sentido a su existencia.

Sonó su teléfono móvil. Era su mujer.

—¿Dónde estás? —dijo algo alarmada.

—Nada. No salgas de casa.

—¿Qué ha pasado?

Don Eduardo esperó un rato antes de responder. No quería decirlo, pero al final lo hizo, pues había en él una íntima pulsión que le exigía gritarlo a los cuatro vientos.

—Voy a cazar el elefante.

—¿Eh?

—Cariño. No te preocupes. Eh... —dudó buscando una frase dramática—. No iré a cenar —declaró finalmente antes de colgar sin responder a la siguiente frase de su mujer.

Al cabo de un rato, estaba resoplando junto al primer cordón de seguridad que obstruía gran parte de los barrios de la orilla sureste del Guadiana.

Se cruzó en el camino con un grupo de vecinos, reunidos frente a un edificio de color rosa, que especulaban a voz en grito sobre el posible colapso de la central nuclear de Almaraz, ciento cuarenta kilómetros al norte. Asistió a un desfile de familias fugitivas, rostros preocupados, expectantes, excitados, y al gesto mortalmente serio de un señor mayor que, en prevención de que las aguas de la presa de Alange inundaran de forma inminente la ciudad, se paseaba equipado con gafas de buceo y un chaleco salvavidas. De forma simultánea al estado de alarma y confusión, reinaba, sin embargo, un extraño ambiente festivo.

—No se puede pasar —le dijo un policía.

—Oiga. Estoy informado. Vengo a presentarme voluntario —le explicó al agente,

que dejó de prestarle atención para interponerse en el camino de un equipo de realización televisiva.

—No se puede pasar.

Se inició una discusión entre el policía y el equipo de televisión que don Eduardo aprovechó para aproximarse a lo que parecía ser un centro de mando improvisado entre dos vehículos oficiales.

—Si le disparan mal, lo único que harán será enfadarle. Hay que disparar al corazón..., o al cerebro... —oyó decir al veterinario.

—Ya lo sé... Bueno... Quiero al elefante abatido pero ya. ¿Han llamado a Botoa<sup>[2]</sup>? —inquirió don Camilo, el responsable de Protección Civil, acusando ya el cansancio debido al estrés.

—Sí. Delegación de Gobierno ha llamado.

—Vengo por si necesitan a algún voluntario —dijo don Eduardo.

—¿Y usted quién es? —preguntó el comisario de policía.

—Yo tengo un fusil de caza especial. Es de safari —siguió don Eduardo.

—¿Y-usted-quién-es? —repitió el comisario de policía.

—Un vecino.

—Tiene que salir de aquí —ordenó el comisario señalando a un agente.

—Por favor.

El agente le empujó sin miramientos hacia el cordón plástico que cortaba la calle.

—Retroceda, por favor —dijo el policía.

—¡Pero, oiga, tengo que hablar con el responsable! —insistió don Eduardo—. ¿Acaso saben la distancia del tiro frontal? ¿Acaso tienen un fusil para cazar elefantes? —gritó.

—Lo siento. Despeje la zona. Circule.

—El tiro frontal al cerebro se ha de realizar en el punto intermedio de una línea entre los ojos del elefante y apuntando a la segunda arruga de la trompa —murmuró don Eduardo, aunque el policía ya había dejado de prestarle atención.

Derrotado, se sentó en un portal, junto a una furgoneta de un canal de televisión local. Sintió un vago dolor en el brazo y dificultad para respirar. Tenía que calmarse. Don Eduardo se incorporó penosamente, caminó hacia su coche y se sentó en su interior para pensar. No le habían renovado el carné, pero le daba igual. Sacó el habano grande y reseco que había guardado en el bolsillo, el supuesto puro de la victoria que no había encendido nunca, pues jamás se había planteado ningún reto.

Todavía.

Necesitaba pensar. El país estaba en alerta a causa de un elefante asesino y había esperado toda su vida una oportunidad como esa. Calculó que la policía, dedicada habitualmente a tareas más mundanas que la captura de una fiera peligrosa, estaría peinando la zona a paso de caracol. Su instinto le decía que el animal acabaría en una zona desierta y pensó en los cañaverales que ocultaban los islotes formados por el cieno acumulado entre los dos puentes que conectaban la ciudad y el oeste del puente

nuevo. No tardarían en localizarlo a su manera y él necesitaba tiempo. Salió del coche y observó el tumulto. La gente mayor y los niños habían desaparecido de la calle, pero aún estaba llena de curiosos, fotógrafos, policías y personal de los servicios de emergencia. Apenas habrían transcurrido treinta minutos desde que dieran la noticia en directo. Podía ver el equipo de la televisión hurgando en la memoria de los vecinos, encantados de posar frente a las cámaras. Estaba seguro de que habría más equipos rastreando la zona fuera del control de la policía, y ese sería su principal problema. De lo que estaba seguro era de que lo iban a atrapar antes que él si no comenzaba a moverse y se ponía en una situación de ventaja utilizando todo lo que había aprendido en sus años devorando libros de aventuras, guerras y asedios.

Arrancó su viejo coche y se dirigió hacia el extrarradio, a unos quinientos metros dirección sur, una zona desangelada que precedía a los vastos campos yermos que, alternados con plantaciones de cereal, formaban el valle que se agostaba en dirección a la presa de Alange. Aparcó frente a la verja que cerraba el perímetro de una construcción futurista en acero y plástico redondeado, el distribuidor que daba energía a la ciudad.

Abrió el maletero y una pequeña caja de metal que contenía la munición de su fusil.

Trató de controlar su respiración. Dejó las gafas de leer junto a la rueda de recambio y se puso las de ver de lejos. ¿Qué podía perder? No le importaba la cárcel. A esas alturas, representaría una nueva aventura, tan válida como cualquier otra, pues estaba dispuesto a todo con tal de romper la baraja de una vida clasificando envíos certificados. ¡Cuántas veces había soñado con realizar hazañas prodigiosas! ¡Con asombrar al mundo! Salió del coche y avanzó hacia la valla metálica.

«¡Demonios!», pensó al tropezar con el desagüe que rodeaba el perímetro del recinto.

La puerta estaba cerrada con una cadena de acero. Regresó al coche y cogió unos alicates pequeños. En el lado menos expuesto al camino, abrió una brecha en la cerca, regresó al coche y cogió el bidón de gasolina que siempre llevaba para una emergencia, junto a un paraguas, una gorra, unas gafas de cerca y otras de lejos y un botiquín que jamás había utilizado.

Rio para sus adentros al pensar en su obsesión previsor, pues al menos la meticulosidad que le caracterizaba servía para algo, y entró en el recinto. Olía a ozono y de los cables de cobre y acero, que conectaban la estructura en todas direcciones, surgía un vago zumbido. Encontró una estructura que parecía más vulnerable que las demás: una especie de habitación metálica que tenía aparatos de plástico translúcido en su parte superior y cilindros que conectaban los cables que venían de los dispositivos circundantes. Comenzó a vaciar el bidón e hizo un breve reguero en el suelo conforme retrocedía. Aspiró una bocanada de aire contaminado por el combustible antes de meterse la mano en el bolsillo y comprobar la hora. Una vez hecho, no habría marcha atrás.

Entonces recordó que necesitaba un mechero.

De regreso al coche, rebuscó en el maletero. Tenía un impermeable de un solo uso, una lupa e incluso aspirinas. Todo lo necesario, salvo algo tan básico como el fuego. Arrojó a un costado un paraguas plegable, su permiso de conducir caducado y una copia compulsada de su documento de identidad, pero no encontró ni una sola cerilla.

—¡Maldita sea! —dijo con desesperación, y, tras sacarse el puro de la boca, revolvió la guantera, sin éxito. Finalmente se dio por vencido y se dejó caer al suelo. Pensó que se lo tenía bien merecido. Entonces recibió una llamada de su mujer.

—¿Dónde estás?

—No... puedo decírtelo.

Eduardo pensó explicar que, si bien estaba prohibido llevar armas cargadas en la ciudad, seguramente no había regulación alguna sobre la temporada de caza del elefante, pero se sintió ridículo y sabía que su esposa insistiría hasta convencerle de que lo que estaba haciendo era una tontería como un templo. Antes de que ella siguiera hablando, don Eduardo se despidió con un «Vuelvo luego» y colgó inmediatamente. Se incorporó y abrió el maletero. Allí tenía la bolsa del fusil.

—¡Bien! —murmuró al comprender que no había pensado en lo evidente.

Abrió a toda prisa la bolsa y colocó una bala en el cargador esperando que no se hubiera evaporado la gasolina en el escaso minuto que había perdido. Se aproximó a la infraestructura y, a una distancia prudencial —basándose en lo que había visto en las películas, retrocedió diez metros—, apuntó al charco de combustible y apretó el gatillo. Pensó que tal vez no funcionaría o que la pólvora de la munición, después de tantos años, se habría estropeado, pero sintió el fuerte retroceso del arma como si recibiera la coza de un caballo. ¿Estaba mayor para eso? No todavía, pensó con el hombro dolorido y sonriendo para sí justo antes de contener una maldición. El disparo había acertado de lleno en la estructura principal y no produjo ningún efecto más allá de hacer un hueco del tamaño de su pulgar en un nódulo de plástico. Cargó de nuevo. El máuser disparaba balas de casi cuarenta gramos, desarrolladas a principios del siglo pasado. Esas se hicieron famosas en el mundo de los aventureros. Era un cartucho suficientemente potente como para matar a un dinosaurio y, por todos los santos, tenía que arder, pensó mientras apuntaba de nuevo.

—Venga, bonito —dijo.

Lanzó un grito de satisfacción cuando vio la explosión... Más que eso, fue como un golpe de calor acompañado de un rugido que hizo vibrar su pecho. La plataforma, iluminada por una nube de chispas azuladas, emitió un ruido extraño y las esferas de plástico comenzaron a arder como si tuviesen vida propia. Don Eduardo, feliz como un niño, regresó al trote a su vehículo perseguido por el humo. Nunca en su vida había hecho nada ilegal, y arrancó su coche con una sonrisa grabada en el rostro.

Una vez lejos, se apeó del vehículo para contemplar su obra. La ciudad había dejado de recibir fluido eléctrico: toda la región estaba a oscuras.

En condiciones normales, solamente las estrellas más brillantes, algunos planetas y la luna resultan visibles. En total oscuridad, el ojo humano puede alcanzar a ver unas tres mil estrellas en verano. Muchas personas comprendieron lo que se perdían. Ahora se podía contemplar a simple vista la Vía Láctea.

Eo se alejó, sordo a las llamadas de Pedro, y este se encontró gritando solo, sin aliento, en la oscuridad. Agotado, corrió sin apenas fuerzas y, cuando ya no pudo más, alargó la mirada hacia la amplia avenida que transcurría cercana al río, por detrás de la biblioteca, sumergida en la penumbra tras las luces que marcaban el perímetro de su recinto vallado. Pedro descendió un desnivel que le llevó a un prado con una pequeña fuente redonda y seca en su centro. En la oscuridad, tras un seto de brezo, percibió una gran sombra más densa que la negrura que le rodeaba.

—¿Eo? —susurró Pedro. La sombra se movió para alejarse de él y el chico corrió tras ella—. ¡Eo!

Pedro no podía mantener el paso del animal, que cruzó una hilera de alisos altos, cuyas ramas bajas rozó con su lomo.

No le reconocía.

Con un vacío en el pecho, Pedro volvió a llamarle, y lo hizo otra vez tratando de darle alcance, y cuando ya estaba casi a su altura, el animal se detuvo y lanzó un rugido profundo que hizo temblar la tierra bajo sus pies.

Eo se encontraba tras un seto de brezo. Pedro se aproximó a él con cuidado y al tocar con la punta de sus dedos las primeras ramas angostas, percibió un gruñido de amenaza.

—Soy Pedro...

Se acercó a Eo paso a paso con la mano levantada.

—Soy yo...

El elefante le observó, tenso, e hizo un amago de ataque levantando las orejas. Pedro siguió adelante y Eo olfateó el aire sin acercarse a él.

—Sabes quién soy, ¿verdad?

Pedro y Eo estuvieron un rato frente a frente mirándose, como en su primer encuentro. Pedro sentía como si los ojos del animal ocultasen el profundo conocimiento de todos los secretos y, al mismo tiempo, albergara la pureza de un niño muy pequeño. ¿Cómo podía parecer sabio y niño al mismo tiempo? Eo bajó la cabeza. Pedro dio un paso y puso la palma de la mano, temblorosa, sobre la frente del elefante y, al cabo de un instante que se le hizo eterno, Eo tocó su cabeza con la trompa, le olfateó y rozó su mejilla en señal de reconocimiento.

—Menuda la has hecho —susurró Pedro, aliviado.

A su alrededor, todo parecía tranquilo. Pedro y Eo buscaron una zona oscura,

entre el río y la avenida de la biblioteca. El animal metió su trompa en una fuente. Pedro comenzaba a recuperarse del cansancio cuando, aún lejanas pero cada vez más intensas, percibió el sonido de las sirenas.

—Tenemos que seguir o nos atraparán aquí —dijo al tiempo que buscaba una ruta de salida que estuviese libre de iluminación.

Entonces Eo levantó la cabeza. Un ruido de motor se hizo audible y un todoterreno de color verde de aspecto sólido y monstruoso, un URO<sup>[3]</sup> de uso militar, atravesó el perímetro exterior del parque y aplastó un macizo de lentiscos a unos cien metros de ellos.

—¡No te pares! ¡Vamos! —gritó Pedro al verlo.

En ese momento, como si alguien desplegara un inmenso velo negro sobre el mundo, todo quedó a oscuras.



El circo con animales, dijo el locutor, se había prohibido en Suecia, India, Finlandia, Suiza y Dinamarca. Don Pepino, más sentimental que lógico, se defendió a la desesperada explicando su feliz convivencia con una iguana.

Bonaparte apagó la radio. Arrastró el equipaje que contenía sus únicas pertenencias y tomó una habitación en la primera pensión barata que encontró en su camino. Era pasada la medianoche y, como hacía siempre que viajaba, abrió sobre la cama una maleta cubierta de pegatinas que daban a entender la dimensión planetaria del desgaste que había sufrido. Contenía principalmente fotos, algo de ropa, recortes de periódico y algunos trastos viejos, entre ellos el ojo de cristal de Radolf Bloom, que no se atrevió a tirar porque, cada vez que lo intentaba, parecía mirarle acusadoramente desde allá donde estuviese... aquel truhán...

Tenía sueño. Con un giro de muñeca teatral perfeccionado a través de los años, Bonaparte cogió una foto al azar y la colocó sobre la mesita de noche.

Se trataba de una foto en blanco y negro en la que aparecía el retrato de una mujer que miraba hacia su derecha, con los labios ligeramente abiertos para mostrar sus dientes blancos. Era Gracia de Mónaco, quien le entregó hacía siete lustros un payaso de latón que guardaba en el fondo de la maleta, y recordó su vergüenza de bufón enamorado cuando, en la gala de entrega de premios del Festival Internacional del Circo, se atrevió a pedirle un beso. Recordaba que, dos años después, cuando oyó la noticia de su trágico final, era septiembre y llovía. Tuvo que hacer las bromas de siempre y recibir los golpes con el martillo de gomaespuma en la función con su colega Don Pepino mientras escuchaba el ruido de las gotas de lluvia sobre la carpa y pensaba en la princesa. Aquella tarde no se rio ni un solo niño. Luego visitó Montecarlo por última vez y cuando pasó por el lugar del accidente, pegó su cara al cristal del autobús: una curva imposible, entre vegetación rala y con el mar de fondo, situada en las coordenadas 43° 43' 41,23" N, 7° 23' 43,43" E.

Había besado a una princesa, una de verdad, y, alejando los recuerdos tristes como si fueran un mosquito molesto, Bonaparte hizo un requiebro con la mano, tomó un frasco de color negro y un pañuelo de seda que guardaba en la cajita de sus herramientas de trabajo (junto a la nariz de payaso), saludó a la fotografía de la princesa, se fue la luz, se dio un trompazo al buscar la puerta y salió de su domicilio provisional en busca de la policía, porque no tenía dudas de que le estaban buscando.

El paseo desembocaba en una cancha de baloncesto cerrada de la que solo podían percibirse vagamente los tableros. Pedro se detuvo junto a Eo frente a un denso conjunto de arbustos espinosos. Los faros de los coches quedaban lejos y la luna, en cuarto menguante, apenas proporcionaba luz. A menos de doscientos metros en dirección a la calle que bordeaba el parque aparecieron los vehículos policiales. Sus luces intermitentes, naranjas y azuladas, creaban formas fantasmagóricas a su alrededor y lentamente, junto a los agentes, que dirigían potentes linternas hacia cada arbusto y rincón, iban formando un abanico sobre el declive que descendía hacia el lugar en el que se encontraban. Pedro trató de buscar una salida. No tardarían en localizarlos, a pesar de la oscuridad.

—¡Vamos!

Una bengala iluminó el borde del río cercano al puente y Pedro tropezó con el bordillo de un parterre. Cayó sin aliento frente a un seto que les cortaba el paso y, antes de tocar el suelo, sintió que volaba. Notó un cosquilleo en el estómago y se le erizaron los pelos al notar la ingravidez y ver como la tierra se alejaba de él, y estuvo a punto de gritar cuando Eo le posó sobre sí, a casi cuatro metros del suelo.

Pedro se agarró con todas sus fuerzas al lomo duro y rugoso del elefante mientras este se alejaba a grandes zancadas de sus perseguidores. A esa altura parecía como si viajara en un planeador sobre la brisa nocturna y cerró los ojos de puro miedo. Era como si flotara. Los abrió cuando el movimiento de vaivén le hizo resbalar y trató de recuperar su posición, pero a la siguiente zancada notó que caía poco a poco y que no tenía asidero alguno al que aferrarse.

—¡Ay! ¡Para! ¡Me caigo!

Antes de tener tiempo para seguir gritando y cuando ya se creía perdido, Pedro topó con la testuz de Eo, que, para su sorpresa, resultó ser un lugar seguro y confortable. Durante ese instante, olvidó sus problemas y lanzó una risa de entusiasmo al sentir que cabalgaba sobre un gigante.

Los reflejos de las luces que rastreaban la orilla cabrilleaban al compás de la corriente y hacían visible el último puente que unía ambas partes de la ciudad. Un vehículo todoterreno iluminó a su derecha los parterres que acababan de abandonar y Eo descendió por el terraplén en dirección al agua.

—¡Por aquí no hay salida! —exclamó Pedro.

Pero Eo no se detuvo. A pesar de sus gritos y advertencias, Pedro reparó

sobrecogido en que el animal avanzaba con la intención de internarse en el río.

—¡Eo! ¡No! ¡Nos ahogaremos! —gritó Pedro al ver que se acercaba al agua, tan profunda y negra que parecía una de esas simas en las que habitaban monstruos de ojos enormes que jamás veían la luz.

Pedro pensó en saltar al suelo, pero no se atrevía y, aterrorizado, se aferró al animal, consciente de que apenas sabía nadar. Pronto notó la corriente sobre sus zapatos, pantalones y camiseta, que se pegó a su cuerpo y tiró de él hacia atrás como si quisiera llevárselo. Al sentir que el oscuro caudal se cernía sobre él, Pedro contuvo la respiración e imaginó, angustiado, que serían tragados por el río para siempre.

—¡No! ¡Vuelve! —gimió Pedro.

Pero Eo no le escuchaba. Había desaparecido bajo las aguas y, sintiéndose desfallecer, Pedro notó que se alejaba de la orilla como una hoja llevada por el viento. Apenas sobresalía del agua la parte superior de su cabeza y estaba tan asustado que no se atrevió a gritar más ni a soltar las manos del cuerpo del animal. Notaba su tacto cálido y rugoso y se aferró a su lomo esperando lo peor, pues Pedro ignoraba que los elefantes son muy buenos nadadores. Acumulaba fuerzas y valor para chillar y pedir socorro, lamentando que todo acabara allí, cuando escuchó un sonido de surtidor. Frente a él, y al igual que un periscopio, se alzó la trompa de Eo, que, avanzando a paso regular, respiraba con tranquilidad bajo la mirada de un pato sorprendido. Pedro descubrió de ese modo cómo Eo había escapado del circo para acabar refugiándose al otro lado del puente. «Como un submarino», pensó, y dejó escapar una voz de admiración. Eo se impulsó con tranquilidad hacia el centro del río, hasta situarse frente a un islote de juncos, asustar a un grupo de garzas y alcanzar una zona en la que parecía que el elefante hacía pie, pues avanzaba a grandes zancadas, como si saltara bajo el agua o fuera un astronauta dando los primeros pasos sobre la luna. Al otro lado del río, los diminutos haces de luz de sus perseguidores cerraban un círculo sobre la zona del parque que acababan de abandonar.

Don Eduardo lanzó un grito de satisfacción cuando vio la explosión. Más que una explosión había sido como un golpe de calor. Después de esperar unos minutos para ver lo que pasaba, la plataforma comenzó a emitir un ruido extraño y los círculos de plástico empezaron a arder como si tuviesen vida propia. Regresó trotando a su vehículo, perseguido por el humo. Nunca había hecho nada ilegal y, al pensar en ello mientras giraba la llave de contacto, le asomó una mueca de bronca felicidad.

Los vehículos todoterreno se mueven igual que las patas del elefante y no había duda de que la fiera buscaría la zona más ventajosa y se alejaría del asfalto. ¿Qué lugar era de difícil acceso para vehículos? Observó su entorno mientras aspiraba el aire fresco de la noche. Si el instinto le guiaba lejos del peligro inmediato, la bestia solo podía tomar una vía de escape: el río. Tenía que decidirse y escoger: ¿norte o sur?

Don Eduardo, por primera vez en su vida, hizo una elección al azar y, maravillado por los rápidos cambios que se habían producido en él desde que optara por embarcarse en una aventura, se dirigió hacia el sur y aparcó el vehículo en la cuneta.

Tras asegurarse de que nadie le viera, a pesar de la penumbra, apretó con fuerza el arma que llevaba envuelta en una manta de viaje a cuadros negros y rojos. No tendría mucho tiempo más y se obligó a pensar con rapidez. El hecho de que no hubiera luz le daría algo de margen, pero quizá no el suficiente. Se puso el auricular de la radio portátil que tenía en el bolsillo para escuchar la retransmisión de los sucesos en directo antes de iniciar el camino hacia el este, donde faltaba aún tiempo para que llegasen las autoridades.

La oscuridad era casi total. Se internó por el sendero que precedía al puente viejo y que daba paso a la zona oscura de levante. Al sumergirse entre la neblina, solo matizada por el rumor del río, sintió dudas, que borró de su mente de inmediato: había pasado la vida pensando en las consecuencias de sus actos y el resultado había sido no tener ninguna historia que contar. Ahora tenía la oportunidad de redimirse. ¿Acaso no le aclamarían si acababa con el animal asesino? Y si no era así, ¿lo denunciarían, lo tratarían como a un cazador furtivo, un fuera de la ley? En el fondo no importaba, pues, llegado el caso, ¿había alguna diferencia entre un héroe y un villano? Se sabía al dedillo la vida de la mayoría de los que habían pasado a la historia, y las diferencias entre ellos eran mínimas.

Domesticado, un elefante podía ser atado sin peligro a un hilo de coser, pero liberado era otra cosa. El elefante era una indestructible máquina de matar, con la fuerza suficiente para enfrentar con ventaja a trescientos hombres. Para derribar a un elefante furioso sería necesario un disparo muy bien dirigido.

Debía recordar cómo era un cráneo de elefante tal y como había leído a toda prisa, y pensó que quizá le fallara la memoria. Tenía que apreciar su estructura, sus láminas interiores, los conductos que, lateralmente a través del agujero del oído o frontalmente debajo del hueso de la nariz, llegaban al cerebro, que eran los caminos de penetración de una bala mortal, pues la dispersión de corazón, pulmones e hígado de un paquidermo era enorme. Si la bestia estaba de costado, debería apuntar algunos centímetros por delante del canal auditivo, tal y como había mencionado Orwell. Pero ¿realmente había disparado... o se lo había inventado? ¿No era un escritor, un inventor de fábulas y, por lo tanto, un mentiroso? ¿Realmente había sido policía en la India, tal y como escribía en sus memorias? Las dudas le asaltaron. Todo lo que sabía eran retales de información que tenían que ver con los libros de aventuras, y lo que más se parecía a un relato vivido era lo que recordaba de Orwell.

Oyó un vago sonido que podía ser de un búho, vio la luna y notó la magia que le rodeaba, el aroma a incienso viejo, niebla y humedales. Olores que había olvidado y que, al volver a él, le hicieron sentir un escalofrío. Evocó una leyenda que le había aterrorizado desde niño, la de la Dama Blanca del Guadiana, una mujer de singular belleza que se aparecía en las noches de luna llena y cautivaba a los hombres susurrando una melodía con el fin de ahogarles.

Don Eduardo evitó las hojas secas y atisbó la negrura del río. Había poca gente en la orilla y, conforme caminaba en dirección a la zona más desierta de la ribera, recordó la historia que le contó un amigo que nadó un atardecer hasta la cuarta pilastra del puente viejo y, al sentirse más agotado de lo normal, dejó de bracear, momento en que vio flotando cerca de él a una mujer bellísima y de pelo claro. Sin dar crédito a sus ojos, trató de continuar, pero se sintió desfallecer. Se hundía. Notaba que tiraban de su cuerpo hacia el fondo y pensó que se ahogaba... No recordaba el nombre de su amigo —era apenas un adolescente—, pero sí el tono de su voz cuando explicó cómo lo sacaron a la orilla, aún respirando y aterido de frío, sin dejar de repetir entre susurros: «¡La he visto..., la he visto..., he visto a la Dama Blanca!». Sus tobillos tenían moratones con la forma de los pequeños dedos que se habían aferrado con fuerza a él...

Don Eduardo hizo un gesto como para dejar atrás esas historias viejas y apartó una rama de su cara...

Don Camilo, el responsable de Protección Civil, apenas podía poner en orden sus pensamientos. Se arrepintió de tomar la decisión política de llevar la organización sobre el terreno y, resignado a un posible fracaso estrepitoso fuera cual fuera el resultado, concentró su mirada en la lista de acciones para evitar tener que vérselas con el grupo de defensores de los animales que gritaba consignas mientras portaba una pancarta improvisada: SALVAD AL ELEFANTE.

—En la India, los privan de comida y agua durante algunos días... —explicó el veterinario, que estaba a su lado, mientras atendía las instrucciones que le transmitía por teléfono el experto del zoo de la capital.

—Quiero saber cómo se mata a ese animal, no quiero ponerlo a dieta —dijo don Camilo, comprobando por enésima vez el número del alcalde.

—Xylazina y acetato de leuprolide —recitó el veterinario conforme recibía la información—. Es lo que usan en la India, pero seguramente no causa efecto inmediato.

El comisario, atento a la señal de radio, llamó su atención con la mano y le pasó un aparato de radio de color verde oliva.

—¡Allí! —oyó bajo el zumbido de las interferencias del aparato conectado al mando enviado por los militares.

—Tiene a un niño.

—¿Qué?

—Tiene a un niño con él.

—¿Ha atrapado a un niño? —preguntó don Camilo.

—Está sobre él.

—¿Qué quiere decir? ¿Lo ha... aplastado y lleva su cuerpo? —Hizo una mueca de disgusto.

—No. Está encima de él... Quiero decir que está encima, sentado... y vivo.

—Sentado —repitió don Camilo, como si tratara de resolver una ecuación incomprensible.

—¿Saben dónde está el tipo del circo? —preguntó el concejal.

—No tenemos tiempo —replicó Don Camilo.

Decenas de vehículos policiales y de los servicios de emergencias se precipitaron a lo largo de las avenidas adyacentes al parque. Los periodistas, cargados con su equipo, y la multitud que circulaba por la zona a pesar de los esfuerzos de la policía

por contenerla invadieron el parque sin contemplaciones tras los vehículos oficiales.

El subcomisario de policía llamó por radio al todoterreno militar que, con las luces apagadas, esperaba frente a los vehículos de emergencias. En él iban dos tiradores que portaban fusiles de precisión.

—¿Tienen un blanco fácil?

—Claro. Pero... ¿y el niño? —preguntó el militar.

—¿Y el niño? —preguntó el subcomisario a su superior.

—¿Y el niño? —preguntó el comisario a don Camilo.

Este bajó su radio. Necesitaba tiempo para pensar y no lo había, y era el maldito responsable. Podía adivinar, por la cara que ponía el comisario, cuánto se alegraba de no tener que hacer su papel.

—Abátanlo —dijo don Camilo.

—¿Está seguro? —preguntó el comisario.

—Si hay suerte, la cosa se quedará en unas pocas magulladuras —explicó don Camilo.

—Pero...

—Si no hacemos nada, podría ser peor. ¿Quiere dejar al niño en manos de un elefante loco?

A escasos trescientos metros de allí, los tiradores del URO, el feo todoterreno militar, tomaron posiciones, mientras los fotógrafos y los operadores de cámara apuntaban hacia la bestia, apenas visible entre la bruma del río y las sombras achaparradas de los cedros, compitiendo por ver a ese niño raptado por un elefante cuya imagen podría dar la vuelta al mundo.

—Está en un terreno blando. Si le das bien, el niño solo puede caerse —dijo el observador del URO.

Pedro era perfectamente visible a través del visor magnificado. El soldado, tendido sobre el techo del todoterreno, sudaba con profusión, y no debido al calor, sino a los nervios. Nunca se había enfrentado a una situación así, y si bien se había presentado voluntario, no había recibido ninguna orden escrita, lo que hacía que tuviera que asumir consecuencias si las cosas salían mal.

—Maldición —gruñó.

No salvar al niño sería igual de malo que fallar. Trató, pues, de ubicar a Pedro en el visor de su arma y encajar el cuadrante del disparador en una zona vital del elefante.

—¿Dónde narices tienen el corazón?

—No sé, a mí me han enseñado a matar hombres —contestó su compañero.

—Dispara en el medio —dijo el conductor, que no destacaba por su inteligencia.

El tirador miró un papel que tenía en la mano y que le había dibujado el veterinario de Protección Civil para indicar la posición de los puntos vitales del elefante, pero no se entendía gran cosa, porque en lugar de un elefante parecía que el veterinario había trazado una especie de ratón con el hocico largo, tal vez un

ornitorrinco, pero de ningún modo ese dibujo parecía el de un elefante.

—Maldita sea —imprecó, volviendo a mirar el visor con la intención de preparar el disparo. Pero el visor parecía bloqueado por algo y cuando apartó sus ojos de él, descubrió que no se veía nada.

Un velo negro acababa de caer sobre todo lo que le rodeaba. Solo los vehículos aportaban la luz necesaria, pero el elefante y Eo eran ya invisibles.

—Un apagón —afirmó el conductor.

—Pasadme las gafas de visión nocturna —dijo el tirador.

El sargento al mando ya las tenía en la mano. Subió al techo del URO y las encendió antes de entregárselas.

—¿Están cargadas?



A lo largo de su vida, un elefante recorre una distancia equivalente a catorce veces la vuelta al mundo. Lejos de las luces de la ciudad y la perspectiva de la tierra, todo parecía diferente. Allí se veía un microcosmos ajeno al ruido y el artificio, las hierbas del río cubrían el horizonte con una cortina de frescor: no había edificios ni luces ni perseguidores, pues el centro del cauce del Guadiana era como una grieta, un oasis en la civilización, cuando estabas a cincuenta centímetros de la superficie de la corriente que fluía, caprichosa, en remolinos y ondas solo perceptibles por quienes allí habitaban.

Únicamente el ruido del agua, el sonido salvaje de animales pequeños y desconocidos, insectos, el chapoteo de un barbo o una boga alzando su cota de malla plateada para atrapar a un ente volador... Briznas, goteos, chasquidos, salpicaduras, confluencias y emanaciones suaves, tenues, como las vidas que milagrosamente habían subsistido en ese lugar a pesar de las piedras colocadas por los ingenieros romanos, los constructores de catedrales, los pilares de cemento y las líneas ferroviarias.

Pedro sintió una ráfaga de viento que olía a río. Era un aroma penetrante y ligero, a algas secas y barro mojado, acompañado de matices que variaban conforme en la orilla aparecía el romero, arbustos de jara o viejos pinos con las raíces al aire.

Escuchó una retahíla de sonidos constantes y guturales. Era el abejaruco, que construía, antes de su vuelta a África, el nido en un talud y desde allí lanzaba un arpegio seguido de una letanía de notas improvisadas. ¡¡*Cruik, cruik, cruik...!!* Su vida se parecía a una novela épica: se lanzaba a la aventura con un vistoso traje hecho de retazos y cruzaba el océano. Con escasos veintisiete centímetros, capirote castaño, antifaz de ladrón, pechera turquesa, cuello amarillo y un corazón desproporcionadamente grande, se enfrentaba a las corrientes, las fosas submarinas y los reflujos barométricos, dejando su destino en manos de la fortuna y el viento.

Nada era imposible, pensó Pedro. ¿Acaso no era la vida una sorpresa? Recordó que el río discurría hacia Portugal. Allí había una sierra..., las zonas yermas que separaban ambos países, en la frontera..., y el lago más grande de Europa... Por una vez, Pedro agradeció aquello que había aprendido en el colegio. Un lago gigante tendría árboles... Habría halcones, ciervos y lobos, y pensó que en esos montes podría encontrar libertad. Sería como Mowgli con Baloo, el oso bezudo. ¿Serían demasiado amargas las bellotas de alcornoque para un elefante? Buscarían una

dehesa de encinas, con jaras que darían flores blancas durante las lluvias de abril. Se haría una cabaña y aprendería a comer frambuesas. ¿Habría baobabs en Portugal? Mecido en el vago fulgor de la corriente, Pedro dejaba, así, libre su imaginación. Un perro ladró a lo lejos, como si oliera la libertad cerca de él, volando como una mariposa, y, en el anhelo impotente de quien permanece atado a una cadena, quisiera al menos llamar su atención antes de que desapareciera en el horizonte.

El cielo estrellado apenas proporcionaba la luz necesaria para que el visor militar, de un modelo anticuado, transformara los electrones amplificados en la pantalla de fósforo. El tirador trató de ajustarlo inútilmente para distinguir entre la electricidad estática que aparecía sobre la difusa forma de los sauces de la orilla y una densa nube de mosquitos.

—¿Dónde narices está? —inquirió el tirador.

La radio crepitó con la voz del comisario. El comisario gemía.

—Han perdido a un elefante. Un elefante..., por Dios santo bendito —exclamó—. Vamos a ser el hazmerreír del... mundo... ¿Y qué ven?

—Solo... aves. Patos..., creo... Desconozco qué tipo de... Quizá garzas, porque los cormoranes son mucho más grandes...

—No hay cormoranes en el Guadiana —apostilló alguien.

—Pero ¿no se supone que deberían tener un plan? —preguntó don Camilo, silenciando el teléfono móvil que tenía en su mano izquierda.

—¿A qué velocidad puede nadar un elefante?

—¡Yo qué sé a qué velocidad puede nadar! ¡Busquen río abajo y busquen arriba! ¡Pongan controles en el puente! —bramó el comisario—. ¿Y qué pasa con la luz?

El círculo policial se cerró frente a la orilla y cincuenta tipos acabaron mirándose entre sí, como si quisieran saber cuál de ellos había dejado que se escabullera un paquidermo frente a sus mismísimas narices. El comisario trotó hacia el borde cenagoso de la orilla y luego retrocedió apretando los dientes al descubrir que tras el cordón había una multitud de cámaras grabando.

—El veterinario del zoo —dijo a pocos metros de allí un auxiliar de Protección Civil.

Don Camilo, que acababa de recibir el informe sobre el origen del fallo eléctrico y se frotaba la cara para despejar los nervios, tomó el teléfono y se unió al comisario, mientras este reunía al grupo de búsqueda para trazar un nuevo plan.

—Este elefante probablemente no tiene must —oyó.

—¿Qué me dice?

—He visto las fotografías y no tiene ninguna mancha. Los elefantes en must descargan una secreción ocre y espesa como el alquitrán desde los canales temporales a los lados de la cabeza.

—¿Entonces?

—Quizá se calmará si lo dejan.

—Lo siento, pero no correremos el riesgo —dijo el comisario, que pensó por vez primera en la jubilación anticipada.

—Si fallan, puede ser peor —replicó don Camilo.

—¿Han venido las motoras? —escupió el comisario al teléfono. Y trató de concentrarse entre la multitud de colaboradores y el estrépito de pasos, ayes, equipamiento y las vociferantes preguntas de los periodistas que querían colarse junto a ellos para ser testigos de (supuso) su incompetencia.

—¿Alguien tiene repelente para mosquitos? —preguntó uno de los agentes, sin percatarse de que un hombre cruzaba el cerco y caminaba hacia las sombras.

Cuando se fue la luz, Susana se encontraba a cuarenta metros de la orilla sur y tuvo ganas de gritar. Acababa de recibir la llamada por la que supo que habían perdido a su hijo. Tentando a ciegas, alcanzó la barandilla de metal del puente nuevo y permaneció atenta a todos los ruidos, confundida, sin atreverse a tomar una decisión. El río circulaba bajo el puente como una gigantesca serpiente negra. En algún lugar estaba su hijo. Trató de pensar a toda velocidad y decidió que no podía quedarse allí. Se arrancó la sal que habían dejado las lágrimas sobre sus párpados y, guiándose por la luz de la luna, caminó en dirección al punto donde se concentraban las fuerzas de seguridad.

Cuando llegó a la zona en la que se agolpaban los curiosos, apretó el paso y esquivó el cordón policial para acercarse al río siguiendo la vieja carretera, que conducía hasta la presa de Alange. Entonces se encendieron algunas sirenas y vio un espectáculo de luces a su derecha: el grueso de los vehículos de emergencia y los helicópteros se desplazaban directamente hacia donde se encontraba. Los faros de un vehículo que frenó a pocos centímetros de ella la cegaron.

—¿Está loca? ¿Qué hace en medio de la carretera? —gritó alguien tras los focos de una furgoneta que tenía una antena de conexión por satélite.

—¡Venga, sigue, que están allí! —dijo uno de los periodistas.

Susana se aferró a la ventanilla.

—¿Pueden llevarme?

—¿Le importa soltar la puerta? —le soltó el conductor.

—Soy su madre. —El conductor la miró como si estuviera loca—. Soy la madre del niño que encontró al elefante.

—Que suba —dijo el jefe del equipo de periodistas sin creerse su suerte. Tenía, sin embargo, un dilema: estaban en medio de la vorágine y al mismo tiempo disponían de una posible entrevista bomba, lo que podría retrasarles—. Y graba —le ordenó al cámara mientras Susana accedía a la furgoneta, que estaba llena de cajas y cables.

Uno de los operadores sacó la cámara de su funda y el coche arrancó dirección sureste.

—¿Listos? —dijo el periodista cuando ya estaban en plena carrera.

—Grabando —respondió el cámara, que apuntaba hacia Susana.

—Estamos camino de la presa de Alange, a la búsqueda del niño raptado por el

elefante...

Entonces el conductor pronunció un exabrupto y frenó ante un coche de policía que les cortaba el paso. Susana abrió la puerta lateral y desapareció en la oscuridad.

Don Eduardo apagó la radio. No había noticias. Debatían..., lo que significaba que los equipos de prensa estaban aún esperando a que ocurriera algo. Tenía el corazón desbocado, pero sentía el apremio de la caza y no quiso descansar. Esas estrellas que brillaban en el cielo, pensó, eran las mismas que podían brillar en África. Escuchó un ruido y arrojó la manta al suelo para cargar el arma. Sintió como si una corriente fría recorriera su espalda y le asaltó la idea de que podía fallar. Había leído sobre estrategias y distancias, sobre trayectorias y posiciones, que intentó recordar mirando hacia las sombras, como si anticipara la aparición del animal, pero nada garantizaba que lo lograra y, sonriendo para sí, pensó que eso era lo más parecido a la felicidad que había experimentado nunca.

El miedo era bueno. Le mantendría alerta. Sabía por sus lecturas que no podría realizar un segundo tiro a veinte metros. Tenía que acercarse y en ese caso, si fallaba, el animal podría abalanzarse sobre él y cualquier tiro sería inútil. Tal y como tenía la cadera, y consciente de su estado de forma, sería imposible escapar, y de hecho tampoco lo haría probablemente un atleta. El elefante, herido, se convertiría en una fiera implacable y sería lo último que vería cuando se despidiera del mundo; sin embargo, estaba dispuesto por una vez en su vida a correr el riesgo. Tenía los sentidos despiertos. Podía oler el aroma dulzón y penetrante del cieno y notar el tacto de su ropa, el viento y los latidos de su corazón. ¡Se sentía joven! Escuchó un ruido que frenó el decurso de sus pensamientos. No debía distraerse y alzó el cañón del arma: no era más que el aleteo de un pájaro, tal vez una garcilla o una lavandera que desapareció como una flecha, alertada por su presencia. Don Eduardo inspiró profundamente para recuperar el valor y aferró el arma. Había sido diseñada antes de la Primera Guerra Mundial y, aunque lenta, seguía siendo el mejor fusil del mundo.

—¿Dónde estás? —murmuró para sí, desviando su atención de esa visión que le había hipnotizado.

Bajó por la leve pendiente de hierbas y piedrecillas que conducían al margen del agua. Desde la oscuridad se distinguían claramente las zonas controladas por las autoridades. Miró con fastidio al helicóptero que proyectaba un círculo de luz hacia el sureste y dirigió sus pasos a favor de la corriente, en busca de la mejor posición respecto a la brisa para evitar ser detectado por el olfato.

Recuperó el aliento junto a la orilla del río, lejos de la lancha motora de la Guardia Civil. Estaba agotado debido al esfuerzo y esperó unos minutos que se le

hicieron eternos. Entonces apareció frente a sí algo maravilloso: una luz diminuta y verde. Estaba situada sobre una ramita que, temblorosa, se mecía al capricho de la brisa. Era una luciérnaga que durante un instante le hizo volver a su niñez. Fascinado, la rozó con los dedos y esta desapareció. Sin que supiera la razón, tuvo ganas de reír, pero se contuvo. Según creía (equivocadamente), los héroes prestaban únicamente atención a las cosas serias, y, así, encendió la radio y borró todo rastro de inocencia de su mente.

—Tenemos aquí a un responsable del circo. Dígame..., Manuel, alias... ¿Don Pepino? —escuchó en un tono de voz bien modulada—. Bien..., Manuel..., Don Pepino, ¿no cree que los circos torturan a los animales?

—Su trabajo es protestar. Mi trabajo es el circo. Y el de mi padre. Y fue el de mi abuelo. ¿Qué saben del circo? ¿Quieren un mundo perfecto que se parezca a un centro comercial?

—Silencio, por favor. Perdón —cortó el locutor alzando un tono la voz—. Atención. Estamos en directo. Tenemos al equipo en el lugar del incidente porque ya han dado con el rastro del animal.

El helicóptero de Protección Civil pasó muy cerca del suelo y agitó su pelo cano. Don Eduardo se quitó los auriculares. Trató de obviar el dolor en el pecho y se concentró en el avance de los restreadores, que se aproximaron a unos quinientos metros para inspeccionar la zona. Podía ganarles si avanzaba un poco más y tenía un golpe de suerte. Frente a él, huyendo entre las matas, saltó un animal que se coló como un relámpago en un zarzal. Don Eduardo arrugó la nariz pensando que podía ser una rata o tal vez un tejón. Algunos papeles y restos de basura arrastrada por las crecidas de invierno formaban una barrera compacta que enlazaba el pasto con las espadañas y juncos lamidos por el agua. La luz volvió a la ciudad y don Eduardo alcanzó a ver los primeros puntos de luz: cuatro farolas que iluminaban la carretera que se dirigía hacia el sureste. Ese era el punto lógico de huida para cualquiera que buscara el lugar menos poblado de la zona. Entonces se detuvo y contuvo la respiración. Durante una fracción de segundo, como un ogro que saliera de su cueva, vio al elefante aparecer del agua. Apenas resultaba visible debido a la oscuridad y la vegetación de la ribera, pero era imposible equivocarse: esa inmensa sombra ocultaba buena parte de las luces que se encendían a lo largo de la otra orilla del río. Don Eduardo hizo acopio de fuerzas, corrió, tropezó y volvió a levantarse con dificultad; ansioso por encontrar una posición de tiro, siguió su rastro, que se dirigía a un grupo de naves situadas junto a la carretera comarcal que llegaba del noroeste, punto en el que convergían las luces, aún lejanas, que se prolongaban a su derecha.

—Eres mío —se dijo, y caminó hacia las luces envolviendo el rifle en su



cazadora.

Eo resoplaba rítmicamente. Estaba en su elemento. Avanzaba a una velocidad sorprendente, que, sumada a la corriente del río, situó a los fugitivos fuera de la ciudad en poco tiempo. Habían dejado atrás las luces y el helicóptero apenas era una mancha de luz que se recortaba tras la masa del puente buscando en el lugar equivocado. Las ranas y los grillos, que cantaban en los pastos adyacentes a la orilla de la margen derecha, se sobreponían al suave ruido de la corriente y la brisa fría que soplaba entre los juncos.

Los ojos de Pedro se habían acostumbrado a la oscuridad y ya podía adivinar, gracias a la luz de la luna, el collar de plumas blancas de un ánade real que, ajeno a ellos, nadaba plácidamente junto a la colonia que a esas horas se desplazaba a las zonas poco profundas y más ricas para comer, en competencia amistosa con lavanderas, andarríos y garzas, invisibles ya entre las hierbas altas que se mecían en las aguas templadas y cubiertas de verdín.

Una gran ave, probablemente una cigüeña, levantó el vuelo cerca de ellos y se dirigió tierra adentro. Olía a musgo y a pasto recién cortado y Pedro se desperezó para quitarse el miedo y el sueño del cuerpo. ¿Qué harían? Estaba libre, lejos, mojado y francamente perdido. Eo salió brevemente del agua y volvió a sumergirse. Un observador apenas acertaría a ver dos formas reconocibles en el extremo de la trompa de Eo y la cabeza de Pedro, que, cual periscopios, parecían flotar en una sábana oscura punteada por el reflejo de las estrellas.

Pedro se sintió milagrosamente vivo. Podía percibir la energía sutil del agua y su reflujo cristalino allá donde se mezclaban las corrientes y los remolinos. Intuyó el paso de un murciélago diminuto que, en una suerte de caprichosa timidez, siguió una trayectoria aleatoria en su búsqueda de insectos. Una gigantesca forma plateada pasó bajo el agua junto a él con una fuerza irresistible, casi rozándole. Pedro se asustó y al moverse perdió un zapato.

—La carpa gigante —susurró.

Pensó si sería imaginación suya, un tronco sumergido o el monstruo que había alimentado tantas leyendas entre niños y pescadores. El enorme pez tal vez habría acudido a inspeccionar a un nuevo intruso y, rogando para que no le mordiera el pie descalzo, Pedro se aferró con las uñas a la piel de su amigo.

Después de un rato, el río se hizo más ancho. Atrás, y aún lejos, oyó el motor de una embarcación que, empleando un potente foco, escrutaba metódicamente el lado

oeste del puente nuevo. El haz de luz del helicóptero que recorría la orilla del río se desplazó hacia el norte, cegando a Pedro cuando miró tras de sí para observar si se acercaban. Cerró los ojos, procuró fijar su vista en el agua oscura y notó un suave tirón cuando volvieron a entrar en la zona profunda. Al hacer pie de nuevo, Eo resopló tal y como haría una ballena o un cachalote y avanzó hacia un rincón desierto de la orilla opuesta. Reinaba la calma. Había un espeso bosquecillo de cañas y un viejo llorón que tenía la mitad de sus raíces en el agua. Tras él se extendía un descampado lleno de montículos de vegetación seca que precedía a una estrecha carretera comarcal. Pedro intentó acostumbrarse de nuevo a la oscuridad y comprobó que el helicóptero les ignoraba, pues mantenía su posición de búsqueda en la vertiente del cauce cercano a la parte más poblada de la ciudad.

—Y ahora ¿qué? —se dijo Pedro.

Estaba aturdido, agotado y desorientado. El helicóptero siguió el curso del río junto a una lancha que trazaba arcos en dirección a la orilla. Desde luego, no tenía mucho sentido mantenerse por el río hasta llegar al mar. Al percatarse de que solo tenía un zapato y tomar conciencia de que se había quedado sin planes, tuvo ganas de que en la vida existiera un botón de reiniciar, como sucedía con los juegos. De ese modo, tal vez hubiera podido pensar en algo, pues allá arriba, mojado sobre el elefante, se sintió sobrepasado por los acontecimientos. Podrían dirigirse hacia la carretera, encontrar un bosque..., tal vez refugiarse y perder de vista la ciudad, luego encontrar las montañas y vivir en otra parte, muy lejos. Echaría de menos a su madre. En ese momento recordó el rostro del hombre de la carpeta azul. No quería volver al colegio nunca más, pensó, y aun mojado como estaba, notó como dos lágrimas calientes y gordas le resbalaban por el rostro. Eo mostraría lo que había aprendido en el circo y vivirían libres, quizá en un país diferente. Recordó que había olvidado el mapa y las provisiones y que necesitaba un zapato. Fue entonces cuando aparecieron las luces de un coche.

—¡Corre! ¡Vamos! —susurró Pedro.

Eo estaba quieto y masticaba algo, pues seguramente no comprendía que ese lugar era seguro solo temporalmente. Pedro murmuró algo entre dientes y trató de azuzarle inútilmente, tal y como haría un jinete en una película de vaqueros, pero era como una pulga sobre una roca y Eo apenas notó sus aspavientos.

—¡Nos verán! —dijo al ver que el coche se aproximaba.

Pedro se quitó el otro zapato y saltó al vacío. No calculó bien la distancia debido a la oscuridad y cayó dolorosamente al suelo. Se puso en pie con dificultad, mientras los faros del coche cambiaban de dirección hasta desaparecer tras un desnivel.

—¡Ven! —indicó Pedro. Eo le siguió dócilmente y se dirigieron hacia una hilera de almacenes que bordeaban la carretera—. Date prisa.

Entonces volvió la luz. La ciudad fulguró como si fuera un parque de atracciones. Las estrellas desaparecieron y, en su lugar, los altos focos que iluminaban la carretera y los edificios les hicieron visibles. Tratando de hacerse pequeño, Pedro se hurtó a la

fría luminosidad de la farola atornillada a la pared de la primera nave, pero comprendió que su esfuerzo sería inútil con un elefante a su espalda. Necesitaban un escondite y rápido.

Seguido por Eo, Pedro avanzó hacia la carretera y aceleró el paso hasta llegar a una puerta metálica sobre la que se podía leer en grandes caracteres azules: GARAJES PINTO. Pasó de largo en busca de una zona menos iluminada, hasta llegar a la siguiente construcción, que parecía abandonada.

—Empuja —dijo señalando un portalón de madera y pintura vieja—. ¡Aquí! ¡Vamos!

Pedro golpeó la puerta, tal y como había hecho en la valla del almacén abandonado. Al segundo intento, Eo la forzó hasta romper la cerradura como si fuera de cristal y entraron juntos a un vasto espacio que olía maravillosamente. Pedro cerró la puerta a oscuras y buscó a tientas el interruptor. Al encender la luz, descubrieron que el suelo de cemento estaba recubierto por una delgada capa de polvo blanco, que era el origen del olor. Se trataba de trigo molido: estaban en el almacén de una panadería. Junto a una pila de sacos de harina podían adivinarse decenas de estanterías vacías destinadas a alojar el pan que se repartiría de madrugada. El elefante avanzó hacia los sacos y olió uno.

—¿Tienes hambre? No es nuestro. Bueno...

Pedro supuso que, siendo ya un fugitivo, estaba de más preocuparse por el asalto a una panadería, así que rompió con no poco esfuerzo el borde de cartón de un saco y luego lo empujó, valiéndose de todo el peso de su cuerpo. Al golpear el suelo, el saco dejó escapar su contenido en una explosión sorda y blanca. Eo se puso un montón de harina en la boca y Pedro la probó. Era como comer polvo, o tierra dulce.

—¿Te gusta esto?

Pedro escuchó un rugido que creció en intensidad y, abrumado, comprendió que no provenía de Eo. Era el helicóptero. Tal vez habían seguido su rastro a distancia para no asustarles, porque en ese preciso instante sus rotores martillaron el aire a pocos metros de la construcción y su foco iluminó el terreno frente a la puerta abierta. Pedro corrió hacia ella y la cerró: ya no quedaban lugares adonde escapar.

Dentro de la nave apenas llegaba el ruido. En la sombra, el elefante se balanceaba lentamente, atento al caos de ruido en el exterior, resolló y levantó una nube de harina a su alrededor. El reflejo de las luces que se colaban por las ventanas altas de la nave dibujó un microcosmos de partículas de trigo que flotaban en el aire hasta alcanzar el techo. En la viga que lo soportaba podían verse algunos nidos de golondrina.

—Si fuéramos pájaros... —dijo Pedro.

Pero no acabó la frase. Estaba muy cansado y se hizo un ovillo junto a un montón de sacos vacíos. Pensó en las posibles vías de escape, pero por primera vez sin demasiada convicción. El mundo se encontraba lleno de vallas, reglas, muros y leyes y comprendió que su idea de encontrar un paraíso, un lugar donde poder hacer lo que quisiera, era tal vez una quimera.

El zumbido del helicóptero y decenas de vehículos inquietaron a Eo, y Pedro acarició la trompa del elefante mientras tomaba una decisión.

—Ahora les hablaré y les diré que eres bueno, ¿vale? Les convenceré y no te harán nada, porque eres un elefante muy listo y solo estabas asustado. —Pedro se colocó frente a Eo y acercó su cabeza a la del elefante—. No atacarás a nadie, ¿de acuerdo? Serás bueno. Nada de embestir ni romper cosas, o se enfadarán todavía más.

El animal resopló. Pedro apretó los dientes y avanzó hacia la puerta. Cerró los ojos durante un instante antes de abrirla lentamente y, cuando lo hizo, recibió el foganazo de un flas fotográfico. La zona estaba rodeada de coches de emergencia, voces de alerta y el rumor espectral de los cientos de personas que permanecían invisibles tras los focos que iluminaban la nave como si esta se encontrara bajo la luz del día. Pedro se giró para tranquilizar de nuevo a Eo.

—Tú no tienes miedo, ¿verdad? Eres el animal más grande del mundo.

—¡Aquí! ¡El niño sale! —avisó una voz.

Las cámaras de televisión captaron la pequeña figura de Pedro, que, una vez en el exterior, levantó la mano.

—Parece que quiere decir algo —anunció el comisario de policía.

Del cordón policial surgieron tres agentes de complexión atlética.

—Hola —dijo Pedro al ver que se aproximaban.

Los policías no se detuvieron, corrieron directamente hacia él, lo cogieron en vilo y lo alejaron de la zona de peligro como si fuera un paquete.

—¡Esperad! ¡Eo no hará daño a nadie! —chilló el chico entre los trompicones de

las botas policiales.

—¡Ya estás a salvo! —gritó un policía vigilando sus espaldas.

Mientras le alejaban en volandas, Pedro vio por el rabillo del ojo como dos hombres armados hasta los dientes y con uniforme de camuflaje avanzaban con cautela apuntando hacia el interior de la harinera.

—¡No le hagáis daño!

—Qué demonios... —murmuró don Eduardo cuando fue testigo de lo que ocurría.

Había perdido su oportunidad y le reconcomía la idea de asistir al drama como un vulgar espectador. Acababa de bordear el círculo lleno de curiosos con cámaras y periodistas con maletas, trípodes y cables y procuró mantenerse junto a unos arbustos situados entre las sombras, lejos del foco de atención. Entonces vio que los tipos con los fusiles se llevaban al niño. Lo que ocurrió a continuación solo duró unos segundos.

La puerta de la nave se derrumbó en un mar de astillas. Los dos tiradores se quedaron congelados frente a la masa furiosa que se abalanzaba sobre el grupo de policías que se llevaban a Pedro. Don Eduardo escuchó dos disparos que no causaron ningún efecto y solo excitaron la furia del paquidermo. Los tiradores corrieron para salvar su vida.

—¡No! —gritó Pedro—. ¡Solo intenta defenderme porque piensa que me hacéis daño!

Pero los gritos de los testigos, las órdenes, las señales de radio y la confusión de los periodistas, que se agolpaban hombro con hombro resistiendo los empujones de los policías, hicieron que apenas se oyera su voz.

Uno de los agentes que llevaba a Pedro soltó su presa para poder huir, al ver como su compañero salía volando como un muñeco de trapo tras recibir la acometida del elefante. Don Eduardo Terrón vio su oportunidad. Estaba preparado para acabar con el monstruo, pero no tenía ángulo de tiro y maldijo para sus adentros. ¿Y qué hacía ese niño ahí en medio? La bestia podía aplastarle en cualquier momento. Apuntó de nuevo. La distancia era demasiado grande y el elefante hizo algo que le heló la sangre: atrapó al niño y se internó en la carretera embistiendo como una máquina de destrucción todo lo que se interponía en su camino. Volcó una ambulancia, aplastó un todoterreno de Protección Civil, arrancó de cuajo un poste del tendido eléctrico y la concurrencia escapó despavorida en todas direcciones.

La carretera estaba totalmente desierta. Después de destrozar una valla y cruzar el perímetro de una vieja fábrica de cemento, elefante y niño huyeron cuatro kilómetros por la carretera comarcal que conducía hacia el este y se internaron en un campo sembrado. Pedro solo podía escuchar, bajo el paso de las zancadas de Eo y el sonido del viento y los grillos, el vago rumor del helicóptero que les buscaba a gran altura. Estaban de nuevo solos.

Eo avanzaba a velocidad constante entre los surcos roturados de tierra rojiza y, después de salvar poco a poco el declive de una colina, llegaron a un campo de girasoles que se extendía hasta el horizonte. El cielo comenzaba a teñirse con el azul pálido de la mañana y el rumor quebradizo de los tallos movidos por el viento apagó el eco procedente de los motores de sus perseguidores. Pedro miró a su alrededor. Llegaron a la cumbre de una colina y decenas de luces se hicieron visibles en su ladera formando una cadena tan amplia como el horizonte. Eo cambió de dirección y cuando Pedro miró atrás, pudo ver, a la fría luz del amanecer, como un gran todoterreno militar con las luces apagadas se adelantó campo atravesado al tiempo que un gran círculo de luz procedente del helicóptero les iluminaba.

Las cámaras de televisión retransmitieron desde el aire las imágenes de Pedro y Eo cruzando el cauce de un arroyo seco para adentrarse en un vasto campo recién segado que acababa abruptamente en la orilla del río. Eran apenas un punto en la inmensidad brumosa que les rodeaba. Como una gran comitiva, los vehículos de emergencias les siguieron a distancia y tras ellos, ocupando todas las carreteras y accesos, una nube de policías, curiosos, fotógrafos, ecologistas y camarógrafos que se estorbaban entre sí en el ansia de ser los primeros en participar del drama terrible y singular que venía mascándose en el ambiente. Susana, entre ellos, corría sin aliento.

En lugar de avanzar en línea recta, don Eduardo había bordeado el río previendo que el monstruo evitara la carretera. Estaba cerca de la orilla, camuflado entre los juncos a veinte metros de Eo, cuando este se detuvo. Solo había visto un elefante en su vida, en el zoológico, y le pareció estremecedor. Pero más le impresionó aún, hasta el punto de sentir como se le erizaban los pelos de la nuca, descubrir que el niño hablaba con él.

—¿Qué hacemos? —dijo Pedro mirando a la orilla, que en esa zona era abrupta y

formaba un escarpe que el río había cortado en la tierra con las últimas lluvias como un cuchillo una barra de queso.

Don Eduardo vio como Pedro, confuso, se volvía hacia el elefante y la orilla, como si tratara de buscar una solución, y luego señalaba el agua.

—¡Vete! ¡Sálvate! —decía el niño.

Don Eduardo, aturdido por la escena, sintió que se paraba el tiempo: los grillos habían dejado de cantar. Al poco, llegó a sus oídos un vago rumor que fue subiendo en intensidad. Como si de la proa de un barco se tratara, apareció entre la bruma el morro de un URO militar que se abría paso con brutal indiferencia a través de una cortina de arbustos. Avanzaba lentamente hacia ellos formando un pequeño arco. Un soldado provisto de un extraño fusil, cuya punta asomaba por la trampilla superior, se quitó el aparato que le cubría los ojos, pues la luz de la aurora ya permitía distinguir bien las formas. Tras este, decenas de vehículos avanzaban precediendo a la multitud en un gran círculo destinado a cercar a la bestia. Las luces de los flashes de los fotógrafos que rodeaban la zona tratando de superar el cordón policial estallaron a su alrededor en confusos fogonazos. Eo retrocedió hasta el borde de la corriente y levantó la trompa, desafiante. Del vehículo militar asomó el cañón de un fusil.

—¡No hace nada! ¡No hará daño a nadie! —gritó Pedro.

—¿Qué dice? —preguntó un oficial de policía.

—No lo sé.

—No tenemos ángulo. ¡El niño se pone delante del elefante! —avisó el observador del URO.

—No disparen mientras esté el niño cerca. Al caer puede aplastarlo —ordenó el capitán de policía por radio—. ¿Y esa mujer? ¡Deténganla! —dijo al ver que Susana rompía el cerco policial.

—¿Puedes disparar?

—No tengo ángulo.

El conductor del URO aceleró para interponerse entre el animal y Susana.

—¡No! —gritó Pedro.

Se oyó un disparo. Eo agitó el lomo, lanzó un bramido y atacó, cegado por el miedo, a una velocidad increíble. Don Eduardo se quedó petrificado al ver que el elefante embestía directamente hacia él.

Contuvo la respiración, pronunció el nombre de su esposa y, cuando ya estaba a pocos centímetros de su inmensa mole, llamó a su mamá, sintió la fuerza del aire, un remolino de polvo y como la bestia pasaba de largo, sin tocarle.

—¡No se cae! —gritó el tirador.

—No le ha hecho nada —se oyó que decía el veterinario—. ¡Le dije que se llega al cerebro a través del conducto auditivo, y este no está a la altura de los ojos como el nuestro!

—¿Eso qué quiere decir?

—¡Que disparó alto!



—¡Que viene! —gimió el conductor.

Antes de que pudiera hacer recular el vehículo, Eo ya estaba sobre el URO. Los fotógrafos huyeron. El animal golpeó el costado del coche como un ariete. Lo volcó y repitió su gesto con una locura ciega nacida del terror. Quebró, abolló, estrujó y machacó la masa de metal hasta hacerla irreconocible, mientras los policías hacían sonar sirenas, silbatos, disparaban al aire o trataban de recuperarse de la impresión. Susana, aterrorizada por la posibilidad de ver a su hijo muerto, llegó a diez metros del animal. Descubrió a Pedro encogido junto a una mata de jara y tomó su mano, pero este reaccionó zafándose de ella y corrió hacia el animal.

—¡Hijo!

—¡Para! ¡Tranquilo!... ¡No le disparen! ¡Solo está asustado!

Pedro tropezó. Eo, cegado por el miedo, no advirtió su presencia y acometió de nuevo la masa informe del vehículo, que dio un giro de ciento ochenta grados, golpeándole. Y le iba a aplastar cuando Susana, ante la mirada atónita de los testigos del drama, corrió hacia el paquidermo. Este captó su movimiento y se revolvió hacia ella dispuesto a atacar.

Cuando Pedro abrió los ojos, vio como Eo se abalanzaba sobre su madre, que interponía su cuerpo frente al peligro a solo un metro de él. Saltó para derribarla justo antes de que Eo diera el paso fatal y, haciendo acopio de fuerzas, se levantó y puso las manos frente a sí.

—¡Eo!... Soy yo... ¡Soy tu amigo! —gritó Pedro.

El elefante se detuvo a un solo centímetro de él. Se oía su respiración, y el bronco rugido que parecía salir de las entrañas de la tierra se transformó lentamente en un suspiro conforme la furia de Eo fue remitiendo como una tormenta de verano.

El disco del sol teñía el cielo de azul veteado en rosa. El URO estaba en precario equilibrio, Susana comenzó a llorar, Pedro temblaba como una hoja y, durante ese fragmento de helado estupor, se oyó la cascada voz de un anciano.

—¡Ganesh!

Bonaparte, el viejo payaso del circo Crec, se abrió paso entre el cordón de policías con el brazo extendido. Tenía en la mano un caramelo sabor a piña.

Durante un instante, se hizo un silencio total y la multitud contuvo la respiración, incluso los fotógrafos olvidaron su trabajo.

—¡Ganesh! —repitió avanzando con torpeza entre el pasto. Vestía como cualquier persona normal, con la excepción de que llevaba puesta una nariz roja, redonda, atada a la nuca con una goma—. La que has armado —murmuró para sí, mirando alternativamente hacia el cielo y su reloj—. Apártate un poco —susurró Bonaparte a Pedro al tiempo que sacaba un frasco pequeño, del tamaño de una muestra de perfume.

Ante la mirada atónita de los presentes, Bonaparte levantó los brazos y alzó la voz. Era una voz potente, embriagadora. Una voz dedicada durante décadas al espectáculo que mantuvo a todo el mundo inmóvil.

—¡Señoras y señores, damas y caballeros, niños y niñas..., aquí, el elefante Ganesh la ha armado buena! —Encendió una pequeña bengala, como las que usan los niños pequeños en San Juan, y la movió de un lado a otro—. No ha pasado nada, nos sentimos todos bien. Ahora, cuando cuente hasta tres, amanecerá, todo quedará olvidado y saldrá el sol. Así que uno, dos, ¡tres! ¡Admiren el espectáculo!

El sol despuntó en el horizonte. Como acto reflejo, todas las personas desviaron su mirada hacia allí. Entonces las cámaras captaron una explosión de luz cegadora y humo. Cuando se disipó, Eo había desaparecido.

—¡Eo! —Pedro se incorporó y corrió hacia el pasto. En el lugar que había ocupado el elefante solo quedaba un círculo de hierba aplastada.

—¿Dónde está el maldito animal? ¿Usted es el director del circo? —preguntó don Camilo, que carecía de imaginación y, por lo tanto, era difícil de hipnotizar.

—No —respondió Bonaparte.

—¿Quiere decir que no ha venido ningún responsable?

—Me conoce vestido de payaso —dijo Bonaparte señalándose la nariz con un gesto de disculpa, y acto seguido se la quitó—. El circo no existe ya. Se ha disuelto.

Sin la nariz, Adolfo parecía un anciano corriente, aunque tenía un brillo astuto, resabiado, en los ojos.

—¿Y quién se hará cargo del animal? —inquirió don Camilo.

—Tiene la camisa puesta del revés.

—¿Qué? —dijo don Camilo.

—No sé si se lo han dicho, pero tiene la camisa puesta del revés.

—¿Dónde está el elefante? —dijo don Camilo.

—¿Qué elefante? —replicó Bonaparte.

Don Camilo achicó los ojos, sin saber si gritar, detener a ese hombre o desmayarse. Optó por la primera solución.

—¡Busquen entre la maleza! —exclamó olvidándose del viejo payaso mientras señalaba las hierbas altas que se desplegaban a ambos lados de la orilla. Los agentes revolotearon por los alrededores en completa confusión, porque la vegetación no superaba la altura del tobillo y de ninguna manera podría ocultar a un paquidermo.

Mientras buscaban el rastro del animal río abajo, Pedro lloraba agarrado a la mano de su madre.

—Se ha ido —dijo Pedro.

Susana abrazó a su hijo. No sabía qué decir, ni si estaba enfadada, asustada o sorprendida, y tragó saliva pensando que tenía suerte de haber sobrevivido junto a él.

Bonaparte miró con atención hacia la otra orilla del río y luego se dirigió a Pedro:

—¿Se hizo amigo tuyo?

—¿Dónde está? —preguntó el niño.

—Los elefantes viven hasta los setenta años y hoy Ganesh cumple setenta y dos. Por eso se marchó, me parece a mí. Estaba muy viejo. Los elefantes, cuando se hacen viejos, a veces se escapan.

Pedro miró a Bonaparte sin entender.

—¿Y adónde quería ir?

—¿Sabes algo de zulú?

—Vamos a casa —dijo Susana.

—Espera, mamá. ¿Dónde se ha ido?

Bonaparte se acuclilló frente a Pedro para susurrar algo en voz baja.

—Izindlovu Emathuna. Y no me preguntes lo que significa, porque es zulú. En la India y en África, los elefantes buscan ese lugar al final de su vida. Dicen que está en una montaña y otros dicen que buscan el agua.

—Se ha muerto.

—No necesariamente. Y si es así, tampoco sé exactamente en qué consiste eso de estar muerto. Nadie lo sabe, así que anda, ve con tu madre porque a mí me van a detener.

—Gracias —dijo Susana sin saber exactamente por qué.

Dos agentes de policía esposaron a Bonaparte, que se alejó dirigiéndole un guiño a Pedro sin dejar de sonreír enigmáticamente.

Don Eduardo no había sido capaz de disparar. Con los pies repletos de barro y la frente llena de picaduras de mosquito, tomó el camino de regreso a casa. Transportaba el fusil desnudo con una mezcla de cariño y repugnancia, como si fuera un escorpión disecado. Todo daba vueltas a su alrededor.

¿Acaso era un cobarde? ¿Un cero a la izquierda? ¿Un don nadie? Transmitía una indudable sensación de peligro —«¡Tiene un fusil!», decía la gente al pasar junto a él —, pero también de comicidad, pues hablaba solo y llevaba un bloque de barro apelmazado en el trasero. Alguien pronunció la palabra «chiflado», y también «loco», a sus espaldas. Al interpretar aquellas miradas como una burla, se detuvo, y como si su dedo índice tuviera una malevolente voluntad propia, se colocó en el gatillo. Entonces todo el mundo huyó, y llegó la policía y, al fin, mientras los agentes lo esposaban como a un villano de película, don Eduardo se sintió casi un aventurero.

Nadie supo lo que había pasado. Algunas personas dijeron que el elefante se había arrojado al agua. Otras, que se trató de una psicosis colectiva. Los periodistas se marcharon para escribir artículos que tal vez no se publicarían debido a su extravagancia, y al fin solo quedaron las autoridades, que escribieron informes por triplicado y resolvieron que si el elefante había caído al río, al cabo de unos kilómetros, por estar el agua en movimiento, el asunto dejaría de ser de su jurisdicción. Pensaron denunciar al niño por contrabando de animales salvajes, o al payaso por injerencia a la autoridad, pero finalmente le soltaron porque se puso a cantar. Y nadie sabía cuál era su nombre real. Decían que era de Rusia, pues en los informes constaba La Siberia como lugar de procedencia, aunque parecía tener sangre gitana de la rama eslava (cantaba en húngaro). Al fin, cubrieron el asunto con un tupido velo, porque todo era demasiado extraño y era año de elecciones, y a las autoridades les asustaba, más que ninguna otra cosa, todo aquello que fuera misterioso, difícil de entender. Pues, aun rechazando su existencia, temían de forma irracional que una brecha hiciera naufragar el mundo que tenían bajo control, que fuera divulgado por la prensa y que al final toda la gente se riera de ellos. Finalmente, cuando el sol empezó a brillar con fuerza, el lugar quedó desierto.

Solo permaneció el monólogo del río, el brezo, la aulaga, los caballitos del diablo, junto a las sempiternas cigarras que agradecían el sol: se acercaba el verano y el Guadiana se desplazaba perezoso, como siempre había hecho desde que el mundo era mundo, en dirección al mar.

Pedro llegó a casa de la mano de su madre. El sol, ya alto, calentaba los campos y la ciudad volvía a su ritmo normal. Pensó que todo había cambiado. Que las cosas no serían como antes. Mientras ponía la mesa, Susana preparó huevos revueltos y un vaso de leche para cada uno y observó con atención a su hijo, como si le descubriera por primera vez.

—Bébetela leche.

—¿Ves como no soy un mentiroso?

—¿Qué tienes en la mano?

Pedro abrió la mano y mostró la nariz de payaso que le había dado Bonaparte.

Susana recordó de pronto que ese día era su cumpleaños... Tal vez había sido todo por su culpa.

—No llores, mamá. No pasa nada, que ya soy mayor.

—¿Vemos una película? —dijo Susana.

—¿Y qué haremos con el señor de la barba?

Susana recordó al hombre de la carpeta azul, sintió un escalofrío y se sobrepuso a su temor. Tenía que ser valiente y no demostrar debilidad ante Pedro, y tomó una resolución.

—Aún no he firmado ningún papel. Hablaré con los vecinos. Uno de ellos puso una denuncia, pero otros pueden ayudarnos. Si vienen aquí, tienes que decir que estás bien conmigo, ¿vale? ¿Recuerdas lo que dijiste cuando te preguntaron?

—Dije que siempre estaba solo.

—Era verdad —dijo Susana pestañeando varias veces para evitar que otra lágrima recorriera su mejilla—. ¿Te sientes muy solo?

—Ya no. Sé que haces todo lo que puedes.

—Ya eres un niño grande —afirmó Susana observando a Pedro como si acabara de comprender su cambio. Pedro asintió—. Nadie nos separará. ¿Tienes miedo?

—¿Tú qué crees? —replicó Pedro con una sonrisa. Y tomó la mano de su madre.

Desayunaron. Luego se metieron en la cama y pusieron *Una noche en la ópera*, de los hermanos Marx.

—Si me dejas que pasemos juntos el verano, pondré las lavadoras y fregaré los platos —dijo en la escena donde Chico, Harpo y Zeppo salían de un baúl.

—No sabes cómo funciona.

—He cuidado de un elefante, mamá.

A Susana se le escapó una risa. La primera que Pedro veía en su madre desde hacía mucho tiempo. Pensó que podría hacer cualquier cosa y que el mundo se abría a sus pies como lo había hecho junto a Eo. Pensó durante un instante en si lo que había vivido era un sueño y, recordando las palabras del viejo payaso, viajó mentalmente río abajo y se preguntó en qué lugar se hallaría el elefante, y comprendió entonces que, de todos los misterios que había en el mundo, tal vez ese era el más importante. Y se quedó dormido.

Después de casi ochocientos kilómetros surcando la submeseta en dirección este-oeste y de cruzar caprichosamente la frontera entre España y Portugal, el Guadiana tomaba rumbo sur y llegaba al océano Atlántico formando un pequeño estuario de orillas pantanosas y flanqueado al este por islas aluviales.

Era una zona de alta actividad sísmica en la que se habían producido tsunamis y documentado más de mil naufragios. Ese pequeño espacio entre Atlántico y Mediterráneo, Europa y África, le convertía en uno de los pasos más transitados del planeta. Solo entre Ayamonte y Tarifa descansaban los restos de ochocientos navíos.

Todo buzo que se hubiera sumergido en el golfo de Cádiz presumía de haber visto un cañón de Trafalgar, un ancla rodeada de moluscos o municiones nunca disparadas, inofensivas ahora, depositadas sobre el fondo marino.

A media tarde, en la latitud 36° y longitud 73° surcaba las aguas el F-74 *Tramontana*, cuarto sumergible de clase Agosta de la Armada española. A veces aparecían contenedores sumergidos después de un temporal, pero lo que vio en el agua Juan Berzocana, marinero, le hizo alertar al oficial de guardia del *Tramontana*. No era un contenedor ni una ballena, y tampoco otro submarino.

—¿Usted qué cree que es? —dijo el operador de radar.

El teniente de servicio sintió que tenía fiebre y fue a buscar al capitán, que se encontraba leyendo la carta de navegación.

—Saque el periscopio —ordenó el capitán al escuchar las palabras del teniente.

—Mire.

Lo que vio en el agua produjo en el capitán del *Tramontana*, en primer lugar, un escalofrío de incredulidad y, en segundo, la sospecha de que se había vuelto loco. Se sentó con la frente llena de sudor en el taburete metálico que quedaba libre en la sala de mando y se agarró la cabeza con las manos, gesto que no hacía desde que tenía ocho años.

—¿Se mueve?

—No podemos saberlo a esta distancia. ¿Aviso por radio?

El capitán suspiró.

—No diga nada, ¿de acuerdo? Haga como si no lo hubiera visto.

—Como si no lo hubiera visto —repitió el teniente, mentalmente bloqueado.

Pero la noticia del avistamiento se extendió al resto de la tripulación. Luego se difundió como un rumor por las calles, despachos y redes sociales. Tal vez fue el carguero *Zwolle*, ya que se dijo que un barco procedente de *Ámsterdam*, que portaba cereal, también lo había visto. Comoquiera que fuese, el relato pasó de boca en boca, fue el tema más popular en Twitter y millones de personas esperaron que apareciera en cualquier momento un elefante en la playa de Sumatra, Venecia, San Diego o La Habana. Así, Eo se hizo leyenda.



## AGRADECIMIENTOS

**A** Katy y Ángel por dejar que ocurriera el accidente; a Masahiko y Mariko, por creer en mí. A Juan Miguel de Pablos y Miguel Garrido, por su sabiduría y paciencia. A Gonzalo Albert Bitabe y Pablo Álvarez, por su entusiasmo. A Dan y a Tina, por cuidar de los míos. A Luis Raluy, payaso, acróbata y matemático, que fue el mejor amigo —y esto no es ficción— de un rinoceronte.

# NOTAS

[1] Un *mahout* (también conocido como «cornaca») es aquella persona que maneja y conoce a un elefante. La palabra proviene del hindi *mahaut* y *mahavat*, «montador de elefantes». [Esta nota, igual que las siguientes, es del autor]. <<

[2] Ubicación de la Brigada de Infantería Mecanizada XI del Ejército español. <<

[3] Vehículo todoterreno militar fabricado en España. <<